

2  
CIÓN

JEROME

COLOMB

PQ2362  
E68



1020026681



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SIN

304

6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

100 M

UANI

COLOMBA

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor M 56112  
Núm. Vol. 30546  
Procedencia -8-  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
C. de Inscr. \_\_\_\_\_  
Catalogo CAS



5604

16

## BIBLIOTECA AMBOS MUNDOS

Se han publicado las obras siguientes:

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).—2.<sup>a</sup> edición.  
**El Crepúsculo**, por Jorge Ohnet.—2.<sup>a</sup> edición.  
**Indiana**, por Jorge Sand.  
**Mimi Pinson**, por Alfredo de Musset.  
**La Mujer de treinta años**, por H. de Balzac.  
**Los Mineros de Polignies**, por Elias Berthet.  
**Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira**, por Julio Claretie.  
**El Capitán Richard**, por A. Dumas (padre).  
**Roma bajo Nerón**, por I. J. Kraszewski.—(4.<sup>a</sup> edición).  
**Dosia**, por Enrique Gréville.  
**Renata Mauperin**, por E. y J. de Goncourt.  
**El Último Ateniense**, por Victor Rydberg.  
**El Libro de los Snobs**, por W. M. Thackeray.  
**Las Lágrimas de Juana**, por A. Houssaye.  
**Margot**, por A. de Musset.—(Agotada).  
**Una Entretenida**, por A. Houssaye.  
**Cuentos al oído**, por A. Silvestre.  
**La Modelo**, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).  
**La Pecadora**, por Arsenio Houssaye.  
**El Cura de Longueval**, por F. Halévy.  
**Colomba**, por Próspero Merimée.

### EN PREPARACIÓN

- Espirita**, por Teófilo Gautier.  
**Werther**, por Goethe.

# COLOMBA

Novela de costumbres corsas

POR

Próspero Merimée

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

Ventura Mirabent

Ilustraciones de JOSÉ CALDERÓN



1885 MONTERREY, MEXICO

85604

F. GRANADA Y C.<sup>a</sup>, EDITORES

344. DIPUTACIÓN, 344  
BARCELONA

SUCURSAL: PIEMONTE, 3  
MADRID

1907

30546

843

PA 2362

A.

E 68



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

Tip. EL ANUARIO DE LA EXPORTACIÓN, Paseo de S. Juan, 54  
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)



## CAPITULO PRIMERO

En los primeros días del mes de Octubre de 181... el coronel sir Thomas Nevil, irlandés, oficial distinguido del ejército inglés, descendió con su hija en el hotel Beauveau, de Marsella, de vuelta de un viaje á Italia. La admiración continua de los viajeros entusiastas ha producido una reacción, y, para singularizarse, muchos turistas toman hoy por divisa el «nihil admirari», de Horacio. A esta clase de viajeros descontentos pertenecía miss Lydia, hija única del coronel. «La Transfiguración» le había parecido mediana, el Vesubio en erupción, apenas superior á las chimeneas de las fábricas de Birmingham. En suma, su gran objeción contra Italia era que este país carecía de color local, de carácter. Explique quien pueda el sentido de estas palabras, que yo comprendía muy bien hace algunos años, y que no oigo ya hoy. Al principio, miss Lydia se lisonjaba de encontrar al otro lado de los Alpes cosas que nadie había visto antes que

ella, y de las cuales podría hablar con la gente honrada, como dice M. Jourdain. Pero muy pronto, anticipada en todas partes por sus compatriotas, y desesperando de encontrar nada desconocido, tomó el partido opuesto. Es muy desagradable, en efecto, no poder hablar de las maravillas de Italia sin que alguno os diga: «¿Conocéis sin duda el Rafael del palacio..., en...? Es lo que hay de más bello en Italia».—Y esto es precisamente lo que se ha dejado de ver. Como se necesita mucho para verlo todo, lo más sencillo es formar el propósito de condenarlo.

En el hotel Beauveau, miss Lydia tuvo una amarga contrariedad. Ella poseía un lindo croquis de la puerta pelásgica ó ciclopeyana de Segni, que creía olvidada por los dibujantes. Luego, lady Frances Fenwich, encontrándola en Marsella, le mostró su álbum, donde, entre un soneto y una flor desecada, figuraba la puerta en cuestión, iluminada á gran color. Miss Lydia dió la puerta de Segni á su doncella, y perdió toda estima por las construcciones pelásgicas.

Estas tristes disposiciones eran compartidas por el coronel Nevil, quien, desde la muerte de su mujer, no veía las cosas sino por los ojos de miss Lydia. Para él, Italia tenía el defecto de haber disgustado á su hija, y por consecuencia era el país más aburrido del mundo.

No tenía nada que decir, es verdad, contra los cuadros y las estatuas; pero lo que podía asegurar, es que la caza era miserable en aquel país, y que era preciso andar diez leguas en pleno sol en la campiña de Roma para matar algunas perdices rojas. Al día siguiente de su llegada á Marsella, invitó á comer al capitán Ellis, su antiguo ayudante, que acababa de pasar seis semanas en Córcega. El capitán contó muy bien á miss Lydia una historia de bandidos que tenía

el mérito de no parecerse en nada á las historias de ladrones de las cuales le habían hablado á menudo en el camino de Roma á Nápoles. A los postres, los dos hombres, quedados solos con algunas botellas de Burdeos, hablaron de caza, y el coronel supo que no hay país donde sea más bella que en Córcega, más variada, más abundante. «Se ven muchos jabalies, decía el capitán Ellis, y es preciso saber distinguirlos de los cerdos domésticos, que se les parecen de una manera admirable; porque, matando cerdos, se hace un mal negocio con sus guardianes. Ellos salen de un soto que llaman «mâquis», armados hasta los dientes, se hacen pagar sus animales y se burlan de V. Tenéis además el muflon, animal muy raro que no se encuentra en ninguna otra parte, famosa caza, pero difícil. Ciervos, gamos, faisanes, perdices, no se podrían nombrar todas las especies de caza que abundan en Córcega. Si os gusta tirar, id á Córcega, coronel; allí, como decía uno de mis huéspedes, podréis tirar sobre todas las cazas posibles, desde el zorzal hasta el hombre». En el té, el capitán encantó de nuevo á miss Lydia con una historia de venganza «transversal», aun más rara que la primera, y acabó de entusiasmarla por Córcega, describiéndola el aspecto extraño, salvaje, del país, el carácter original de sus habitantes, su hospitalidad y sus costumbres primitivas. En fin, puso á sus pies un lindo pequeño estilete, menos notable por su forma y su montura en cobre, que por su origen. Un famoso bandido lo había cedido al capitán Ellis, garantido por haberse metido en cuatro cuerpos humanos. Miss Lydia se lo puso en la cintura, lo colocó sobre su mesa de noche, y lo sacó dos veces de su funda antes de dormirse. Por su parte, el coronel soñó que mataba un carnero salvaje y que el propietario le

hacia pagar su precio, á lo que él se prestaba voluntario, porque era un animal muy raro, que se parecía á un jabalí, con cuernos de ciervo y una cola de faisán.

—Ellis cuenta que hay una caza admirable en Córcega, dijo el coronel almorzando frente á frente con su hija; si no estuviese tan lejos, me gustaría pasar allí quince días.

—¡Y bien! respondió miss Lydia, ¿por qué no hemos de ir á Córcega? Mientras V. caza, yo dibujo; me encantaría poseer en mi álbum la gruta de que hablaba el capitán Ellis, donde Bonaparte iba á estudiar en su infancia.

Era quizás la primera vez que un deseo manifestado por el coronel había tenido la aprobación de su hija. Encantado de esta coincidencia inesperada, tuvo el buen sentido de hacer algunas objeciones para irritar el feliz capricho de miss Lydia. En vano habló del salvajismo del país y de la dificultad para una mujer de viajar por él: ella no temía nada; gustaba sobre todo de viajar á caballo; consideraba una alegría dormir al vivac; amenazaba con ir al Asia Menor. En resumen, tenía contestación para todo, porque ninguna inglesa había estado Córcega; por lo tanto, ella debía ir. ¡Y qué felicidad, de vuelta en *Saint-James's place*, enseñar su álbum! «¿Por qué, pues, querida mía, pasáis ese encantador dibujo? —¡Oh! no es nada. Es un croquis que yo he hecho de un famoso bandido corso que nos sirvió de guía.—¡Cómo! ¿habéis estado en Córcega?...

Los barcos de vapor no existían aún entre Francia y Córcega, y se inquirió por un navío que partiese para la isla que miss Lydia se proponía descubrir. Aquel mismo día, escribió el coronel á París para devolver el billete del departamento que debía recibirlo, é hizo trato con el patrón de una goleta corsa que iba á hacer

vela para Ajaccio. Tenía dos cámaras regulares. Se embarcaron provisiones; el patrón juró que un viejo marinero suyo era un cocinero estimable y no tenía parecido para ciertos platos; prometió que la señorita estaría convenientemente, que habría buen viento, buena mar.

Además, según los deseos de su hija, el coronel estipuló que el capitán no tomaría ningún pasajero, y que se arreglaría para rasar las costas de la isla de manera que se pudiese gozar de la vista de las montañas.







## II

El día fijado para la partida, todo estaba embaldado, embarcado desde por la mañana: la goleta debía partir con la brisa de la tarde. Esperando, el coronel se paseaba con su hija por la Canebière, cuando lo abordó el patrón para pedirle permiso de admitir á bordo á uno de sus parientes, es decir, al primo pequeño del padrino de su hijo mayor, el cual volviendo á Córcega, su país natal, para negocios urgentes, no podía encontrar navío que lo llevase.

—Es un buen muchacho, agregó el capitán Matei, militar, oficial de los cazadores á pie de la guardia, y que sería ya coronel si el Otro fuese aún emperador.

—Puesto que es un militar, dijo el coronel... iba á agregar: Consiento gustoso en que venga con nosotros... pero miss Lydia repuso en inglés:

—¡Un oficial de infantería!... (habiendo servido su padre en caballería, sentía desprecio por todos los demás cuerpos) un hombre sin educación, quizás, que se mareará, y que nos quitará todo el placer de la travesía.

El patrón no entendía una palabra de inglés, pero pareció comprender lo que decía miss Lydia por el pequeño movimiento de su linda boca,

y comenzó un elogio cañuro de su pariente, que terminó asegurando era un hombre distinguido, de una familia de Cabos, y que no molestaria en nada al señor coronel, porque él, el patrón, se encargaba de alojarlo en un rincón donde ni siquiera notaran su presencia.

El coronel y miss Nevil hallaron singular que hubiese en Córcega familias que fuesen cabos de padres á hijos; pero como pensaba piadosamente que se trataba de un cabo de infantería, concluyeron por considerar que se trataba de algún pobre diablo que el patrón quería llevar por caridad. Si se hubiera tratado de un oficial, se hubieran visto precisados á hablarle, á vivir con él; pero con un cabo no había que molestarle y es un ser sin consecuencia cuando su escuadra no está allí, con la bayoneta calada para llevaros donde no tenéis ganas de ir.

—¿Se marea vuestro pariente? preguntó miss Nevil con un tono seco.

—Nunca, señorita; el corazón firme como una roca, lo mismo en tierra que en el mar.

—¡Pues bien! podéis llevarlo, dijo.

—Podéis llevarlo, repitió el coronel, y continuaron su paseo.

Hacia las cinco de la tarde, vino el capitán Matei á buscarlos para embarcar en la goleta. En el puerto, cerca del bote del capitán, hallaron un joven muy alto, vestido con una levita azul abotonada hasta la barba, el cutis moreno, los ojos negros, vivos, bien rasgados, el aire franco y espiritual. En el modo de levantar los hombros, en su pequeño bigote rizado, se reconocía fácilmente un militar; porque en esta época, los bigotes no corrían las calles y la guardia nacional no había aún introducido en todas las familias el vestir con las costumbres del cuerpo de guardia. El joven se descubrió al ver al coronel, y le

dió las gracias con desembarazo y en buenos términos por el favor que le hacía.

—Contento de seros útil, muchacho, dijo el coronel haciéndole un amigable movimiento de cabeza.

Y entró en el bote.

—No está incomodado vuestro inglés, dijo muy bajo en italiano el joven al patrón.

Este colocó su índice bajo su ojo izquierdo y bajó los dos extremos de la boca. Para quien comprende el lenguaje de los signos, esto quería decir que el inglés entendía el italiano y que era un hombre raro.

El joven sonrió ligeramente, tocó su frente en respuesta al signo de Matei, como para decirle que todos los ingleses tenían algo de extravagante en la cabeza; se sentó después cerca del patrón, y consideró con mucha atención, pero sin impertinencia, á su linda compañera de viaje.

—Tienen buen talante, esos soldados franceses, dijo el coronel á su hija en inglés; así se hacen de ellos fácilmente oficiales.

Después, dirigiéndose en francés al joven:

—Decidme, militar, ¿en qué regimiento habéis servido?

Este tocó ligeramente con el codo al padre del ahijado de su pequeño primo, y conteniendo una irónica sonrisa, respondió que había estado en los cazadores á pie de la guardia, y que ahora salía del 7.º ligero.

—¿Habéis estado en Waterloo? Sois muy joven.

—Perdón, mi coronel; es mi única campaña.

—Ella cuenta doble, dijo el coronel.

El joven corso se mordió los labios.

—Papá, dijo miss Lydia en inglés, preguntándole, pues, si los corsos quieren mucho á su Bonaparte.

Antes que el coronel hubiese traducido la pregunta en francés, el joven respondió en bastante buen inglés, aunque con un acento pronunciado:

—Sabéis, señorita, que ninguno es profeta en su patria. Nosotros, compatriotas de Napoleón, lo queremos quizás menos que los franceses. En cuanto á mí, aunque mi familia ha sido en otro tiempo enemiga de la suya, le quiero y le admiro.

—¡Habláis inglés! repuso el coronel.

—Muy mal, como podéis ver.

Aunque un poco molesta de su tono resuelto, miss Lydia no pudo por menos que reír pensando en una enemistad personal entre un cabo y un emperador. Esto le produjo como un goce anticipado de las singularidades de Córcega, y se propuso anotar el rasgo en su diario.

—¿Habéis estado quizás prisionero en Inglaterra? preguntó el coronel.

—No, mi coronel, he aprendido el inglés en Francia, siendo muy joven, de un prisionero de vuestra nación.

Después, dirigiéndose á miss Nevil:

—Matei me ha dicho que venís de Italia. Habláis sin duda el puro toscano, señorita; temo que os cueste algún trabajo comprender nuestro dialecto.

—Mi hija sabe todos los dialectos italianos, respondió el coronel; tiene el dón de los idiomas. No es como yo.

—¿La señorita comprenderá, por ejemplo, estos versos de una de nuestras canciones corsas? Es un pastor que dice á una pastora:

S' entrassi 'ndru paradisu santu, santa,  
E nun truvassi a tia, mi n' esciria.

Miss Lydia comprendió, y hallando la cita un poco audaz, y más aun la mirada que la acompañaba, respondió sonrojándose: «Capisco».

—Y vos, ¿volvéis á vuestro país con licencia semestral? preguntó el coronel.

—No, mi coronel. Me han puesto á medio sueldo, probablemente porque he estado en Waterloo y porque soy compatriota de Napoleón. Vuelvo á mi casa, ligero de esperanza, ligero de dinero, como dice la canción.

Y suspiró mirando al cielo.

—El coronel metió la mano en su bolsillo, y, dando vuelta entre sus dedos á una moneda de oro, buscaba una frase para deslizarla cortésmente en la mano de su desgraciado enemigo.

—A mí también, dijo con un tono de buen humor, me han puesto á medio sueldo; pero... con vuestro medio sueldo no tendréis para comprar tabaco. Tomad, cabo.

E intentó hacer entrar la pieza de oro en la mano cerrada que el joven apoyaba en el bordo del bote.

El corso enrojeció, se irguió, se mordió los labios, y parecía dispuesto á responder con arrebatado, cuando de repente, cambiando de expresión, soltó una carcajada. El coronel, con la moneda en la mano, quedó sorprendido.

—Coronel, dijo el joven recobrando su seriedad; permitidme haceros dos advertencias: La primera, es de no ofrecer nunca dinero á ningún corso, porque hay compatriotas míos tan poco delicados, que os lo tirarían á la cabeza; la segunda, es que no deis á nadie títulos que no reclaman. Me llamáis cabo y soy teniente. Sin duda la diferencia no es mucha, pero...

—Teniente, repuso sir Thomas, teniente; pero el patrón me ha dicho que sois cabo, así como vuestro padre y todos los hombres de vuestra fa-

milia. Al oír estas palabras, el joven, dejándose llevar por un deseo súbito, se rió grandemente, y con tanta gana, que el patrón y sus dos marineros le hicieron coro.

—Perdón, coronel, dijo en fin el joven; pero el *quid pro quo* es admirable, y en seguida lo he comprendido. En efecto, mi familia se vanagloria de contar cabos entre sus ascendientes; pero nuestros cabos corsos no han tenido nunca galones en sus vestidos. Hacia el año de gracia de 1,100, algunas regiones se revolucionaron contra la tiranía de los grandes señores montañeses; se escogieron jefes que se denominaron «cabos». En nuestra isla, llevamos á honor descender de esas especies de tribunos.

—¡Perdón, señor! dijo el coronel, mil veces perdón. Puesto que conocéis la causa de mi desprecio, espero que querréis perdonarlo.

Y le tendió la mano.

—Es el justo castigo de mi pequeño orgullo, coronel, dijo el joven riendo siempre y apretando cordialmente la mano del inglés; no por ello desmerecéis nada en mi consideración. Puesto que mi amigo Matei me ha presentado tan mal, permitidme el presentarme yo mismo: me llamo Orso della Rebbia, teniente á medio sueldo, y si, como presumo al ver esos dos hermosos perros, venís á Córcega para cazar, me consideraría muy dichoso haciéndoos los honores de nuestros bosques y de nuestras montañas... si no los he olvidado aún, agregó suspirando.

En este momento el bote llegaba á la goleta. El teniente ofreció la mano á miss Lydia, y ayudó al coronel á subir sobre cubierta. Allí, sir Thomas, siempre muy apenado de su desprecio, y no sabiendo cómo hacer olvidar su impertinencia á un hombre que databa del año 1,100, sin esperar el asentimiento de su hija, le invitó á cenar

renovándole sus excusas y sus apretones de mano.

Miss Lydia fruncía un poco las cejas, pero, después de todo, no estaba disgustada de saber lo que era un cabo; su huésped no le había desagradado, empezaba hasta á encontrarle un no sé qué aristocrático; solamente tenía el aire muy franco y muy alegre para un héroe de romance.

—Teniente della Rebbia, dijo el coronel saludándole á la manera inglesa, con un vaso de vino de Madera en la mano, yo he visto en España muchos de vuestros compatriotas: eran de la famosa infantería de tiradores.

—Sí, muchos quedaron en España, dijo el joven teniente en tono serio.

—No olvidaré nunca la conducta de un batallón corso en la batalla de Vitoria, prosiguió el coronel. Debo recordarlo, agregó frotándose el pecho. Todo el día habían estado de tiradores en los jardines, detrás de los vallados, y nos habían matado yo no sé cuántos hombres y caballos.

Decidida la retirada, se reunieron y se pusieron á desfilar con presteza. En el llano, esperábamos tomar la revancha, pero los bribones... dispensad, teniente,—aquellos valientes, digo, se habían formado en cuadro, y no había medio de romperlo. En medio del cuadro, creo verlo aún, había un oficial montado en un pequeño caballo negro; estaba al lado del águila, fumando su cigarro como si hubiera estado en el café.

Algunas veces, como para desafiarnos, su música nos tocaba algunas piezas... Lanzo sobre ellos mis dos primeros escuadrones... ¡Ah! en el lugar de morder en el frente del cuadro, he ahí mis dragones que pasan al lado, después dan media vuelta, y vuelven en desorden y más de un caballo sin jinete... ¡y siempre la endiablada

música! Cuando se disipó el humo que envolvía al batallón, volví á ver al oficial al lado del águila, fumando aún su cigarro. Rabioso, yo mismo me puse á la cabeza de una última carga. Sus fusiles, fundidos á fuerza de tirar, no disparaban ya, pero los soldados estaban formados en seis filas, con la bayoneta en la nariz de los caballos; parecía un muro.

Yo grité, exhorté á mis dragones, apreté las espuelas, para hacer avanzar mi caballo, cuando el oficial de que os hablo, tirando al fin su cigarro, me mostró con la mano á uno de sus hombres. Entendí algo así, como: *¡Al capello bianco!* Yo tenía un plumero blanco. No oí más, porque una bala me atravesó el pecho.—Era un buen batallón, señor della Rebbia, el primero del 18 ligero, todos corsos según me dijeron después.

—Sí, dijo Orso, cuyos ojos brillaban durante este relato, sostuvieron la retirada y condujeron su águila; pero las dos terceras partes de esos valientes duermen hoy en el llano de Vitoria.

—¿Por casualidad! ¿sabéis el nombre del oficial que los mandaba?

—Era mi padre. Tenía entonces la graduación de mayor en el 18, y fué ascendido á coronel por su conducta en aquel triste día.

—¿Vuestro padre! ¿Por mi fe que era un valiente! Tendría gusto en volverlo á ver, y le reconocería, estoy seguro. ¿Vive aún?

—No, coronel, dijo el joven palideciendo ligeramente.

—¿Estuvo en Waterloo?

—Sí, coronel, pero no tuvo la felicidad de caer en el campo de batalla... Murió en Córcega... hace dos años... ¡Dios mío! ¡qué hermoso es este mar! hace diez años que no veo el Mediterráneo.—¿No os parece el Mediterráneo más bello que el Océano, señorita?

—Lo encuentro muy azul... y las olas carecen de grandeza.

—¿Amáis la belleza salvaje, señorita? En ese caso, creo que Córcega os agradará.

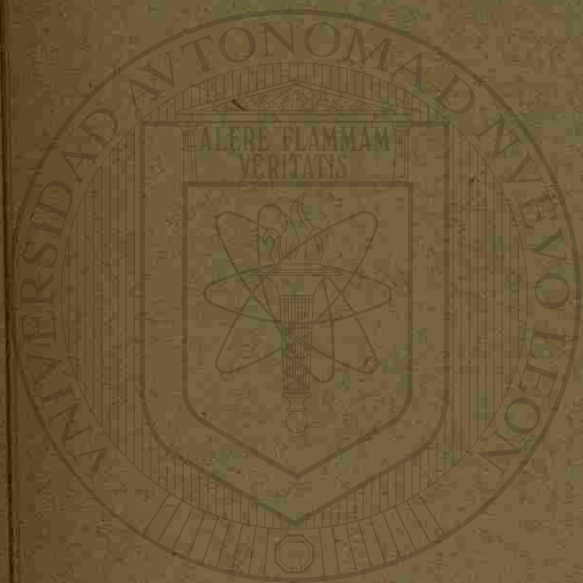
—Mi hija, dijo el coronel, ama todo lo que es extraordinario; por eso no le ha gustado mucho Italia.

—No conozco de Italia, dijo Orso, más que Pisa, donde estuve algún tiempo en el colegio; pero no puedo pensar sin admiración en el Campo-Santo, en el Dôme, en la Torre inclinada... sobre todo en el Campo-Santo. Os acordáis de la muerte de Orcagna... Creo que podría dibujarla, de tal modo ha quedado en mi memoria.

Miss Lydia temió que el señor teniente se empeñase en alguna sesión de entusiasmo.

—Es muy lindo, dijo, bostezando. Dispensad, padre mío, me duele un poco la cabeza y voy á descender á mi dormitorio.

Besó á su padre en la frente, hizo una majestuosa inclinación de cabeza á Orso y desapareció. Los dos hombres hablaron entonces de caza y de guerra. Supieron que en Waterloo estuvieron frente á frente, y que habían debido cambiar muchas balas. Su buena inteligencia aumentó. Los dos criticaron á Napoleón, á Wellington, á Blücher; después cazaron juntos, gamos, jabalíes y carneros salvajes. En fin, estando ya la noche muy avanzada y habiendo consumido la última botella de Burdeos, el coronel estrechó de nuevo la mano del teniente deseándole buena noche, expresándole la esperanza de cultivar un conocimiento comenzado de una manera tan ridícula. Se separaron, y cada uno fué á acostarse.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



### III

La noche era hermosa, la luna jugueteaba con las olas, y el navío vogaba dulcemente á impulso de una brisa ligera. Miss Lydia no tenía ganas de dormir, y sólo la presencia de un profano la había impedido de gustar esas emociones que en el mar y á la luz de la luna todo ser humano experimenta cuando hay dos granos de poesía en el corazón. Cuando juzgó que el joven teniente dormía á pierna suerta, como un ser prosaico que era, se levantó, tomó un abrigo, despertó á su doncella y subió á cubierta. Allí no había nadie, más que un marinero al timón, el cual cantaba una especie de lamento en dialecto corso, con un aire salvaje y monótono. En la calma de la noche, esta extraña música tenía su encanto. Desgraciadamente miss Lydia no comprendía perfectamente lo que el marinero cantaba. En medio de muchos lugares comunes, un verso energético excitaba vivamente su curiosidad, pero muy pronto, en el más bello momento, llegaban algunas palabras de dialecto cuyo sentido desconocía. Comprendió, sin embargo, que era cuestión de un asesinato. Imprecaciones contra los asesinos, amenazas de venganza, el elogio del muerto, todo esto se mezclaba confundido. Ella

retuvo algunos versos; voy á intentar traducirlos:

«... Ni los cañones, ni las bayonetas—han hecho palidecer su frente,—sereno en un campo de batalla—como un cielo de primavera.—El era el alcón amigo del águila,—miel de las arenas para sus amigos,—para sus enemigos el mar iracundo.—Más alto que el sol,—más dulce que la luna.—Al que los enemigos de Francia—no aguardaron nunca,—asesinos de su país—lo han herido por la espalda,—como Vittolo mató á Sampiero Corso.—Nunca hubieran osado mirarle de frente.—... Colocad en la pared, delante de mi lecho,—mi cruz de honor bien ganada.—Roja es su cinta.—Más roja mi camisa.—A mi hijo, mi hijo en lejano país,—guardad mi cruz y mi camisa ensangrentada.—El verá en ella dos agujeros.—Por cada agujero, un agujero en otra camisa.—¿Pero la venganza quedará cumplida entonces?—Necesito la mano que tiró,—el ojo que apuntó,—el corazón que tuvo el valor...»

El marinero se detuvo de repente.

—¿Por qué no continuáis, amigo mío? preguntó miss Nevil.

El marinero, con un movimiento de cabeza le mostró una figura que salía de una gran escotilla de la goleta: era Orso que venía á gozar de la luz de la luna.

—Terminad pues vuestro lamento, dijo miss Lydia; me causaba gran placer.

El marinero se inclinó hacia ella y le dijo muy bajo:

—Yo no doy el *rimbecco* á nadie.

—¿Cómo? ¿el...?

El marinero, sin responderle, se puso á silbar.

—Os invito á admirar nuestro Mediterráneo, miss Nevil, dijo Orso avanzando hacia ella. Con-

venid en que no se ve en ninguna parte una luna como ésta.

—Yo no la miraba. Estaba muy ocupada en estudiar el corso. Ese marinero, que cantaba una canción de las más trágicas, se ha detenido en el momento más interesante.

El marinero se inclinó como para ver mejor la brújula, y tiró rudamente del abrigo de miss Nevil. Era evidente que su canción no podía ser cantada delante del teniente Orso.

—¿Qué cantabas, Paolo Francé? dijo Orso; ¿era una *batalla*? ¿un *vocero*? La señorita te comprende y quisiera oír el final.

—Lo he olvidado, Ors' Anton, dijo el marinero.

Y en seguida se puso á entonar con voz estentórea un cántico á la Virgen.

Miss Lydia escuchó el cántico con distracción y no instó más al cantor, prometiéndose averiguar más tarde la palabra del enigma. Pero su doncella, que siendo de Florencia, no entendía mejor que su ama el dialecto corso, deseaba instruirse también; dirigiéndose á Orso antes que ésta pudiera advertirla por un toque con el codo:

—Señor capitán, le dijo, ¿qué quiere decir *donner le rimbecco*?

—El *rimbecco*! dijo Orso, es hacer la injuria más mortal á un corso: es reprocharle de no haberse vengado ¿Quién os ha hablado de *rimbecco*?

—Fué ayer en Marsella, respondió miss Lydia con presteza, que el patrón de la goleta se sirvió de esa palabra.

—¿Y de quién hablaba? preguntó Orso con vivacidad.

—¡Oh! nos contaba una antigua historia... del tiempo de... sí, creo que era á propósito de Vannina d'Ornano.

—¿La muerte de Vannina, supongo, señorita,

que no os ha hecho amar mucho á nuestro héroe, el bravo Sampiero?

—¿Pero os parece que eso sea heroísmo?

—Su crimen tiene por excusa las costumbres salvajes de la época; y además, Sampiero hacía una guerra á muerte á los genoveses: ¿qué confianza podían tener en él sus compatriotas, si no había castigado á la que quería tratar con Génova?

—Vannina, dijo el marinero, había partido sin el permiso de su marido; Sampiero hizo bien torciéndole el cuello.

—Pero, repuso miss Lydia, era para salvar á su marido, era por amor á él, que iba á pedir su perdón á los genoveses.

—¿Pedir su perdón, era deshonrarlo! gritó Orso.

—¿Y matarla él mismo! prosiguió miss Nevil. ¡Qué monstruo debía ser!

—Sabéis que ella le pidió como favor perecer á sus manos. A Otelo, señorita, ¿lo consideráis también como un monstruo?

—¿Qué diferencia! él estaba celoso; Sampiero sólo tenía vanidad.

—Y los celos, ¿no son también vanidad? ¿Es la vanidad del amor, y vos lo excusaréis quizás, en favor del motivo?

Miss Lydia le dirigió una mirada llena de dignidad, y, dirigiéndose al marinero, le preguntó cuándo llegaría la goleta al puerto.

—Pasado mañana, dijo, si el viento continúa.

—Yo quisiera ver ya Ajaccio, porque este navío me hastía.

Se levantó, tomó el brazo de su doncella y dió algunos pasos por el puente. Orso quedó inmóvil cerca del timonel, no sabiendo si debía pasearse con ella ó terminar una conversación que parecía importunarla.

—¡Hermosa joven, por la sangre de la Madonna! dijo el marinero; ¡si todas las pulgas de mi cama se le pareciesen, no me quejaría de ser mordido por ellas!

Miss Lydia oyó quizás este sencillo elogio de su belleza y se amedrentó, porque descendió casi en seguida á su camarote. Muy poco después se retiró Orso á su vez. En cuanto hubo abandonado el puente, la doncella subió de nuevo, y después de haber hecho sufrir un interrogatorio al marinero, llevó los informes siguientes á su dueña: la batalla interrumpida por la presencia de Orso había sido compuesta con motivo de la muerte del coronel della Rebbia, padre del antes dicho, asesinado hacía dos años.

El marinero no dudaba que Orso volvía á Córcega para *tomar la venganza*, ésta era su expresión, y afirmaba que antes de poco se vería *carne fresca* en el lugar de Pietranera. Echa traducción de este término nacional, resultaba que el señor Orso se proponía asesinar á dos ó tres personas sospechosas de haber asesinado á su padre, las cuales, en verdad, habían sido buscadas por la justicia á consecuencia de este hecho, pero se había visto burlada, en atención á que tenían en su favor, jueces, abogados, prefectos y gendarmes.

—No hay justicia en Córcega, agregaba el marinero, y yo hago más caso de un buen fusil que de un consejero de la corte real. Cuando se tiene un enemigo, hay que escoger entre las tres S.

Estas noticias interesantes cambiaron de una manera notable las maneras y las disposiciones de miss Lydia hacia el teniente della Rebbia. Desde este momento se había convertido en un personaje á los ojos de la romántica inglesa. Ahora este aire de indolencia, este tono de fran-



queza y de buen humor, que al principio le habían prevenido desfavorablemente, se convertía para ella en un mérito más, porque era el profundo disimulo de un alma enérgica, que no deja traslucir al exterior ninguno de los sentimientos que encierra. Orso le pareció una especie de Fiesque, ocultando vastos designios bajo una apariencia de ligereza; y, aunque no sea tan digno de aprobación matar á algunos infames como libertar á su patria, sin embargo, una buena venganza es hermosa; y además las mujeres gustan mucho que un héroe no sea hombre político. Solamente entonces notó miss Nevil que el joven teniente tenía ojos grandes, dientes blancos, talle elegante, educación y algún uso del mundo.

Le habló con frecuencia al día siguiente, y su conversación le interesó. Fué largamente interrogado sobre su país, y habló bien de él. La Córcega, que había abandonado muy joven, al principio para ir al colegio, y después á la escuela militar, había quedado en su imaginación adornada de colores poéticos. Se animaba hablando de sus montañas, de sus forestas, de las originales costumbres de sus habitantes.

Como puede suponerse, la palabra *venganza* se presentó más de una vez en la conversación, porque es imposible hablar de los corsos sin atacar ó justificar su pasión proverbial. Orso sorprendió un poco á miss Nevil condenando de una manera general los interminables odios de sus compatriotas. En los aldeanos, siempre buscaba excusas y pretendía que la *vendetta* es el duelo de los pobres. «Tan verdad es esto, decía, que sólo se asesina después de un desafío en regla. «Guárdate, yo me guardo», tales son las palabras sacramentales que cambian dos enemigos antes de tenderse emboscadas el uno al otro. Hay más asesinatos en nosotros, agregaba, que en ninguna

otra parte; pero nunca hallaréis una causa innoBLE en esos crímenes. Tenemos, es verdad, muchos asesinos, pero ningún ladrón».

Cuando pronunciaba las palabras de venganza y muerte, miss Lydia le miraba atentamente, pero sin descubrir en sus facciones la menor huella de emoción. Como había supuesto que él tenía la fuerza de alma necesaria para hacerse impenetrable á todos los ojos, excepto los suyos, por supuesto, continuó creyendo firmemente que los manes del coronel della Rebbia no esperarían mucho tiempo la satisfacción que reclamaban.

Ya estaba la goleta á la vista de Córcega. El patrón nombraba los principales puntos de la costa, y, aunque eran todos completamente desconocidos á miss Lydia, hallaba algún placer en saber sus nombres. Nada más fastidioso que un paisaje anónimo. A veces, el anteojo del coronel dejaba percibir algún insular vestido de paño oscuro, armado de un largo fusil, montado en un pequeño caballo, y galopando por pendientes rápidas.

Miss Lydia, en cada uno creía ver un bandido, ó bien un hijo marchando á vengar la muerte de su padre: pero Orso aseguraba que era algún pacífico habitante de la población vecina, viajando para sus negocios; que llevaba un fusil, menos por necesidad que por *galanteria*, por moda, del mismo modo que un *dandy* sólo sale con un bastón elegante. Bien que un fusil sea un arma menos noble y menos poética que un estilete, miss Lydia hallaba que para un hombre eso era más elegante que un bastón, y recordaba que todos las héroes de lord Byron mueren de una bala, y no de un clásico puñal.

Después de tres días de navegación, se hallaron ante las Sanquinarias, y el magnífico panorama del golfo de Ajaccio se desrolló á los ojos de nuestros viajeros. Con razón se le compa-

ra á la bahía de Nápoles; y en el momento que la goleta entraba en el puerto, un soto ardiendo, cubriendo de humo la Punta di Girato, recordaba al Vesubio y aumentaba el parecido. Para que fuese completo, sería preciso que un ejército de Attila viniese á acampar en los alrededores de Nápoles; porque todo está muerto y desierto en las proximidades de Ajaccio.

En lugar de esas elegantes fábricas que se descubren por todas partes desde Castellamare hasta el cabo Misena, no se ve alrededor del golfo de Ajaccio más que sombríos bosques, y detrás, montañas peladas. Ni una ciudad, ni una vivienda. Solamente aquí y allá, sobre las alturas que rodean la ciudad, algunas construcciones blancas se destacan aisladas sobre un fondo de verdura; son capillas funerarias, tumbas de familia. Todo, en este paisaje, es de una belleza grave y triste. El aspecto de la ciudad, sobre todo en esta época, aumentaba aún la impresión causada por la soledad de sus alrededores. Ningún movimiento en las calles, donde sólo se encuentran algunas figuras ociosas, y siempre las mismas. Ninguna mujer, sino algunas campesinas que vienen á vender sus géneros.

No se oye hablar alto, reír, y cantar, como en las ciudades italianas. Algunas veces, á la sombra de un árbol del paseo, una docena de campesinos armados juegan á las cartas ó presencian el juego. No gritan, no disputan nunca; si el juego se anima, se oyen entonces pistoletazos, que siempre preceden á la amenaza.

El corso es de por sí grave y silencioso.

Por las tardes, aparecen algunas figuras para gozar del fresco, pero los paseantes del *Cours* son casi todos extranjeros. Los insulares quedan en sus puertas; cada uno parece al acecho como el alcón en su nido.



## IV

Después de haber visitado la casa donde nació Napoleón, después de haberse procurado por medios más ó menos católicos un poco del papel de la tapicería, miss Lydia, dos días después de haber desembarcado en Córcega, se sintió invadida por una profunda tristeza, como debe suceder á todo extranjero que se encuentre en un país cuyas costumbres insociables parecen condenarlo á un completo aislamiento. Se arrepintió de su deseo; pero partir en seguida, hubiera sido comprometer su reputación de viajera intrépida; miss Lydia se resignó, pues, á tener paciencia y á matar el tiempo como mejor pudiera. En esta generosa resolución, preparó lápices y colores, trazó vistas del golfo, é hizo el retrato de un campesino moreno, que vendía melones, como un hortelano del continente, pero que tenía una barba blanca y el aire del más feroz bandido que se pueda ver. No bastando esto para distraerla, resolvió trastornar la cabeza al descendiente de los cabos, y no era difícil la cosa, porque, lejos de apresurarse para volver á su pueblo, Orso parecía estar

ra á la bahía de Nápoles; y en el momento que la goleta entraba en el puerto, un soto ardiendo, cubriendo de humo la Punta di Girato, recordaba al Vesubio y aumentaba el parecido. Para que fuese completo, sería preciso que un ejército de Attila viniese á acampar en los alrededores de Nápoles; porque todo está muerto y desierto en las proximidades de Ajaccio.

En lugar de esas elegantes fábricas que se descubren por todas partes desde Castellamare hasta el cabo Misena, no se ve alrededor del golfo de Ajaccio más que sombríos bosques, y detrás, montañas peladas. Ni una ciudad, ni una vivienda. Solamente aquí y allá, sobre las alturas que rodean la ciudad, algunas construcciones blancas se destacan aisladas sobre un fondo de verdura; son capillas funerarias, tumbas de familia. Todo, en este paisaje, es de una belleza grave y triste. El aspecto de la ciudad, sobre todo en esta época, aumentaba aún la impresión causada por la soledad de sus alrededores. Ningún movimiento en las calles, donde sólo se encuentran algunas figuras ociosas, y siempre las mismas. Ninguna mujer, sino algunas campesinas que vienen á vender sus géneros.

No se oye hablar alto, reír, y cantar, como en las ciudades italianas. Algunas veces, á la sombra de un árbol del paseo, una docena de campesinos armados juegan á las cartas ó presencian el juego. No gritan, no disputan nunca; si el juego se anima, se oyen entonces pistoletazos, que siempre preceden á la amenaza.

El corso es de por sí grave y silencioso.

Por las tardes, aparecen algunas figuras para gozar del fresco, pero los paseantes del *Cours* son casi todos extranjeros. Los insulares quedan en sus puertas; cada uno parece al acecho como el alcón en su nido.



## IV

Después de haber visitado la casa donde nació Napoleón, después de haberse procurado por medios más ó menos católicos un poco del papel de la tapicería, miss Lydia, dos días después de haber desembarcado en Córcega, se sintió invadida por una profunda tristeza, como debe suceder á todo extranjero que se encuentre en un país cuyas costumbres insociables parecen condenarlo á un completo aislamiento. Se arrepintió de su deseo; pero partir en seguida, hubiera sido comprometer su reputación de viajera intrépida; miss Lydia se resignó, pues, á tener paciencia y á matar el tiempo como mejor pudiera. En esta generosa resolución, preparó lápices y colores, trazó vistas del golfo, é hizo el retrato de un campesino moreno, que vendía melones, como un hortelano del continente, pero que tenía una barba blanca y el aire del más feroz bandido que se pueda ver. No bastando esto para distraerla, resolvió trastornar la cabeza al descendiente de los cabos, y no era difícil la cosa, porque, lejos de apresurarse para volver á su pueblo, Orso parecía estar

contento en Ajaccio; bien que él no veía á nadie. Por otra parte, miss Lydia se había propuesto un noble objeto, el de civilizar á este oso de las montañas, y hacerle renunciar á los siniestros designios que lo llevaban á su isla. Desde que se tomó el trabajo de estudiarlo, se había dicho que sería una pena dejar á este joven correr á su pérdida, y que para ella sería glorioso convertir á un corso.

Los días se pasaban para nuestros viajeros del modo siguiente: por la mañana, el coronel y Orso salían á cazar; miss Lydia dibujaba ó escribía á sus amigas, á fin de poder fechar sus cartas en Ajaccio; hacia las seis, volvían los hombres cargados de caza; se comía, miss Lydia cantaba, el coronel se dormía, y los jóvenes quedaban hablando hasta muy tarde.

Yo no sé qué formalidad de pasaporte había obligado al coronel Nevil á hacer una visita al prefecto; éste, que se aburría mucho, así como la mayor parte de sus colegas, había quedado encantado al saber la llegada de un inglés, rico, hombre de mundo y padre de una linda señorita; así es que lo recibió perfectamente y lo abrumó de ofrecimientos de servicios; además, muy pocos días después, vino á pagarle la visita. El coronel, que acababa de levantarse de la mesa, estaba cómodamente recostado en el sofá, muy próximo á dormirse; su hija cantaba ante un piano deteriorado; Orso volvía las hojas de sus cuadernos de música, y miraba los hombros y el cabello rubio de la profesora. Se anunció al señor prefecto; el piano enmudeció, el coronel se levantó, se frotó los ojos, y presentó el prefecto á su hija:

—No os presento al señor della Rebbia, dijo, porque lo conocéis sin duda.

—¿Este señor es el hijo del coronel della Rebbia? preguntó el prefecto con un todo ligeramente embarazado.

—Sí, señor, respondió Orso.

—He tenido el honor de conocer á vuestro padre.

Los motivos comunes de conversación se agotaron muy pronto. A pesar suyo, el coronel bostezaba con mucha frecuencia; en su calidad de liberal, Orso no quería hablar á un satélite del poder; sólo miss Lydia sostenía la conversación. Por su parte, el prefecto no la dejaba languidecer, y era evidente que tenía un vivo deseo de hablar de París y del mundo á una mujer que conocía todas las notabilidades de la sociedad europea. De cuando en cuando, y sin dejar de hablar, observaba á Orso con una curiosidad singular.

—¿En el continente es donde habéis conocido al señor della Rebbia? preguntó á miss Lydia.

Miss Lydia respondió con algún embarazo que se habían conocido en el navío que los había conducido á Córcega.

—Es un joven muy distinguido, dijo el prefecto á media voz. ¿Y os ha dicho, continuó aún más bajo, con qué intención vuelve á Córcega?

Miss Lydia tomó un aire majestuoso:

—No se lo he preguntado, dijo; podéis interrogarle.

El prefecto guardó silencio; pero, un momento después, oyendo á Orso dirigir al coronel algunas palabras en inglés:

—Habéis viajado mucho, dijo, á lo que parece. Debéis haber olvidado la Córcega... y sus costumbres.

—Es verdad, yo era muy joven cuando la abandoné.

—¿Seguís perteneciendo al ejército?

—Estoy á medio sueldo.

—Habéis estado mucho tiempo en el ejército francés, para no haberos hecho francés, no lo dudo. Pronunció estas últimas palabras con un énfasis marcado.

No es adular prodigiosamente á los corsos recordarles que pertenecen á la gran nación. Ellos quieren ser un pueblo aparte, y esta pretensión, la justifican muy bien para que se le conceda.

Orso, un poco picado, replicó:

—¿Creéis, señor prefecto, que un corso, para ser hombre de honor, tenga necesidad de servir en el ejército francés?

—Ciertamente que no, dijo el prefecto, no ha sido ese mi pensamiento: yo hablo solamente de ciertas *costumbres* de este país, de las cuales no son algunas como un administrador quisiera que fuesen.

Apoyó la palabra *costumbres*, y tomó la expresión más grave que pudo. Muy poco después, se levantó y salió, llevando la promesa de que miss Lydia iría á ver á su mujer á la prefectura.

Cuando se hubo marchado:

—Era preciso que yo viniese á Córcega, dijo miss Lydia, para saber lo que es un prefecto. Este me parece bastante amable.

—Por mi parte, dijo Orso, no podría decir lo mismo, y me parece muy singular con su aire enfático y misterioso.

El coronel estaba más que adormecido; miss Lydia lo miró, y bajando la voz:

—Y yo, yo hallo, dijo, que no es tan misterioso como pretendéis, porque creo haberle comprendido.

—Sois seguramente muy perspicaz, miss Nevil; y si véis alguna idea en lo que acaba de decir, seguramente es necesario que la hayáis puesto vos.

—Es una frase del marqués de Mascarille, señor della Rebbia, según creo; pero, ... ¿queréis que os dé una prueba de mi penetración? Soy un poco adivina, y sé lo que piensan las gentes que he visto dos veces.

—¡Dios mío! me asustáis. Si sabéis leer en mi pensamiento, no sé si debo alegrarme ó entristecerme...

—Señor della Rebbia, prosiguió miss Lydia poniéndose colorada, sólo nos conocemos desde hace unos días; pero en el mar y en los países bárbaros,—espero me dispensaréis...—en los países bárbaros nace más pronto la amistad que en el mundo... Así, no os admiréis si os hablo como amiga de cosas un poco íntimas y en las cuales quizás no debiera mezclarse un extraño.

—¡Oh! no pronuncies esa palabra, miss Nevil; la otra me agrada mucho más.

—Pues bien; debo deciros que sin haber tratado de saber vuestros secretos, los conozco en parte, y hay algunos que me afligen. Yo sé la desgracia que ha herido á vuestra familia; se me ha hablado mucho del carácter vengador de vuestros compatriotas y de su manera de vengarse... ¿No era á eso á lo que el prefecto hacía alusión?

—Mis Lydia... puede pensar... Y Orso se puso pálido como la muerte.

—No, señor della Rebbia, repuso interrumpiéndole; yo sé que sois un hombre de honor. Vos mismo me habéis dicho que en vuestro país solamente las gentes del pueblo conocen la *vendette*... que os agrada llamar una forma del duelo...

—¿Me creeríais, pues, capaz de convertirme en un asesino?

—Puesto que os hablo de eso, señor Orso, comprenderéis que no dudo de vos, y si os he habla-

do, prosiguió bajando los ojos, es porque he comprendido que de vuelta en vuestro país, rodeado quizás de bárbaras preocupaciones, estaríais muy contento sabiendo que hay alguno que os estima por vuestro valor á resistirlos.—Vamos, dijo levantándose, no hablemos más de esas malas cosas: ellas me producen dolor de cabeza y además es muy tarde. ¿ Vos no querréis que me duerma? Buenas noches á la inglesa. Y le tendió la mano. Orso la tomó con aire grave y penetrado.

—Señorita, dijo, ¿ sabéis que hay momentos en que el instinto del país se despierta en mí? ¡ A veces, cuando pienso en mi pobre padre... tengo espantosas ideas. Gracias á vos, estoy libre de ellas para siempre. Gracias, gracias!

Iba á proseguir, pero miss Lydia dejó caer una cucharilla y el ruido despertó al coronel.

—¡ Della Rebbia, mañana á las cinco á cazar! Sed exacto.

—Sí, mi coronel.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

V

Al día siguiente, un poco antes del regreso de los cazadores, miss Nevil, volviendo de un paseo á orillas del mar, ganaba la hostería con su doncella, cuando notó á una joven vestida de negro, montada en un caballo de pequeña talla, pero vigoroso, que entraba en la población. Iba seguida de una especie de campesino, también á caballo, con chaqueta de paño obscuro, agujereada por los codos, una calabaza en bandolera, y una pistola pendiente de la cintura; en la mano, un fusil, cuya culata descansaba en un bolsillo de cuero atado al arzón de la silla; en una palabra, en traje completo de bandido de melodrama, ó de burgués corso que viaja. La notable belleza de la mujer atrajo desde luego la atención de miss Nevil. Parecía tener una veintena de años. Era alta, blanca, los ojos azul obscuro, la boca rosa, los dientes como el esmalte. En su expresión se leía á la vez el orgullo, la inquietud y la tristeza. En la cabeza, llevaba ese velo de seda negra llamado *mezzaro*, que los genoveses han

introducido en Córcega, y que sienta tan bien á las mujeres. Largas trenzas de cabello castaño le formaban como un turbante alrededor de la cabeza. Su traje era aseado, pero de la mayor sencillez.

Miss Nevil tuvo tiempo sobrado para considerarla, porque la dama del *mezzaro* se había detenido en la calle á preguntar á uno con mucho interés, como parecía por la expresión de sus ojos; después, por la respuesta que le dieron, dió un varazo á su montura, y, tomando el gran trote, se detuvo á la puerta del hotel donde se albergaban sir Thomas Nevil y Orso.

Allí, después de haber cambiado algunas palabras con el dueño, la joven saltó diestramente de su caballo y se sentó en un banco de piedra al lado de la puerta de entrada, mientras que su escudero conducía los caballos á la cuadra. Miss Lydia pasó con su traje parisién por delante de la desconocida sin que ésta levantara los ojos. Un cuarto de hora después, abrió la ventana y vió aún á la dama del *mezzaro* sentada en el mismo sitio y en la misma actitud. Muy pronto aparecieron el coronel y Orso, volviendo de la caza.

Entonces el dueño del hotel dijo algunas palabras á la señorita enlutada y le designó con el dedo á della Rebbia. Entonces enrojeció, se levantó con vivacidad, dió algunos pasos hacia adelante, y después se quedó inmóvil y como sobrecogida. Orso estaba muy cerca de ella, contemplándola con curiosidad.

—¿ Vos sois, dijo con emocionada voz, Orso Antonio della Rebbia? Yo, yo soy Colomba.

—¿ Colomba! gritó Orso.

Y, cogiéndola en sus brazos, la abrazó tiernamente, lo que admiró algo al coronel y á su

hija; porque, en Inglaterra, no se abraza en la calle.

—Hermano mío, dijo Colomba, me perdonaréis si he venido sin vuestro permiso; pero supe por nuestros amigos que habíais llegado, y era para mí tan gran consuelo el veros...

Orso la abrazó de nuevo; después, volviéndose hacia el coronel:

—Es mi hermana, dijo, que yo no hubiera reconocido si ella no lo hubiera dicho.—Colomba, el coronel sir Thomas Nevil.—Coronel, dispensadme, pero no podré tener el honor de comer hoy con vos... Mi hermana...

—¡ Oh! ¿ dónde diablo queréis comer, amigo mío? gritó el coronel; sabéis muy bien que sólo hay una comida en esta maldita fonda, y esa es para nosotros. Vuestra hermana hará un gran placer á mi hija uniéndose á nosotros.

Colomba miró á su hermano, que no se hizo rogar mucho, y todos juntos entraron en la habitación mayor de la casa, que servía al coronel de salón y de comedor. La señorita della Rebbia, presentada á miss Nevil, le hizo una profunda reverencia, pero no dijo una palabra. Se comprendía que estaba muy espantada, y que quizás por primera vez en su vida, se hallaba en presencia de extraña gente de mundo. Sin embargo, no había nada en sus maneras que delatará á la provinciana.

En ella la extrañeza ocultaba la rudeza. Por esto mismo agradó á miss Nevil; y, como no había en el hotel habitación disponible, miss Lydia llevó su condescendencia ó su curiosidad hasta ofrecer á la señorita della Rebbia hacerle poner una cama en su propio dormitorio.

Colomba balbuceó algunas palabras de agradecimiento y se apresuró á seguir á la doncella de miss Nevil para hacer en su tocador los pe-

queños arreglos que hacen necesarios un viaje á caballo por el polvo y el sol.

Al entrar en el salón, se detuvo á contemplar los fusiles del coronel, que los cazadores acababan de depositar en un rincón.

—¡Qué bonitas armas! dijo; ¿son vuestras, hermano mío?

—No, son fusiles ingleses del coronel. Son tan buenos como bonitos.

—Bien quisiera que tuvieseis uno parecido, dijo Colomba.

—Ciertamente hay uno entre esos tres que pertenece á della Rebbia, dijo el coronel; se sirve muy bien de él. Hoy de catorce disparos, ¡catorce piezas!

En seguida se estableció un combate de generosidad, en el cual Orso fué vencido, con gran satisfacción de su hermana, como era fácil observar por la expresión de júbilo infantil que brilló de repente en su rostro, antes tan serio.

—Escojed, amigo mío, decía el coronel.

Orso rehusaba.

—¡Pues bien! vuestra hermana escogerá por vos. Colomba no se lo hizo repetir: tomó el menos adornado de los fusiles, pero era un excelente Manton de grueso calibre.

—Este, dijo, debe guiar bien la bala.

Su hermano se turbaba en su agradecimiento, cuando apareció la comida muy á propósito para terminar la cuestión. Miss Lydia quedó encantada al ver que Colomba, que había hecho alguna resistencia para sentarse á la mesa, y que sólo había cedido por una mirada de su hermano, hacía como buena católica el signo de la cruz antes de comer.

—Bueno, se dijo, he ahí algo primitivo.

Y se prometió hacer más de una observación interesante sobre esta joven representante de las

antiguas costumbres de la Córcega. Orso, estaba un poco violento por temor sin duda de que su hermana digese ó hiciese algo que oliese á su lugar.

Pero Colomba lo observaba sin cesar y regulaba todos sus movimientos por los de su hermano. A veces ella lo consideraba fijamente con una extraña expresión de tristeza; y entoncés, si los ojos de Orso se encontraban con los suyos, era el primero que miraba para otro lado, como si quisiera sustraerse á una pregunta que su hermana le hacía mentalmente y que él comprendía muy bien.

Se hablaba francés, porque el coronel se expresaba muy mal en italiano. Colomba entendía el francés, y hasta pronunciaba muy bien las pocas palabras que se veía obligada á cambiar con sus huéspedes.

Después de la comida, el coronel, que había notado la especie de encogimiento que reinaba entre el hermano y la hermana, preguntó con su acostumbrada franqueza á Orso si deseaba hablar á solas con ella, ofreciendo en tal caso pasar con su hija á la pieza inmediata. Pero Orso se apresuró á darle gracias y le dijo que ya tendría tiempo de hablar en Pietranera. Este era el nombre del lugar donde tenía su residencia.

El coronel ocupó, pues, su sitio acostumbrado en el sofá, y miss Nevil, después de haber buscado varios motivos de conversación, desesperando de hacer hablar á la bella Colomba, rogó á Orso le leyera un canto del Dante: este era su poeta favorito. Orso escogió el canto del infierno donde se halla el episodio de Francesca da Rimini, y se puso á leer, acentuando cuanto pudo los sublimes tercetos, que expresan tan bien el peligro de leer entre dos un libro de amor.

A medida que leía, Colomba se aproximaba á



la mesa, y levantaba la cabeza que había tenido baja; sus dilatadas pupilas brillaban con un fuego extraordinario: enrojecía ó palidecía sucesivamente, y se agitaba convulsivamente en su silla.

¡Admirable organización italiana, que, para comprender la poesía, no tiene necesidad que un pedante le demuestre sus bellezas!

Cuando hubo terminado la lectura:

—¡Qué hermoso es eso! gritó. ¿Quién lo ha escrito, hermano mío?

Orso se desconcertó un poco y miss Lydia respondió sonriendo que era un poeta florentino muerto hacía varios siglos.

—Yo te haré leer el Dante, dijo Orso, cuando estemos en Pietranera.

—Dios mío, ¡qué hermoso es eso! repetía Colomba: y dijo tres ó cuatro tercetos que había retenido, al principio en voz baja, después, animándose, los declamó muy alto, con más expresión que su hermano le había dado al leerlos.

Miss Lydia muy admirada:

—Perecéis amar mucho la poesía, dijo. ¡Os envidio la felicidad que sentiréis al leer el Dante por vez primera!

—Ya veis, miss Nevil, decía Orso, qué poder tienen los versos del Dante, para conmover así á una pequeña salvaje que sólo conoce su Pater... Pero me equivoco: recuerdo que Colomba es del oficio. Muy niña, se ejercitaba en hacer versos, y mi padre me escribía que ella era la mejor *vo-ceratrice* de Pietranera y de dos leguas á la redonda.

Colomba dirigió una mirada suplicante á su hermano. Miss Nevil había oído hablar de las improvisadoras corsas y moría de deseo de oír una. Así es que se apresuró á rogar á Colomba le diese una muestra de su talento. Orso se interpuso entonces, muy contrariado por haberse re-

cordado tan bien de las disposiciones poéticas de su hermana. Por más que juró que no había nada tan vulgar como una batalla corsa, protestando que recitar versos corsos después de los del Dante, era traicionar á su país, sólo consiguió irritar el capricho de miss Nevil, y se vió al fin obligado á decir á su hermana:

—¡Pues bien! improvisa algo, pero que sea breve.

Colomba lanzó un suspiro, miró atentamente durante un minuto al tapiz de la mesa, y después las vigas del techo; en fin, poniendo la mano sobre sus ojos, como esas aves que se tranquilizan y creen no ser vistas cuando ellas mismas no se ven, cantó, ó mejor dicho, declamó con voz insegura la *serenata* siguiente:

La jovencita y la paloma.

«En el valle, muy lejos detrás de las montañas, —sólo alumbra el sol una hora al día;—hay en el valle una casa sombría,—y la hierba cubre allí el suelo.—Las puertas y ventanas están siempre cerradas.—Ningún humo sale por la chimenea.—Pero á medio día, cuando llega el sol,—se abre una ventana,—y la huérfana se sienta, hilando en su rueca:—ella hila y canta trabajando—un canto de tristeza;—pero ningún otro canto responde al suyo.—Un día, un día de primavera,—una paloma se posó sobre un vecino árbol,—y oyó el canto de la joven.—Joven, le dijo, no lloras tú sola—un cruel gavilán me arrebató mi compañero.—Paloma, muéstrame el gavilán arrebatador;—se fué tan alto como las nubes,—yo lo hubiera derribado en seguida en tierra.—Pero yo, pobre joven, ¿quién me devolverá mi hermano,—mi hermano que está ahora en lejanos países?—Joven, dime dónde está tu hermano,—y mis alas me llevarán á su lado.»

30546

BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

JUN 19 1950

—¡He ahí una paloma bien educada! repuso Orso abrazando á su hermana con una emoción que contrastaba con el tono de chanza que afectaba.

—Vuestra canción es preciosa, dijo miss Lydia. Deseo que me la escribáis en mi álbum. La traduciré al inglés y la haré poner en música.

El bravo coronel, que no había comprendido nada, unió sus cumplimientos á los de su hija. Después agregó:

—¿Esa paloma de que habláis, señorita, es un pájaro que hemos comido hoy á la crapodina?

Miss Nevil llevó su álbum y no quedó poco sorprendida al ver á la improvisadora escribir su canción manejando el papel de un modo especial. En lugar de estar en una sola línea, los versos se seguían, tanto como lo permitía el ancho del papel, de modo que no correspondían á la conocida definición de las composiciones poéticas: «Pequeñas líneas de desigual largura, con un margen á cada lado». Había que hacer también algunas observaciones sobre la ortografía un poco caprichosa de Colomba, quien, más de una vez, hizo sonreír á miss Nevil, mientras que la vanidad fraternal de Orso estaba en un suplicio.

Habiendo llegado la hora de acostarse, las dos jóvenes se retiraron á su habitación.

Allí, mientras que miss Lydia se quitaba el collar, las argollas y brazaletes, observó que su compañera retiraba de su bata una cosa larga como una ballena de corsé, pero de muy diferente forma.

Colomba lo puso con cuidado y casi furtivamente bajo su *mezzaro* que estaba sobre una mesa; después se arrodilló y rezó devotamente sus oraciones. Dos minutos después, estaba en su lecho. Muy curiosa por naturaleza y lenta como una inglesa en desnudarse, miss Lydia se apro-

ximó á la mesa, y, fingiendo buscar un alfiler, levantó el *mezzaro* y vió un estilete bastante largo, curiosamente montado en nácar y plata; el trabajo era notable, y era un arma antigua y de gran precio para un aficionado.

—¿Es costumbre aquí, dijo sonriendo miss Nevil, que las señoritas lleven este pequeño instrumento en el corsé?

—Es muy necesario, respondió Colomba suspirando. ¡Hay tanta gente mala!

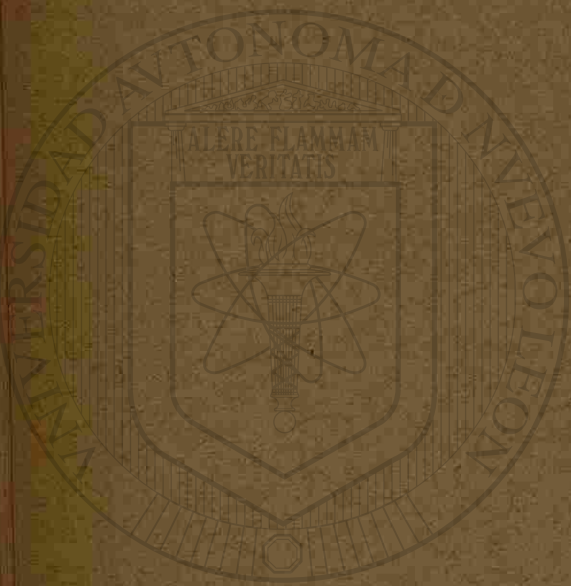
—¿Y tendríais valor para dar un golpe así?

Y miss Nevil, con el estilete en la mano, simulaba dar un golpe, como se da en el teatro, de arriba abajo.

—Sí, si fuera necesario, dijo Colomba con su voz dulce y musical, para defenderme ó defender á mis amigos... Pero no es así como debe cogerse; podríais heriros, si la persona que queréis herir se retirase. E incorporándose en la cama: Tomad, es así, remontando el golpe. Se dice que dándolo así, es mortal. ¡Felices los que no tienen necesidad de usar tales armas!

Ella suspiró, dejó caer su cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. No se hubiera podido ver una cabeza más bella, más noble, más virginal. Phidias, para esculpir á su Minerva, no hubiera deseado otro modelo.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA LINEA DE TIEMPO

MARZO 1973

1973 5503 MONTAÑANA, ROSARIO

VI

Para amoldarme al precepto de Horacio me he lanzado desde luego *in medias res*. Ahora que todo duerme, la bella Colomba, el coronel, su hija, aprovecharé este momento para instruir al lector de ciertas particularidades que no debe ignorar, si quiere penetrar más en esta verídica historia.

Sabe ya que el coronel della Rebbia, padre de Orso, fué muerto asesinado: pero no se es asesinado en Córcega, como se es en Francia, por el primer escapado de presidio que no encuentra mejor medio para robaros vuestros valores: se es asesinado por sus enemigos; pero el motivo por el cual se tiene enemigos, es con frecuencia muy difícil de decirlo. Muchas familias se odian por antigua costumbre, y la tradición de la causa original de su odio se pierde completamente.

La familia á que pertenecía el coronel della Rebbia odiaba á varias otras familias, pero singularmente á la de los Barricini; algunos decían

que en el siglo diez y seis, un della Rebbia había seducido á una Barricini, y había sido puñaleado en seguida por un pariente de la señorita ultrajada. A la verdad, otros contaban el asunto diferentemente, pretendiendo que era una della Rebbia la que había sido seducida y un Barricini el puñaleado. Resultado, que sirviéndome de una expresión apropiada, había sangre entre las dos casas. De todos modos, y contrariamente á la costumbre, esta muerte no había producido otras; obedecía á que los della Rebbia y los Barricini habían sido igualmente perseguidos por el gobierno genovés, y los jóvenes se habían expatriado, quedando las dos familias privadas, durante varias generaciones, de sus enérgicos representantes. Al final del siglo último, un della Rebbia, oficial al servicio de Nápoles, hallándose en una casa de juego, tuvo una querrela con algunos militares, quienes, entre otras injurias, le llamaron cabrero corso; desnudó su espada; pero, sólo contra tres, lo hubiera pasado mal, si un extraño, que jugaba en el mismo lugar, no hubiese gritado: «¡Yo soy corso también!» y no hubiese tomado su defensa.

Este personaje era un Barricini, á quien no conocía su compatriota. Cuando se dieron explicaciones, hubo por una y otra parte grandes cumplimientos y juramentos de eterna amistad; porque, en el continente, los corsos se unen fácilmente; lo contrario de lo que sucede en su isla. Este caso fué una demostración: della Rebbia y Barricini fueron íntimos amigos mientras estuvieron en Italia; pero de vuelta en Córcega, sólo se vieron de tarde en tarde, á pesar de que los dos habitaban el mismo pueblo, y, cuando murieron, se dijo que hacía cinco ó seis años que no se hablaban.

Sus hijos vivieron con la misma *etiqueta*, como

se dice en la isla. El uno, Ghilfuccio, padre de Orso, fué militar, el otro, Giudice Barricini, fué abogado. Llegados los dos á jefes de familia, y separados por su profesión, no tuvieron casi ocasión de verse ó de oír hablar el uno del otro.

Sin embargo, un día, hacia 1809, leyendo Giudice en un periódico, en Bastia, que el capitán Ghilfuccio había sido condecorado, dijo, ante testigos, que no le sorprendería, en atención á que el general... protegía á su familia. Este dicho fué transmitido á Ghilfuccio, á Viena, el cual dijo á un compatriota que á su regreso á Córcega encontraría á Giudice muy rico, porque sacaba más dinero de las causas que perdía que de las que ganaba.

No se ha sabido nunca si quiso decir con esto que el abogado traicionaba á sus clientes, ó si se limitó á emitir esta trivial verdad, que un mal asunto produce más á un hombre de ley que una buena causa. Fuera lo que fuera, el abogado Barricini tuvo conocimiento del epigrama y no lo olvidó nunca. En 1812, solicitó ser nombrado alcalde y tenía grandes esperanzas de conseguirlo, cuando el general... escribió al prefecto para recomendarle á un pariente de la mujer de Ghilfuccio. El prefecto se apresuró á conformarse con los deseos del general, y Barricini no dudó que había obedecido á las intrigas de Ghilfuccio. Después de la caída del emperador, en 1814, el protegido del general fué denunciado como bonapartista y reemplazado por Barricini. A su vez, este último fué destituido en los Cien Días; pero, después de esta tempestad, volvió á tomar con gran pompa posesión del sello de la alcaldía y de los registros del estado civil.

Desde este momento su estrella se hizo más brillante que nunca. El coronel della Rebbia, puesto á medio sueldo y retirado en Pietranera,

tuvo que sostener con él una guerra sorda de embrollos, renovados continuamente: tan pronto era citado en reparación de daños causados por su caballo en los cotos del señor alcalde; tan pronto éste, bajo pretexto de restaurar el suelo de la iglesia, hacía levantar una losa rota que tenía las armas de los della Rebbia, y que cubría la tumba de un miembro de ésta familia. Si las cabras comían los sembrados del coronel, los propietarios de estos animales encontraban protección en el alcalde; sucesivamente, el especiero que tenía la administración del correo en Pietranera, y el guarda rural, antiguo soldado mutilado, todos los amigos de los della Rebbia, fueron destituidos y reemplazados por adictos de los Barricini.

Murió la esposa del coronel, expresando el deseo de ser enterrada en medio de un bosquecillo donde le gustaba pasear, en seguida declaró el alcalde que sería inhumada en el cementerio del pueblo, en atención á que no había recibido autorización para permitir una sepultura aislada. El coronel furioso declaró que mientras llegaba la autorización, su esposa sería enterrada en el sitio que ella había designado, é hizo cavar una fosa. El alcalde á su vez mandó á cavar otra en el cementerio, y mandó la gendarmería, á fin, decía, de dar fuerza á la ley.

El día del entierro, se encontraron de frente los dos partidos, y por un momento se temió que se entablase un combate por la posesión de los restos de la señora della Rebbia. Unos cuarenta campesinos bien armados, llevados por los parientes de la difunta, obligaron al cura, al salir de la iglesia, á tomar el camino del bosque; por otra parte, el alcalde con sus dos hijos, sus clientes y los gendarmes, se presentó para hacer oposición.

Cuando apareció é intimó al cortejo para que retrocediera, fué acogido con gritos y amenazas; la ventaja del número estaba á favor de sus adversarios, quienes parecían determinados. Al verlo, varios fusiles fueron montados; hasta se dijo que un pastor le apuntó; pero el coronel levantó el fusil diciendo: «Que nadie dispare sin mi orden». El alcalde, «temiendo naturalmente los tiros», como Panurgo, y, rehusando la batalla, se retiró con su escolta: entonces se puso en marcha fúnebre la procesión, tomando el camino más largo á fin de pasar por delante de la alcaldía.

Desfilando, un idiota, que se había unido al cortejo, se le antojó gritar: ¡Viva el Emperador! Dos ó tres voces le respondieron, y los rebbianistas animándose cada vez más, propusieron matar un buey del alcalde, que, por casualidad, encontraron á su paso. Afortunadamente el coronel pudo impedir esta violencia.

Como puede suponerse, se instruyó un juicio verbal, y el alcalde hizo al prefecto una relación con el más sublime estilo, en la cual pintaba las leyes divinas y humanas tiradas por los suelos,—la majestad de él, el alcalde y la del cura, desconocidas é insultadas,—el coronel della Rebbia, poniéndose á la cabeza de un complot bonapartista para cambiar el orden de sucesión al trono, y excitar á los ciudadanos á armarse los unos contra los otros, crímenes previstos por los artículos 86 y 91 del Código penal.

La exageración de esta queja hizo que no produjera su efecto. El coronel escribió al prefecto, y al procurador del rey: un pariente de su mujer estaba aliado á uno de los diputados de la isla, y otro primo, al presidente de la corte real. Gracias á estas protecciones, se desvaneció el complot, y la señora della Rebbia quedó en el bosque, y

sólo el idiota fué condenado á quince días de prisión.

El abogado Barricini, poco satisfecho del resultado de este asunto, volvió sus baterías á otro lado. Exhumó un antiguo título, acerca del cual se propuso disputar al coronel la propiedad de un desagüe que hacía trabajar un molino. Se empezó un pleito que duró mucho tiempo.

Al cabo de un año, iba el tribunal á pronunciar su fallo, y según todas las apariencias en favor del coronel, cuando M. Barricini puso en las manos del procurador del rey una carta firmada por un tal Agostini, célebre bandido, que le amenazaba, al alcalde, de incendio y de muerte si no desistía de sus pretensiones. Se sabe que en Córcega es muy solicitada la protección de los bandidos, y que para ayudar á sus amigos intervienen frecuentemente en las querellas particulares. El alcalde sacaba partido de esta carta, cuando un nuevo incidente vino á complicar el asunto. El bandido Agostini escribió al procurador del rey para quejarse de que se hubiera falsificado su letra, y hecho nacer dudas sobre su carácter, haciéndolo pasar por un hombre que traficaba con su influencia: «Si yo descubro al falsario, decía al final de su carta, lo castigaré ejemplarmente».

Era evidente que Agostini no había escrito la carta amenazando al alcalde; los della Rebbia acusaban á los Barricini, y vice-versa. De una y otra parte llovían las amenazas, y la justicia no sabía de qué lado hallar los culpables.

Entretanto, el coronel Ghilfuccio fué asesinado. He aquí los hechos, tales como fueron establecidos por la justicia: El 2 de Agosto de 18... ya descendía el día, cuando la mujer Magdalena Pietri, que llevaba grano á Pietranera, oyó dos tiros muy próximos, disparados, según le parecía, en un camino hondo que conducía al pue-

blo, próximamente á ciento cincuenta pasos del sitio en que ella se encontraba. Casi en seguida vió á un hombre que corría, agachándose, por un sendero de viñas, y se dirigía al pueblo. Este hombre se detuvo un instante y se volvió; pero la distancia impidió que la mujer Pietri distinguiese sus facciones, y por otra parte llevaba en la boca una hoja de viña que le ocultaba casi todo el rostro. Hizo con la mano un signo á una camarada que la testigo no vió, y después desapareció en las viñas.

La mujer Pietri, habiendo dejado su saco, subió, corriendo el sendero, y encontró al coronel della Rebbia bañado en sangre, atravesado por dos balas, pero respirando aún. Cerca de él estaba un fusil cargado y montado, como si se hubiera puesto en defensa contra una persona que lo atacase de frente en el momento que otra le hería por la espalda. Roncaba y se defendía de la muerte, pero no podía pronunciar una palabra, lo que los médicos explicaron por la naturaleza de sus heridas que habían atravesado el pulmón. La sangre lo ahogaba; corría lentamente como una espuma roja. En vano la mujer Pietri lo levantó y le hizo algunas preguntas. Ella comprendía que quería hablar, pero no podía hacerse comprender. Habiendo notado que quería llevar la mano á su bolsillo, se apresuró á sacar de él una pequeña cartera que le presentó abierta. El herido cogió el lápiz de la cartera y procuró escribir. De hecho la testigo le vió formar con trabajo varias letras; pero, no sabiendo leer, no pudo saber lo que decían. Cansado por este esfuerzo, el coronel dejó la cartera en la mano de la mujer Pietri, que estrechó fuertemente mirándola con una singular expresión, como si quisiera decirle, estas son las palabras de la testigo: «¡Es-

to es importante, este es el nombre de mi asesino!»

La mujer Pietri se dirigía al pueblo cuando encontró al señor alcalde Barricini con su hijo Vincentello. Entonces era ya casi de noche. Contó lo que había visto. El alcalde tomó la cartera, y corrió á la alcaldía á ceñirse la banda y llamar á su secretario y á la gendarmería. Habiendo quedado sola con el joven Vincentello, Magdalena Pietri le propuso ir á prestar auxilio al coronel, en el caso de que aun estuviera vivo; pero Vincentello respondió que si se acercaba á un hombre que había sido enemigo encarnizado de su familia, no faltaría quien le acusara de haberlo matado. Poco después llegó el alcalde y encontró muerto al coronel. Hizo levantar el cadáver é instruyó un proceso verbal.

A pesar de tu turbación, natural en esta ocasión, M. Barricini se apresuró á poner bajo sello la cartera del coronel, y á hacer todas las averiguaciones posibles; pero no consiguió descubrir nada importante. Cuando llegó el juez de instrucción se abrió la cartera, y en una página manchada de sangre se vieron algunas letras trazadas por una mano desfallecida, pero bien legibles. Había escrito: *Agosti...*, y el juez no dudó que el coronel había querido designar á Agostini como su asesino.

Sin embargo, Colomba della Rebbia, llamada por el juez, solicitó examinar la cartera. Después de haberla ojeado con detenimiento, extendió la mano hacia el alcalde y dijo: «He ahí el asesino!» Entonces, con una precisión y claridad sorprendentes en el transporte de dolor en que estaba sumida, contó que su padre, habiendo recibido pocos días antes una carta de su hijo, la había quemado, pero que antes de hacerlo, había escrito con lápiz en su cartera la dirección de Or-

so que acababa de cambiar de guarnición. Esta dirección no se encontraba en la cartera, y Colomba deducía que el alcalde había arrancado la hoja en que estaba escrita, que sería la misma en la que su padre había escrito el nombre del matador; y este nombre, el alcalde, al decir de Colomba, habíalo substituído por el de Agostini. El juez vió que con efecto faltaba una hoja en el papel de la cartera en que estaba escrito el nombre; pero muy pronto notó que otras hojas faltaban en otros cuadernos de la misma cartera, y algunos testigos declararon que el coronel tenía la costumbre de arrancar páginas cuando quería encender un cigarro; nada más probable, pues, que hubiese quemado por distracción la dirección que había copiado. Además, se comprobó que el alcalde, después de haber recibido la cartera de la mujer Pietri, no había podido leer á causa de la obscuridad; se probó que no se había detenido un instante antes de entrar en la alcaldía, que el brigadier de gendarmería le había acompañado á ella, le había visto encender una lámpara, poner la cartera bajo sobre y sellarla.

Cuando el brigadier terminó su declaración, Colomba, fuera de sí misma, se echó á sus pies y le suplicó, por todo lo más sagrado, que dijese si había dejado sólo un instante al alcalde. El brigadier, después de alguna vacilación, visiblemente emocionado por la exaltación de la joven, confesó que había ido á buscar en una habitación contigua una hoja de papel, pero que no había tardado ni un minuto, y que el alcalde no había dejado de hablarle mientras que él buscaba á tientas el papel en un cajón. Por lo demás, aseguraba que cuando volvió estaba la cartera en el mismo sitio, sobre la mesa donde el alcalde la puso al entrar.

M. Barricini declaró con gran calma. Excusa-

ba, decía, el arrebato de la señorita della Rebbia, y quería condescender á justificarse. Probó que había estado en el pueblo toda la tarde; que su hijo Vincentello estaba con él delante de la alcaldía en el momento del crimen; por último, que su hijo Orlanduccio, atacado de fiebre ese mismo día, no se había movido de la cama.

Exhibió todos los fusiles de su casa, los cuales no habían sido disparados recientemente. Agregó que con respecto á la cartera había comprendido en seguida la importancia que tenía; que la había sellado y depositado en poder de su ayudante, previendo que en razón de su enemistad con el coronel podría ser sospechoso. Por último recordó que Agostini había amenazado de muerte al que había escrito una carta en su nombre, é insinuó que ese miserable, habiendo supuesto probablemente que había sido el coronel, lo había asesinado. En las costumbres de los bandidos, una parecida venganza por un motivo análogo es cosa frecuente.

Cinco días después de la muerte del coronel della Rebbia, Agostini, sorprendido por un destacamento de tiradores, fué muerto, batiéndose á la desesperada.

Se le encontró una carta de Colomba conjurándolo para que declarara si había sido ó no culpable de la muerte que se le imputaba. No habiendo dado respuesta el bandido, fué creencia general que no había tenido valor de decir á una hija que había dado muerte á su padre. Sin embargo, las personas que pretendían conocer bien el carácter de Agostini, decían por lo bajo que si él hubiera matado al coronel se hubiera vanagloriado de haberlo hecho. Otro bandido, conocido por el nombre de Brandolaccio, envió á Colomba una declaración en la cual aseguraba por su honor la inocencia de su compañero; pero

la única prueba que alegaba, era que Agostini no le había dicho nunca que sospechase del coronel.

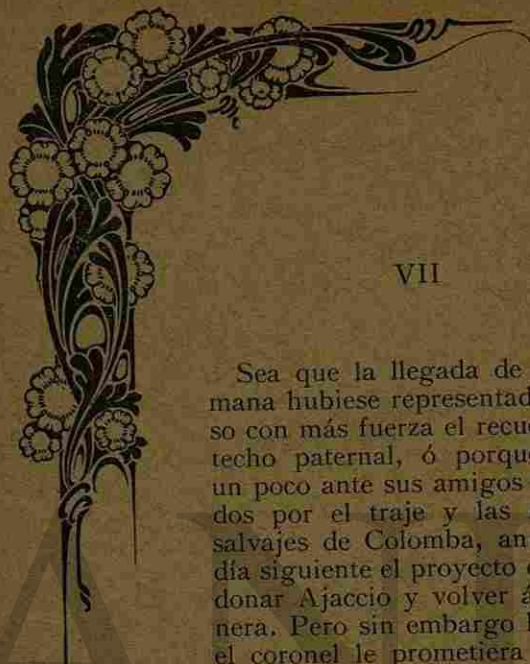
Conclusión: los Barricini no fueron molestados; el juez de instrucción colmó de elogios al alcalde y éste coronó su buena conducta desistiendo de todas sus pretensiones sobre las aguas, debido á lo cual estaba en pleito con el coronel della Rebbia.

Colomba improvisó, siguiendo la costumbre del país una *ballata* ante el cadáver de su padre, en presencia de sus amigos. Exhaló en ella todo su odio contra los Barricini y los acusó formalmente del asesinato, amenazándolos con la venganza de su hermano. Esta *ballata*, que se hizo muy popular, fué la que el marinero cantaba en presencia de miss Lydia. Al saber la muerte de su padre, Orso, que estaba en el norte de Francia pidió una licencia que no pudo obtener. Al principio, según una carta de su hermana, había creído culpables á los Barricini, pero muy pronto recibió copia de todas las piezas de sumario, y una carta particular del juez le dió casi la convicción que el bandido Agostini era el único culpable.

Cada tres meses le escribía Colomba para repetirle sus sospechas, que ella llamaba pruebas. A pesar suyo, estas acusaciones hacían hervir su sangre corsa, y á veces estaba á punto de compartir el juicio de su hermana. Sin embargo, cada vez que él le escribía, le repetía que sus alegaciones no tenían ningún fundamento sólido y no merecían ningún crédito. Hasta le prohibía, pero siempre en vano, de hablarle más de ello. Dos años pasaron así, al cabo de los cuales fué puesto á medio sueldo, y entonces pensó en volver á su país, no para vengarse de personas que



él creía inocentes, sino para casar á su hermana y vender sus pequeñas propiedades, si tenían bastante valor para permitirle vivir en el continente.



## VII

Sea que la llegada de su hermana hubiese representado á Orso con más fuerza el recuerdo del techo paternal, ó porque sufría un poco ante sus amigos civilizados por el traje y las maneras salvajes de Colomba, anunció al día siguiente el proyecto de abandonar Ajaccio y volver á Pietranera. Pero sin embargo hizo que el coronel le prometiera ir á albergarse á su humilde residencia, cuando se dirigiera á Bastia, y, en recompensa, se comprometió á hacerle tirar á gansos, faisanes, jabalíes y demás.

La víspera de su partida, en lugar de salir á cazar, Orso propuso un paseo á orillas del golfo. Dando el brazo á miss Lydia, podía hablar con entera libertad, porque Colomba había quedado en la población para hacer sus compras, y el coronel les abandonaba á cada instante para tirar á unos pájaros que no tenían ninguna aplicación, causando gran sorpresa á los paseantes que no comprendían que se perdiese pólvora en una caza como aquella.

Seguían el camino que conduce á la capilla de

los Griegos, desde donde se disfruta la más hermosa vista de la bahía; pero no prestaban ninguna atención.

—Miss Lydia... dijo Orso después de un silencio bastante prolongado que se había hecho embarazoso, francamente, ¿qué pensáis de mi hermana?

—Me agrada mucho, respondió miss Nevil. Más que vos, agregó sonriendo, porque ella es verdaderamente corsa, y vos sois un salvaje muy civilizado.

—¡Muy civilizado!... ¡Pues bien! á mi pesar, me siento convertirme de nuevo en salvaje desde que pisé esta isla. Mil espantosos pensamientos me agitan, me atormentan... y tenía necesidad de hablar un poco con vos antes de internarme en mi desierto.

—Es necesario tener valor, caballero; ved la resignación de vuestra hermana, ella os da el ejemplo.

—¡Ah! desengañaos. No creáis en su resignación. No me ha dicho aún ni una palabra, pero en cada una de sus miradas he leído lo que ella espera de mí.

—¿Qué quiere ella de vos?

—¡Oh! nada..., solamente que yo ensaye si el fusil de vuestro señor padre es tan bueno para el hombre como para la perdiz.

—¡Qué idea! ¡Y podéis suponer eso! cuando acabáis de confesar que nada os ha dicho aún. Eso es horrible por vuestra parte.

—Si ella no pensase en la venganza, me habría hablado desde un principio de nuestro padre; no ha hecho nada de eso. Hubiera pronunciado el nombre de los que ella mira... equivocadamente, ya lo sé, como sus matadores. ¡Pues bien! no, ni una palabra. Es que nosotros, los corsos, somos una raza astuta. Mi hermana com-

prende que no me tiene completamente en su poder, y no quiere asustarme, cuando aun puedo escaparme. Una vez que me haya conducido al borde del precipicio, cuando se me vaya la cabeza, me precipitará en el abismo.

Orso dió á miss Nevil algunos detalles sobre la muerte de su padre, le presentó las principales pruebas que se reunieron para considerar á Agostini como el matador.

—Nada, agregó, ha podido convencer á Colomba. Lo he podido apreciar en su última carta. Ha jurado la muerte de los Barricini; y... miss Nevil, ved qué confianza tengo en vos... quizás no existirían ya, si, por una de esas preocupaciones que excusa su educación salvaje, no estuviera persuadida que la ejecución de la venganza me pertenece en mi calidad de jefe de familia, y que va en ello mi honor.

—En verdad, señor della Rebbia, dijo miss Nevil, calumniáis á vuestra hermana.

—No, vos misma lo habéis dicho,... ella es corsa,... ella piensa lo que piensan todos. ¿Sabéis por qué estaba yo ayer tan triste?

—No, pero desde hace algún tiempo estáis sujeto á esos accesos de mal humor... Eráis más amable en los primeros días de nuestro conocimiento.

—Ayer, al contrario, estaba yo más alegre, era más feliz que de ordinario. ¡Os vi tan buena, tan indulgente para con mi hermana!... Volvíamos, el coronel y yo, embarcados. ¿Sabéis lo que me dijo uno de los bateleros en su infernal dialecto?: «Habéis matado mucha caza, Ors' Anton', pero encontraréis á Orlanduccio Barricini mejor cazador que vos».

—¡Y bien! ¿qué hay de terrible en esas palabras? ¿Tenéis la pretensión de ser un muy hábil cazador?

—¿Pero no comprendéis que aquel miserable decía que yo no tendría valor para matar á Orlanduccio?

—¿Sabéis, señor della Rebbia, que me causáis miedo? Parece que el aire de vuestra isla no produce solamente la fiebre, sino también la locura. Felizmente nosotros la abandonaremos pronto.

—No antes de haber ido á Pietranera. Lo habéis prometido á mi hermana.

—¿Y si faltamos á esa promesa, debemos esperar sin duda alguna venganza?

—¿Recordáis lo que nos contaba el otro día vuestro padre de esos indios que amenazan á los gobernadores de la Compañía con dejarse morir de hambre si no atienden sus demandas?

—¿Es decir, que os dejaréis morir de hambre? Lo dudo. Quedaríais un día sin comer, y después la señorita Colomba os llevaría un *bruccio* tan apetitoso que renunciaríais á vuestro proyecto.

—Sois cruel con vuestras ironías, miss Nevil; debierais guiarme. Ved, estoy aquí solo. Yo no tengo más que á vos para impedir que me vuelva loco, como decís; erais mi ángel de la guarda, y ahora...

—Ahora, dijo miss Lydia con un tono serio, tenéis, para sostener esa razón tan fácil de conmover, vuestro honor de caballero y de militar, y..., prosiguió volviéndose para coger una flor, si tiene algún valor para vos, el recuerdo de vuestro ángel de la guarda.

—¡Ah! miss Nevil, si yo pudiese creer que tomáis realmente algún interés...

—Escuchad, señor della Rebbia, dijo miss Nevil un poco conmovida, puesto que sois un niño, os trataré como tal. Cuando yo era una niña, me dió mi madre un hermoso collar que yo deseaba ardientemente; pero me dijo: «Cada vez que te

pongas este collar, acuérdate que no sabes aún francés». El collar perdió para mí algo de su mérito. Se había convertido como un remordimiento; pero yo lo llevaba, y supe francés. ¿Veis este anillo? es un escarabajo egipcio hallado en una pirámide. Esta rara figura, que tomáis quizás por una botella, quiere decir *la vida humana*. Hay en mi país gentes que hallarían el jeroglífico muy bien apropiado. Este, que viene después, es un escudo con un brazo teniendo una lanza: quiere decir *combate, batalla*. Por consiguiente, la reunión de los dos caracteres forma esta divisa, que me parece muy bien: *La vida es un combate*. No os parezca que traduzco los geroglíficos con facilidad; es que un sabio en us me los ha explicado. Tomad, os doy mi escarabajo. Cuando tengáis algún mal pensamiento corso, mirad mi talismán y decíos que es preciso salir vencedor de la batalla que nos presentan las malas pasiones.— Pero, en verdad, no predico mal.

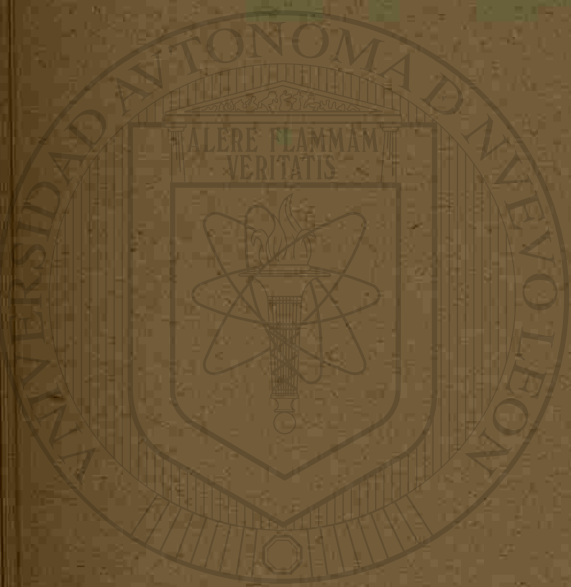
—Pensaré en vos, miss Nevil, y me diré...

—Decís que tenéis una amiga que se desolaría... de... saber que os habían colgado. Eso causaría además mucha pena á los señores cabos, vuestros antepasados.

Al decir estas palabras, abandonó riendo el brazo de Orso, y, corriendo hacia su padre:

—Papá, le dijo, dejad esos pobres pájaros y venid con nosotros á poetizar en la gruta de Napoleón.





## VIII

Hay siempre algo de solemne en una partida, hasta cuando la separación va á ser de poco tiempo. Orso debía partir con su hermana muy temprano y en la noche anterior se había despedido de miss Lydia, porque no esperaba que hiciese excepción en su favor de sus costumbres de pereza. Sus adioses habían sido fríos y graves. Desde la conversación que tuvieron á orillas del mar, miss Lydia temía haber demostrado á Orso un interés quizás muy vivo, y Orso, á su vez, tenía sobre el corazón las burlas, y sobre todo su tono de ligereza. Un momento, había creído distinguir en las maneras de la joven inglesa un sentimiento de afección naciente: ahora, desconcertado por sus bromas, se decía que sólo era á sus ojos un simple conocido, que muy pronto sería olvidado.

Grande fué, pues, su sorpresa cuando por la mañana, sentado tomando café con el coronel, vió entrar á miss Lydia seguida de su hermana. Se había levantado á las cinco, y, para una inglesa, para miss Nevil sobre todo, el esfuerzo era

bastante grande para que produjese alguna vanidad.

—Me disgusta que os hayáis levantado tan temprano, dijo Orso. Mi hermana sin duda os ha despertado á pesar de mis recomendaciones y debéis maldecirnos. ¿Deseáis quizás que esté *colgado*?

—No, dijo miss Lydía muy bajo y en italiano, evidentemente para que su padre no lo entendiese. Pero me habéis demostrado enfado ayer por mis inocentes bromas, y no quería dejaros llevar un mal recuerdo de vuestra servidora. ¡Qué gentes más terribles sois vosotros, los corsos! Adiós, pues; espero que hasta muy pronto.

Y le tendió la mano.

Orso sólo encontró un suspiro como respuesta. Colomba se aproximó á él, lo llevó junto á una ventana, y, mostrándole algo que tenía bajo su *mezzaro*, le habló un momento en voz baja.

—Mi hermana, dijo Orso á miss Nevil, quiere haceros un singular regalo, señorita; pero nosotros, los corsos, no tenemos grandes cosas que dar... excepto nuestra afección..., que el tiempo no borra. Mi hermana me dice que habéis mirado con curiosidad este estilete. Es una antigüedad en la familia. Probablemente pendía otras veces de la cintura de uno de esos cabos á quienes debo el honor de haberos conocido. Colomba lo cree tan precioso que me ha pedido permiso para dároslo, y yo no sé si debo concedérselo, porque temo que os burléis de nosotros.

—Ese estilete es encantador, dijo miss Lydía; pero es un arma de familia; no puedo aceptarlo.

—No es el estilete de mi padre, dijo vivamente Colomba. Ha sido dado á uno de los abuelos de mi madre por el rey Teodoro. Si la señorita lo acepta, nos hará un favor.



UNIVERSIDAD DE LEÓN

COMA DE NUEVOS LEÓN  
REGISTRADO  
DE BIBLIOTECAS

—Ved, miss Lydia, dijo Orso, no desdeñéis el estilete de un rey.

Para un inteligente, las reliquias del rey Teodoro son infinitamente más preciosas que las del más poderoso monarca. La tentación era grande, y miss Lydia veía ya el efecto que producía esta arma puesta sobre una mesa de laca en su departamento de la plaza de San Jaime.

—Pero, dijo tomando el estilete con la indecisión del que quiere aceptar, y dirigiendo á Colomba una de sus más amables sonrisas, querida señorita Colomba..., no puedo..., no me atrevería á dejaros partir desarmada.

—Mi hermano va conmigo, dijo Colomba con tono fiero, y tenemos el buen fusil que vuestro padre nos ha dado. Orso, ¿lo habéis cargado con bala?

Miss Nevil guardó el estilete, y Colomba, para conjurar el peligro que se corre en dar armas cortantes ó punzantes á los amigos, exigió un centimo como pago.

Fué preciso partir al fin. Orso estrechó otra vez la mano de miss Nevil; Colomba la abrazó, y después fué á ofrecer sus labios de rosa al coronel, muy maravillado de la cortesía corsa. Desde la ventana del salón vió miss Lydia á los hermanos montar á caballo.

Los ojos de Colomba brillaban con un júbilo maligno que aun no se había notado en ellos. Esta valerosa y fuerte mujer, fanática de sus ideas de honor bárbaro, el orgullo en la frente, los labios contraídos por una sonrisa sardónica, conduciendo á este joven armado como para una expedición siniestra, le recordó los temores de Orso, y creyó ver su ángel malo conduciéndolo á su pérdida. Orso, ya á caballo, levantó la cabeza y la contempló. Sea porque hubiese adivinado su pensamiento, ó por darle el último adiós,

tomó el anillo egipcio, que tenía colgado de un cordón, y lo llevó á sus labios. Miss Lydia abandonó la ventana, colorada como una amapola; después, volviendo casi en seguida, vió á los dos corsos alejarse rápidamente al galope de sus pequeños *popeys*, dirigiéndose hacia las montañas. Una media hora después, el coronel, por medio de su anteojo, se los enseñó costeano el fondo del golfo, y ella vió que Orso volvía con frecuencia la cabeza hacia la población. Desapareció al fin detrás de los pantanos, reemplazados hoy por un hermoso plantel de árboles.

Miss Lydia, mirándose á su espejo se halló pálida.

—¿Qué debe pensar de mí ese joven? dijo; y yo, ¿qué pienso de él? ¿y por qué pienso en él?... ¡Un conocimiento de viaje!... ¿Qué he venido á hacer en Córcega?... ¡Oh! ¡yo no le amo!... No, no; por otra parte, eso es imposible... Y Colomba... ¡Yo la cuñada de una *voce-trice*! ¡que lleva un gran estilete!

Y observó que tenía en la mano el del rey Teodoro. Lo puso sobre su tocador.

¡Colomba en Londres, bailando en Almack's!...

«¿Qué *león* gran Dios para enseñar!... Quizás hiciera furor... El me ama, estoy segura de ello... Es un héroe de novela al que he interrumpido la carrera aventurera... ¿Pero tenía realmente intención de vengar á su padre á lo corso?... Era algo entre un *conrado* y un *dandy*... ¡Yo he hecho de él un puro *dandy* y un *dandy* que tiene un sastre corso!...»

Se echó en su cama y quiso dormir, pero le fué imposible; y no intentará continuar su monólogo, en el cual se dijo más de cien veces que el señor della Rebbia, no había sido, no era, y no sería nunca nada para ella.



## IX

Entretanto Orso caminaba con su hermana. El rápido movimiento de sus caballos les impidió al principio hablar, pero cuando las subidas muy rudas les obligaban á ir al paso, cambiaban algunas palabras sobre los amigos que acababan de abandonar. Colomba hablaba con entusiasmo de la belleza de miss Nevil, de sus rubios cabellos, de sus graciosas maneras. Después preguntaba si el coronel era tan rico como parecía, y si Lydia era hija única.

—Debe ser un buen partido, decía. Su padre, parece que os profesa mucha amistad...

Y, como Orso no respondiese nada, continuó:

—Nuestra familia fué rica en otro tiempo, es aún de las más consideradas en la isla. Todos esos *signori* son bastardos. Sólo hay nobleza en las familias de los cabos, y sabéis, Orso, que descendéis de los primeros cabos de la isla. Sabéis que nuestra familia es originaria del otro lado de los montes, y las guerras civiles son las que nos han obligado á pasar á este lado. Si yo estuviese en lugar vuestro, Orso, no titubearía, pediría á miss Nevil á su padre... (Orso se encogía de hombros).

tomó el anillo egipcio, que tenía colgado de un cordón, y lo llevó á sus labios. Miss Lydia abandonó la ventana, colorada como una amapola; después, volviendo casi en seguida, vió á los dos corsos alejarse rápidamente al galope de sus pequeños *popeys*, dirigiéndose hacia las montañas. Una media hora después, el coronel, por medio de su anteojo, se los enseñó costeano el fondo del golfo, y ella vió que Orso volvía con frecuencia la cabeza hacia la población. Desapareció al fin detrás de los pantanos, reemplazados hoy por un hermoso plantel de árboles.

Miss Lydia, mirándose á su espejo se halló pálida.

—¿Qué debe pensar de mí ese joven? dijo; y yo, ¿qué pienso de él? ¿y por qué pienso en él?... ¡Un conocimiento de viaje!... ¿Qué he venido á hacer en Córcega?... ¡Oh! ¡yo no le amo!... No, no; por otra parte, eso es imposible... Y Colomba... ¡Yo la cuñada de una *voce-trice*! ¡que lleva un gran estilete!

Y observó que tenía en la mano el del rey Teodoro. Lo puso sobre su tocador.

¡Colomba en Londres, bailando en Almack's!...

«¿Qué *león* gran Dios para enseñar!... Quizás hiciera furor... El me ama, estoy segura de ello... Es un héroe de novela al que he interrumpido la carrera aventurera... ¿Pero tenía realmente intención de vengar á su padre á lo corso?... Era algo entre un *conrado* y un *dandy*... ¡Yo he hecho de él un puro *dandy* y un *dandy* que tiene un sastre corso!...»

Se echó en su cama y quiso dormir, pero le fué imposible; y no intentará continuar su monólogo, en el cual se dijo más de cien veces que el señor della Rebbia, no había sido, no era, y no sería nunca nada para ella.



## IX

Entretanto Orso caminaba con su hermana. El rápido movimiento de sus caballos les impidió al principio hablar, pero cuando las subidas muy rudas les obligaban á ir al paso, cambiaban algunas palabras sobre los amigos que acababan de abandonar. Colomba hablaba con entusiasmo de la belleza de miss Nevil, de sus rubios cabellos, de sus graciosas maneras. Después preguntaba si el coronel era tan rico como parecía, y si Lydia era hija única.

—Debe ser un buen partido, decía. Su padre, parece que os profesa mucha amistad...

Y, como Orso no respondiese nada, continuó:

—Nuestra familia fué rica en otro tiempo, es aún de las más consideradas en la isla. Todos esos *signori* son bastardos. Sólo hay nobleza en las familias de los cabos, y sabéis, Orso, que descendéis de los primeros cabos de la isla. Sabéis que nuestra familia es originaria del otro lado de los montes, y las guerras civiles son las que nos han obligado á pasar á este lado. Si yo estuviese en lugar vuestro, Orso, no titubearía, pediría á miss Nevil á su padre... (Orso se encogía de hombros).



Con su dote compraría los bosques de la Falsetta y las viñas que están por bajo de las nuestras; edificaría una hermosa casa de piedras de talla, y elevaría un piso la antigua torre donde Sambucuccio mató tantos moros en tiempo del conde Enrique el *bel Missere*.

—Colomba, tú eres una loca, respondía Orso galopando.

—Sois hombre, Ors' Anton', y sabéis sin duda mejor que una mujer lo que tenéis que hacer. Pero quisiera saber lo que ese inglés podría objetar contra nuestra alianza. ¿Hay cabos en Inglaterra?...

Después de un largo párrafo, platicando así, los hermanos llegaron á una aldea, no lejos de Bocognano, donde se detuvieron para comer y pasar la noche en casa de un amigo de su familia. Fueron recibidos con esa hospitalidad corsa que sólo se puede apreciar cuando se ha conocido.

Al día siguiente, el dueño de la casa, que había sido compadre de la señora della Rebbia, los acompañó hasta una legua de camino.

—Ved esos bosques y jarales, dijo á Orso en el momento de separarse: un hombre que hubiera *causado una desgracia* viviría en ellos diez años en paz sin que gendarmes ni tiradores viniesen á buscarlo. Esos bosques lindan con la foresta de Vizzavona; y cuando se tienen amigos en Bocognano ó en las proximidades, no se carece de nada. Lleváis un buen fusil que debe alcanzar mucho. ¡Sangre de la Madona! ¡qué calibre! Se pueden matar con él animales peores que jabalíes.

Orso respondió con frialdad que su fusil era inglés y llevaba *el plomo* muy lejos. Se abrazaron, y cada uno continuó su camino.

Ya nuestros viajeros estaban á una pequeña

distancia de Pietranera, cuando, á la entrada de un desfiladero que tenían que atravesar, descubrieron siete ú ocho hombres armados de fusiles, unos sentados sobre piedras, otros sobre la hierba, y algunos de pie como en acecho. Sus caballos pastaban á corta distancia. Colomba los examinó un instante con unos gemelos que sacó de uno de los grandes bolsos de cuero que todos los corsos llevan cuando viajan.

—¡Son nuestras gentes! dijo con alegría. Pieruccio ha cumplido bien su comisión.

—¿Qué gentes? preguntó Orso.

—Nuestros pastores, respondió ella. Anteayer tarde hice partir á Pieruccio á fin de que reuniese á esos valientes para que os acompañen á vuestra casa. No conviene que entréis en Pietranera sin escolta, y debéis saber, por otra parte, que los Barrícini son capaces de todo.

—Colomba, repuso Orso con severo tono, te he rogado muchas veces que no me hablaras más de los Barrícini ni de tus infundadas sospechas. Yo no cometeré ciertamente el ridículo de entrar en mi casa con esa tropa de haraganes, y me disgusta que los hayas reunido sin habérmelo dicho.

—Hermano mío, habéis olvidado vuestro país. A mí me corresponde guardaros cuando vuestra imprudencia os exponga. Yo he debido hacer lo que he hecho.

En este momento, los pastores, habiéndolos percibido, corrieron á sus caballos y descendieron al galope á su encuentro.

—¡Evviva Ors' Anton'! gritó un viejo robusto de barba blanca, cubierto, á pesar del calor, con una casaca de capuchón de paño corso, más espeso que el vellón de lana de sus cabras. Es el verdadero retrato de su padre, solamente más alto y más fuerte. ¡Qué hermoso fusil! Ya dará que hablar, Ors' Anton'.

—¡Evviva Ors' Anton'! repitieron en coro todos los pastores. ¡Nosotros sabíamos que al fin vendría!

—¡Ah! Ors' Anton', decía un mocetón de cutis color terroso, ¡qué júbilo para vuestro padre si hubiera podido venir á recibirlos! ¡El querido señor! ya veréis, si hubiese querido creerme, si me hubiera dejado arreglar el asunto de Giudice... ¡Valiente hombre! no me creyó; ahora sabe él muy bien que yo tenía razón.

—Bueno, repuso el viejo, Giudice no perderá nada por esperar.

—Evviva Ors' Anton'.

Y una docena de detonaciones acompañaron esta aclamación.

Orso, de muy mal humor en el centro de este grupo de hombres á caballo, hablando todos juntos y atropellándose por darle la mano, estuvo algún tiempo sin poder hacerse oír. Por fin, tomando el aire que usaba al frente de su pelotón cuando distribuía las reprimendas y en los días de sala de policía:

—Amigos míos, dijo, os doy gracias por la afeción que me demostráis, y de la que profesáis á mi padre; pero deseo, quiero, que nadie me dé consejos. Yo sé lo que tengo que hacer.

—¡Tiene razón, tiene razón! dijeron los pastores. Sabéis muy bien que podéis contar con nosotros.

—Sí, cuento con ustedes: pero ahora no necesito de nadie, y ningún peligro amenaza á mi casa. Empezad por dar media vuelta, y marchaos con vuestras cabras. Sé el camino de Pietranera y no necesito guías.

—No temáis nada, Ors' Anton', dijo el viejo; ellos no osarán mostrarse hoy. El ratón entra en su cueva cuando viene el gato.

—¡Tú sí que eres un gato viejo de barba blanca! dijo Orso. ¿Cómo te llamas?

—¡Pues qué! ¿no me conocéis, Ors' Anton'; yo que os he llevado á la grupa con tanta frecuencia en mi mulo que muerde? ¿No conocéis á Polo Griffó? Hombre valiente que pertenece en cuerpo y alma á los della Rebbia. Decid una palabra, y cuando hable vuestro hermoso fusil, este viejo mosquete, viejo como su dueño, no se callará. Contad con él, Ors' Anton'.

—Bien, bien; pero, ¡por todos los diablos! marchaos y dejadnos continuar nuestro camino.

Los pastores se alejaron al fin, dirigiéndose al gran trote hacia la aldea; pero de tiempo en tiempo se detenían en los puntos elevados del camino, como para examinar si había oculta alguna emboscada, y siempre se quedaban bastante próximos de Orso y su hermana para poder prestarles auxilio en caso necesario. Y el viejo Polo Griffó decía á sus compañeros:

—¡Lo comprendo! ¡Lo comprendo! El no quiere decir lo que piensa hacer, pero lo hará. Es el verdadero retrato de su padre. ¡Bien! ¡dices que no necesitas á nadie! has hecho un voto á santa Nega. ¡Bravo! Yo no daría un higo por la piel del alcalde. Antes de un mes, no se podrá hacer con ella otra.

Precedido así por esta tropa de exploradores, el descendiente de los della Rebbia entró en su pueblo y ganó la antigua residencia de los cabos, sus abuelos. Los rebbianistas, largo tiempo privados de jefe, le habían salido en masa al encuentro, y los habitantes del pueblo, que observaban la neutralidad, estaban todos en el umbral de sus puertas para verlo pasar. Los barricinistas estaban en sus casas y miraban por las hendiduras de sus palomares.

La población de Pietranera está edificada muy

irregularmente, como todos los pueblós de Córcega; porque, para ver una calle, es necesario ir á Cargese, edificado por M. Marbœuf. Las casas, dispersadas al azar y sin el menor alineamiento, ocupan la meseta de una montaña. Hacia el medio del poblado se eleva una gran encina, y cerca se ve una pila de granito á la que un tubo de madera lleva el agua de un próximo manantial.

Este monumento de utilidad pública fué construido á expensas de los della Rebbia y de los Barricini, pero sería inútil buscar un indicio de la antigua concordia de las dos familias. Al contrario, es una obra de su envidia. En otro tiempo, habiendo enviado el coronel della Rebbia al consejo municipal de su pueblo una pequeña suma para contribuir á la erección de una fuente, el abogado Barricini se apresuró á ofrecer una suma igual, y á este combate de generosidad se debe el que Pietranera posea su agua. Alrededor de la encina y la fuente, hay un espacio vacío que se llama la plaza, y donde los desocupados se reúnen por las tardes. Algunas veces juegan á las cartas, y, una vez al año, por carnaval, se baila. En las dos extremidades de la plaza se elevan edificios más altos que anchos, contruídos de granito y pizarra. Son *las torres* enemigas de los della Rebbia y de los Barricini. Su arquitectura es uniforme, su altura la misma, y se ve que la rivalidad de las dos familias se ha mantenido siempre sin que la fortuna decidiese entre ellas.

Quizás sea á propósito explicar lo que hay que entender por la palabra *torre*. Es un edificio cuadrado de próximamente cuarenta piés de alto, que en otro país se llamaría sencillamente un palomar. La puerta, estrecha, se abre á ocho piés del suelo, y se llega á ella por una escalera muy pendiente. Por encima de la puerta hay una

ventana con una especie de balcón agujereado por debajo, como troneras, que permite matar sin peligro al visitador indiscreto. Entre la ventana y la puerta, se ven dos escudos groseramente esculpidos. En uno hubo en otro tiempo la cruz de Génova; pero, todo borrado hoy, sólo es inteligible para los anticuarios.

Sobre el otro escudo están esculpidas las armas de la familia que posee la torre. Agregad, para completar la decoración, algunas señales de balas en los escudos y marcos de las ventanas, y podéis formaros una idea de una mansión de la Edad Media en Córcega. Me olvidaba decir que los edificios de habitación tocan con la torre, y á veces se unen por una comunicación interior.

La torre y la casa de los della Rebbia ocupan el lado Norte de la plaza de Pietranera; la torre y la casa de los Barricini está al lado opuesto. Desde el entierro de la mujer del coronel, no se había visto á ningún miembro de una de estas familias aparecer por otro lado de la plaza que el que le estaba asignado por una especie de convención tácita. Para evitar un rodeo, iba Orso á pasar por delante de la casa del alcalde, cuando su hermana se lo advirtió y le indicó tomara por una calleja que los conduciría á su casa sin atravesar la plaza.

—¿Por qué? dijo Orso; la plaza no pertenece á todos? y echó á andar su caballo.

—¡Corazón valiente! dijo por lo bajo Colomba... ¡Padre mío, serás vengado!

Al llegar á la plaza se colocó Colomba entre la casa de los Barricini y su hermano, y no separó la vista de las ventanas de sus enemigos. Notó que estaban atrincheradas desde hacía poco, y que se habían practicado en ellas estrechas aberturas en forma de troneras, dispuestas entre gruesos

leños con los cuales se cubre la parte interior de una ventana.

Cuando se teme algún ataque, se atrincheran así, y se puede, al abrigo de los leños, tirar á cubierto sobre los asaltantes.

—¡Los canallas! dijo Colomba. ¡Ved, hermano mío, ya empiezan á guardarse; se atrincheran! ¡pero tendrán precisión de salir algún día!

La presencia de Orso en la parte Sud de la plaza produjo gran sensación en Pietranera, y fué considerada como una prueba de audacia próxima á la temeridad. Para los neutrales reunidos por la tarde alrededor de la encina, fué el texto de comentarios sin fin.

—Gracias, decían, que los hijos Barricini no han vuelto aún, porque son menos sufridos que el abogado, y quizás no hubiesen dejado pasar á su enemigo por el terreno sin hacerle pagar la bravata.

—Acordaos de lo que voy á deciros, vecino, agregó un viejo que era el oráculo del pueblo. He observado hoy la figura de la Colomba, y tiene algo de cabeza. Me da olor á pólvora. Antes de poco habrá carne barata en la carnicería de Pietranera.



X

Separado muy joven de su padre, no había tenido mucho tiempo para conocerlo. Había salido de Pietranera á los quince años para estudiar en Pisa, y de allí había entrado en la Escuela militar mientras que Ghilfuccio paseaba por Europa las águilas imperiales. En el continente lo había visto Orso con raros intervalos, y solamente en 1815 se encontró en el regimiento que su padre mandaba. Pero el coronel, inflexible con la disciplina, trataba á su hijo como á los demás jóvenes tenientes, es decir, con mucha severidad. Los recuerdos que Orso conservaba de él eran de dos clases. Lo recordaba en Pietranera, confiándole su sable, dejándole descargar su fusil cuando regresaba de cazar, ó haciéndolo sentar por primera vez, á la mesa de familia. Después se representaba al coronel della Rebbia arres-tándolo por cualquiera ligereza, y no llamándolo más que por teniente della Rebbia:

—Teniente della Rebbia, no estáis en vuestro lugar de batalla, tres días de arresto.—Vuestros tiradores están cinco metros más lejos de la reserva, cinco días de arresto.—Estáis en gorra de

cuartel á las doce y cinco minutos, ocho días de arresto.

Una sola vez, en los Cuatro-Brazos, le había dicho:

—Muy bien, Orso; pero prudencia.

Por lo demás, estos últimos recuerdos no eran los que le representaban á Pietranera. La vista de los lugares familiares á su infancia, los muebles de que se había servido su madre, á la que había amado tiernamente, excitaban en su alma una multitud de emociones dulces y penosas; después, el sombrío porvenir que se le preparaba, la vaga inquietud que su hermana le inspiraba, y sobre todo, la idea que miss Nevil iba á venir á su casa, que le parecía hoy tan pequeña, tan pobre, tan poco conveniente para una persona habituada al lujo, el desprecio que quizás ella concebiría, todos estos pensamientos formaban un caos en su cabeza y le inspiraban un profundo desaliento.

Se sentó, para comer, en un gran sillón de roble ennegrecido, donde su padre presidía las comidas de familia, y sonrió viendo á Colomba titubear en sentarse á la mesa con él. Le alegró el silencio que guardó durante la cena y la retirada que hizo en seguida, porque se sentía muy emocionado para resistir á los ataques que sin duda ella le preparaba; pero Colomba calló porque quería dejarle tiempo de reconocerse. Con la cabeza apoyada en su mano, quedó inmóvil algún tiempo, repasando en su espíritu las escenas de los últimos quince días que había vivido. Veía con espanto la espectación con que todos esperaban su conducta para con los Barricini. Ya observaba que la opinión de Pietranera empezaba á ser para él la del mundo. Debía vengarse bajo pena de pasar por un cobarde.

Pero, ¿en quién vengarse? No podía creer á

los Barricini culpables de la muerte. Verdaderamente, eran enemigos de su familia; pero ¿bastaban las groseras suposiciones de sus compatriotas para atribuirles un asesinato?

A veces consideraba el talismán de miss Nevil, y repetía muy por lo bajo la divisa: «¡La vida es un combate!» Por último se dijo con tono firme: «¡Saldré vencedor!» Con este buen pensamiento se levantó, y, tomando la lámpara, iba á subir á su habitación cuando llamaron á la puerta de la casa. La hora no era á propósito para recibir una visita, Colomba apareció en seguida, acompañada de la mujer que les servía.

—No es nada, dijo corriendo á la puerta.

Sin embargo, antes de abrir, preguntó quién llamaba. Una voz dulce respondió:

—Soy yo.

En seguida la barra de madera colocada de través en la puerta fué levantada, y Colomba reapareció en el comedor seguida de una niña de diez años próximamente, con los pies desnudos, haraposa, y cubierta la cabeza con un mal pañuelo, por debajo del cual se escapaban largas mechadas de cabellos negros como el ala de un cuervo. La muchacha era delgada, pálida, la piel quemada por el sol; pero en sus ojos brillaba el fuego de la inteligencia. Viendo á Orso, se detuvo tímidamente y le hizo una reverencia; después habló bajo á Colomba, y le entregó un faisán recién muerto.

—Gracias, Chili, dijo Colomba. Dálas también á tu tío. ¿Está bien?

—Muy bien, señorita, para servirlos. No he podido venir antes porque ha tardado mucho. He estado tres horas en el jaral esperándolo.

—¿Y no has cenado?

—¡Caramba! no, señorita, no he tenido tiempo.

—Se te va á dar de cenar. ¿Tiene aún pan tu tío?

—Poco, señorita; pero lo que sobre todo le falta es la pólvora. Han venido las castañas, y ahora sólo necesita pólvora.

—Voy á darle un pan para él y pólvora. Dile que la economice porque cuesta cara.

Colomba, dijo Orso en francés, ¿á quién, pues, haces tú así la caridad?

—A un pobre bandido de este pueblo, respondió Colomba en el mismo idioma. Esta pequeña es su sobrina.

—Me parece que podrías colocar mejor tus dones. ¿Por qué enviar pólvora á un pícaro que se servirá de ella para cometer crímenes? Sin esa deplorable debilidad que todo el mundo parece tener aquí por los bandidos, hace tiempo que habrían desaparecido de Córcega.

—Los más malos de nuestro país no son los que están en el campo.

—Dales pan si quieres, no se le debe rehusar á nadie; pero no comprendo que se les facilite municiones.

—Hermano mío, dijo Colomba en tono grave; sois aquí el dueño, y todo os pertenece en esta casa; pero, os prevengo que daré mi *mezzaro* á esta niña para que lo venda, antes que negar pólvora á un bandido. ¡Rehusarle la pólvora! tanto vale entregarlo á los gendarmes. ¿Qué protección tiene contra ellos, sino sus cartuchos?

La muchacha devoraba con avidez un trozo de pan, y miraba atentamente á Colomba y á su hermano, buscando á comprender en sus ojos el sentido de lo que decían.

—Y, ¿qué ha hecho tu bandido? ¿Por qué crimen se ha hechado al campo?

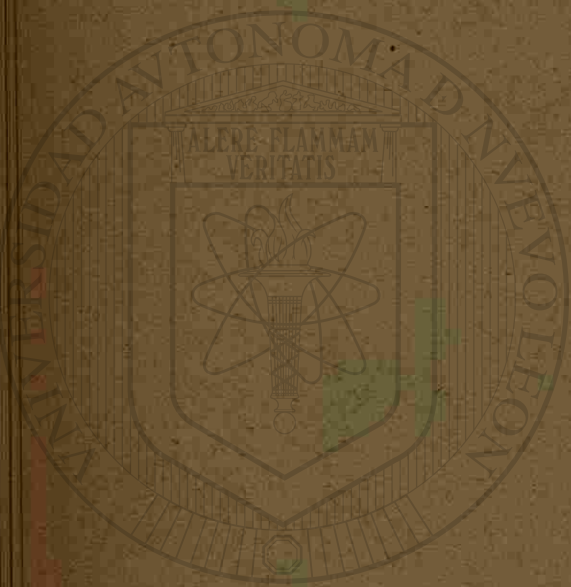
—Brandolaccio no ha cometido ningún crimen, repuso Colomba. Mató á Giovan Opizzo, que

había asesinado á su padre mientras él estaba en el ejército.

Orso volvió la cabeza, tomó la lámpara, y, sin responder, subió á su cuarto. Entonces Colomba dió pólvora y provisión á la niña, y la condujo hasta la puerta repitiéndole:

—Sobre todo, ¡que tu tío vele bien por Orso!





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MARTÍNEZ"  
1945, 1925 MONTECERRE, NUEVO LEÓN

XI

Orso tardó en dormirse, y por consecuencia se despertó tarde, al menos para un corso. Apenas levantado, el primer objeto que vieron sus ojos, fué la casa de sus enemigos y las defensas que habían establecido. Descendió y preguntó por su hermana.

—Está en la cocina fundiendo balas, le respondió la criada Saveria.

Así, no podía dar un paso sin ser perseguido por la imagen de la guerra.

Encontró á Colomba sentada en un escabel, rodeada de balas nuevamente fundidas, cortando el plomo.

—¿Qué diablo estás haciendo? le preguntó su hermano.

—No teniais balas para el fusil del coronel, respondió con su dulce voz; he encontrado un molde de calibre, y tendréis hoy veinticuatro cartuchos, hermano mío.

—¡No los necesito, gracias á Dios!

—Es preciso no estar desprovisto, Ors' Anton'. Habéis olvidado vuestro país y la gente que os rodea.

—Si lo hubiese olvidado, tú te encargarías de

recordármelo muy pronto. Dime, ¿no llegó hace días una maleta grande?

—Sí, hermano mío. ¿Queréis que yo la suba á vuestro cuarto?

—¡Tú subirla! pero si no tendrías fuerza para levantarla... ¿No hay aquí ningún hombre que lo haga?

—No soy tan débil como pensáis, dijo Colomba, remangando sus mangas y descubriendo un brazo blanco y redondo, perfectamente formado, pero que anunciaba una fuerza poco común. Vamos, Saveria, dijo á la criada, ayúdame.

Ya levantaba sola la pesada maleta, cuando Orso se apresuró á ayudarla.

—Hay en esta maleta, mi querida Colomba, dijo, algo para ti. Me dispensarás si te hago tan pobres obsequios, pero la bolsa de un teniente á medio sueldo no está muy repleta.

A medida que hablaba, abría la maleta y sacaba algunos trajes, un chal y otros objetos para uso de una joven.

—¡Qué cosas más bonitas! exclamó Colomba. Voy á guardarlas muy pronto por temor á que se manchen. Las reservaré para mi boda, agregó con una sonrisa triste, porque ahora estoy de luto.

Y besó la mano de su hermano.

—Hay afectación, hermana mía, en guardar el luto tanto tiempo.

—Lo he jurado, dijo Colomba con tono firme. No me quitaré el luto...

Y miró por la ventana la casa de los Barricini.

—¿Hasta el día que te cases? dijo Orso, procurando evitar el fin de la frase.

—Yo no me casaré, dijo Colomba, sino con un hombre que haya hecho tres cosas...

Y seguía contemplando con aire siniestro la casa enemiga.

—Me admira, Colomba, que siendo tan bonita no estés ya casada. Vamos, me dirás quién te hace la corte. Por otra parte, yo oiré las serenatas. Es preciso que sean bonitas para agradar á una gran cantatriz como tú eres.

—¿Quién quiere á una pobre huérfana?... Y además, el hombre que me haga quitar el luto lo hará poner á las mujeres de enfrente.

—Eso se convierte en locura, se dijo Orso.

Pero no respondió nada para evitar toda discusión.

—Hermano mío, dijo Colomba con un tono de mimo, yo también tengo algo que ofreceré. Los trajes que traéis son demasiado buenos para este país. Vuestra linda levita se haría girones guardarla para cuando venga miss Nevil.

Y abriendo un armario sacó un traje completo de cazador.

—Os he hecho una chaqueta de terciopelo, y he aquí un gorro como los que llevan nuestros elegantes; lo bordé para vos hace mucho tiempo. ¿Queréis probároslo?

en dos días si la llevaseis al monte. Es necesario Y le hacía vestir una larga chaqueta de terciopelo verde con un enorme bolsillo en la espalda. Le puso en la cabeza un gorro puntiagudo de terciopelo negro bordado en azabache y seda del mismo color, y terminado en una especie de borla.

—He aquí la cartuchera de nuestro padre, dijo ella; su estilete está en el bolsillo de vuestra chaqueta. Voy á buscaros la pistola.

—Me parezco á un verdadero bandido del Ambígu-Cómico, decía Orso mirándose en un pequeño espejo que le presentaba Saveria.

—¡Es que tenéis buena figura para eso, Ors' Anton', decía la vieja criada, y el más hermoso



*pinsulto* de Bocognano ó de Bastelica no es más valiente!

Orso almorzó con su nuevo traje, y durante el almuerzo dijo á su hermana que su maleta contenía cierto número de libros; que su intención era hacerlos venir de Francia y de Italia, y de hacerla trabajar mucho.

—Porque es vergonzoso, Colomba, agregó, que una hermosa joven como tú no sepa aún cosas que, en el continente, aprenden los niños cuando los dejan las nodrizas.

—Tenéis razón, hermano mío, decía Colomba; yo se bien lo que me falta, y no deseo otra cosa que estudiar, sobre todo si queréis darme lecciones.

Pasaron algunos días sin que Colomba pronunciase el nombre de los Barricini. Estaba dedicada siempre á los pequeños cuidados de su hermano, y le hablaba con frecuencia de miss Nevil. Orso le hacía leer obras francesas é italianas, y estaba sorprendido unas veces, de la precisión y del buen sentido de sus observaciones, otras, de su profunda ignorancia de las cosas más vulgares.

Una mañana, después de almorzar, salió un instante Colomba, y, en lugar de volver con un libro y papel, apareció con su *mezzaro* sobre la cabeza. Su aire era aún más serio que de costumbre.

—Hermano mío, dijo, os ruego que salgáis conmigo.

—¿Adónde quieres que te acompañe? dijo Orso ofreciéndole su brazo.

—No necesito vuestro brazo, hermano mío, sino tomad vuestro fusil y vuestra cartuchera. Un hombre no debe salir nunca sin sus armas.

—¡Enhorabuena! Es preciso conformarse con la moda. ¿Dónde vamos?

Colomba, sin responder, ajustó el *mezzaro* alrededor de su cabeza, llevó al perro guardián, y salió seguida de su hermano. Alejándose á grandes pasos del pueblo, tomó un camino hondo que serpenteaba entre las viñas, después de haber enviado delante de ella al perro, al que hizo un signo que parecía le era muy conocido; porque en seguida se puso á correr formando zig zag, pasando por las viñas, tan pronto de un lado como de otro, siempre á cincuenta pasos de su dueña, y deteniéndose á veces en medio del camino para mirarla moviendo la cola. Parecía cumplir perfectamente sus funciones de explorador.

—Si Muschetto ladra, dijo Colomba, montad vuestro fusil, hermano mío, y quedaos inmóvil.

A una media milla del pueblo, después de muchos rodeos, Colomba se detuvo de repente en un sitio donde el camino formaba un recodo. Allí se elevaba una pequeña pirámide de ramaje, las unas verdes, otras desecadas, amontonadas á una altura aproximada de tres pies. En lo alto asomaba la extremidad de una cruz de madera pintada de negro. En algunos cantones de Córcega, sobre todo en las montañas, un uso muy antiguo, y que quizás se relaciona con las supersticiones del paganismo, obliga á los pasantes á echar una piedra ó una rama de árbol en el sitio donde ha perecido un hombre de muerte violenta. Durante muchos años, tantos como dure el recuerdo de su trágico fin en la memoria de los hombres, esta singular ofrenda se va acumulando de día en día. A esto se le denomina el *montón*, el *mucchio* de fulano de tal.

Colomba se detuvo ante este montón de follaje, y, arrancando una rama de madroño, la agregó á la pirámide.

—Orso, dijo, aquí es donde mataron á nuestro

padre. ¡Roguemos por su alma, hermano mío!

Y se arrodilló. Orso la imitó en seguida. En este momento la campana del pueblo sonó lentamente, porque un hombre había muerto aquella noche.

Orso rompió á llorar.

Al cabo de algunos minutos se levantó Colomba con los ojos secos pero el rostro animado. Hizo la señal de la cruz familiar á sus compatriotas y que generalmente acompaña á sus solemnes juramentos; después, arrastrando á su hermano, tomó el camino del pueblo. Entraron silenciosamente en su casa. Orso subió á su habitación. Un instante después le siguió Colomba, llevando un pequeño cofrecito que puso sobre la mesa. Lo abrió y sacó una camisa cubierta de grandes manchas de sangre.

—He aquí la camisa de vuestro padre, Orso.

Y la puso sobre sus rodillas.

—He aquí el plomo que le hirió.

Y puso sobre la camisa dos balas oxidadas.

—¡Orso, hermano mío! gritó precipitándose en sus brazos y estrechándolo con fuerza, ¡Orso! ¡tú lo vengarás!

Lo abrazó con una especie de furor, besó las balas y la camisa, y salió del cuarto, dejando á su hermano como petrificado en su asiento. Orso quedó algún tiempo inmóvil, no osando alejar de sí aquellas espantosas reliquias. Por fin, haciendo un esfuerzo, las colocó en el cofrecito y corrió al otro extremo de la habitación á echarse en su cama, con la cara vuelta hacia la pared, hundido en la almohada, como si quisiera sustraerse á la vista de un espectro. Las últimas palabras de su hermana resonaban sin cesar en sus oídos, y le parecía escuchar un oráculo fatal, inevitable, que le pedía sangre, y sangre inocente. No intentaré traducir las sensaciones del desgraciado

joven, tan confusas como las que pueblan el cerebro de un loco.

Estuvo mucho tiempo en la misma posición, sin atreverse á volver la cabeza. Por fin se levantó, cerró el cofrecito, y salió precipitadamente de su casa, corriendo por el campo y marchando ante sí sin saber dónde iba.

Poco á poco el aire lo alivió; se calmó, y examinó con alguna sangre fría su posición y los medios de salir de ella. Ya sabemos que él no sospechaba que los Barricini fuesen los matadores; pero los acusaba de haber supuesto la carta del bandido Agostini; y esta carta, al menos casi lo creía, había causado la muerte de su padre. Perseguirlos como falsarios, comprendía que era imposible. A veces, si las conjeturas ó los instintos de su país volvían á asaltarle y le mostraban una fácil venganza á la vuelta de un sendero, los desechaba con horror pensando en sus camaradas de regimiento, en los salones de París, sobre todo en miss Nevil. Después pensaba en los reproches de su hermana, y lo que restaba de corso en su carácter justificaba estos reproches y los hacía más punzantes.

Una sola esperanza le quedaba en este combate entre su conciencia y sus suposiciones, y era, entablar, bajo cualquier pretexto, una querrela con uno de los hijos del abogado y batirse en duelo con él. Matarlo con una bala ó con una escopada conciliaba sus ideas corsas y sus ideas francesas. Aceptado el pensamiento, y meditando los medios de ejecución, se sentía ya aliviado de un gran peso, cuando otros pensamientos más dulces contribuyeron aún á calmar su febril agitación. Cicerón, desesperado de la muerte de su hija Tullia, olvidó su dolor repasando en su espíritu todas las bellas cosas que podría decir á este respecto. Discurriendo así, M. Shandy se

consoló de la pérdida de su hijo. Orso se refrescaba la sangre pensando que podría hacer á miss Nevil un cuadro del estado de su alma, cuadro que no dejaría de interesar poderosamente á esta bella persona.

Se aproximaba al pueblo, del que se había alejado mucho sin darse cuenta, cuando oyó la voz de una niña que cantaba, creyéndose sola sin duda, en un sendero al borde del bosque. Era ese aire lento y monótono consagrado á las lamentaciones fúnebres, y la niña cantaba: «Para mi hijo, mi hijo, en lejano país—guardad mi cruz y mi camisa sangrienta»...

—¿Qué canto es ese, pequeña? dijo Orso con tono de cólera, apareciendo de repente.

—¡Sois vos, Ors' Anton'! exclamó la niña algo asustada... Es una canción de la señorita Colomba...

—Te prohíbo que la cantes, repuso Orso con tono terrible.

La niña, volviendo la cabeza á derecha é izquierda, parecía buscar por donde podría escaparse, y sin duda hubiera huído si no la retuviera el cuidado de conservar un grueso paquete que se veía á sus pies en la hierba.

Orso se avergonzó de su violencia.

—¿Qué llevas ahí, pequeña? le preguntó lo más dulcemente que pudo.

Y como Chilina titubeaba en responderle, levantó la tela que envolvía el paquete y vió que contenía un pan y otras provisiones.

—¿A quién llevas ese pan, bonita? le preguntó.

—Vos lo sabéis muy bien, señor; á mi tío.

—¿Y tu tío, no es bandido?

—Para servirlos, señor Ors' Anton'.

—Si los gendarmes te encontrasen, te preguntarían dónde vas...

—Yo les diría, respondió la niña sin vacilar, que llevo comida á los Luques que talan el bosque.

—¿Y si encontrases algún cazador hambriento que quisiese comer á tu costa y te cogiera las provisiones?...

—No se atrevería. Yo diría que son para mi tío.

—En efecto, no es hombre que se deje quitar su comida... ¿Te quiere mucho tu tío?

—¡Oh! sí, Ors' Anton'. Desde que murió mi padre, cuida de la familia, de mi madre, de mí, y de mi hermanita. Antes de que mamá estuviese enferma, la recomendaba á los ricos para que le diesen trabajo. El alcalde me da un vestido todos los años, y el cura me enseña el catecismo y á leer desde que mi tío les ha hablado. Pero sobre todo vuestra hermana es la mejor para nosotros.

En este momento apareció un perro por el sendero:

La niña, llevando dos dedos á su boca, dejó oír un agudo silbido: en seguida el perro acudió á ella y le hizo caricias, internándose brusca-mente en el bosque. Muy pronto dos hombres mal vestidos, pero bien armados, se levantaron de detrás de un cepellón á pocos pasos de Orso. Se hubiera dicho que hubieran avanzado arrastrándose como culebras en medio de la maleza de cistós y mirtos que cubría el terreno.

—¡Oh! Ors' Anton', sed bien venido, dijo el más viejo de los dos hombres. ¡Y qué! ¿no me reconocéis?

No, contestó Orso mirándolo fijamente.

—¡Es gracioso ver cómo una barba y un gorro puntiagudo desfiguran á un hombre! Vamos, mi teniente, mirad bien. ¿Habéis acaso olvidado á los viejos de Waterlloo? ¿No os acordáis ya de

Brando Savelli, que disparó más de un cartucho á vuestro lado en aquel día de desgracia?

—¡Cómo! ¿eres tú? repuso Orso. ¡Y desertastes en 1816!

—Como lo decís, mi teniente. Diantre, el servicio cansa, y además tenía que arreglar una cuenta en este país. ¡Ah! ¡ah! Chili, tú eres una niña valiente. Sírvenos pronto, porque tenemos hambre. No podéis figuraros, mi teniente, cuánto apetito produce el bosque. ¿Quién nos envía eso, la señorita Colomba ó el alcalde?

—No, tío mío; es la molinera que me ha dado eso para usted y un cobertor para mamá.

—¿Qué es lo que ella desea de mí?

—Dice que sus Luques, que ha tomado para talar, le piden ahora treinta y cinco sueldos y las castañas, á causa de la fiebre que hay en los llanos de Pietranera.

—¡Los holgazanes!... Yo veré.—Sin cumplidos, mi teniente, ¿queréis compartir nuestra comida? Nosotros las hemos hecho juntos más malas en tiempo de nuestro pobre compatriota que se ha reformado.

—Muchas gracias.—Me han reformado á mí también.

—Sí, lo he oído decir; pero apuesto á que no os ha disgustado mucho. Es cosa de arreglar vuestra cuenta.—Vamos, cura, dijo el bandido á su compañero, á la mesa. Señor Orso, os presento al señor cura, es decir, yo nó se si es cura, pero ha estudiado.

—Un pobre estudiante de teología, señor, dijo el segundo bandido, que no ha podido seguir su vocación. ¿Quién sabe? Yo hubiera podido ser papa, Brandolaccio.

—¿Qué causa ha privado, pues, á la Iglesia de vuestras luces? preguntó Orso.

—Casi nada, una cuenta que saldar, como dice

mi amigo Brandolaccio; una hermana mía que había hecho locuras mientras yo devoraba los libros en la universidad de Pisa. Me fué preciso volver al país para casarla. Pero el futuro, muy apresurado, murió de fiebre tres días antes de mi llegada. Me dirijo entonces, como hubiéseteis hecho en mi lugar, al hermano del difunto. Se me dijo que estaba casado. ¿Qué hacer?

—En efecto, eso era embarazoso. ¿Qué hicisteis?

Estos son de esos casos en que hay que recurrir á la piedra de chispa.

—Es decir, que...

—Le metí una bala en la cabeza, dijo friamente el bandido.

Orso hizo un movimiento de horror. Sin embargo la curiosidad, y quizás también el deseo de retardar el momento en que sería preciso volver á su casa, le hicieron quedarse allí y continuar la conversación con estos dos hombres, cada uno de los cuales tenía en su conciencia por lo menos un asesinato.

Mientras que su camarada hablaba, Brandolaccio ponía delante de él pan y carne; se sirvió á sí mismo, y después separó la parte de su perro, que presentó á Orso bajo el nombre de Brusco, como dotado del maravilloso instinto de reconocer á un tirador bajo cualquier disfraz. Por último, cortó un pedazo de pan y una lonja de jamón crudo que dió á su sobrina.

—¡Qué hermosa vida la de bandido! dijo el estudiante en teología después de haber comido algunos bocados. Vos la probaréis algún día, señor della Rebbia, y veréis cuán dulce es no tener más amo que el propio capricho.

Hasta entonces, el bandido se había expresado en italiano; prosiguió en francés:

—La Córcega no es un país muy divertido para

un hombre joven; pero, ¡qué diferencia para un bandido! Las mujeres están locas por nosotros. Tal como me veis tengo tres novias en tres cantones diferentes. En todas partes estoy en mi casa. Y hay una que es la mujer de un gendarme.

—Sabéis varios idiomas, dijo Orso con tono grave.

—Si hablo francés, es que, ved, *máxima debetur pueris reverentia*. Sabemos Brandolaccio y yo que la niña marcha bien.

—Cuando cumpla sus quince años, dijo el tío de Chilina, yo la casaré bien. Tengo ya un partido á la vista.

—¿Tú harás la demanda? dijo Orso.

—Sin duda. ¿Creéis que si digo á un rico del país: «Yo, Brando Savelli, vería con gusto que vuestro hijo se casase con Michelina Savelli», creéis que se haría el sordo?

—No se lo aconsejaría yo, dijo el otro bandido. El camarada tiene la mano un poco pesada.

—Si yo fuera un pícaro, prosiguió Brandolaccio, un canalla, un supuesto, no tendría más que abrir mi mochila y las monedas de plata lloverían en ella.

—¿Hay, pues, en tu mochila, dijo Orso, algo que las atrae?

—Nada; pero si yo escribiese á un rico, como hay quien lo hace: «Tengo necesidad de cien francos», se apresuraría á enviármelos. Pero soy un hombre de honor, mi teniente.

—¿Sabéis, señor della Rebbia, dijo el bandido que su compañero llamaba el cura, sabéis, que, en este país de costumbres sencillas, hay sin embargo algunos miserables que se aprovechan de la estimación que inspiramos debida á nuestros pasaportes (y mostraba su fusil), para girar letras de cambio imitando nuestra escritura?

—Lo sé, dijo Orso con brusco tono. ¿Pero qué letras de cambio?

—Hace seis meses, continuó el bandido, me paseaba por el lado de Orezza, cuando vino á mí un patán que de lejos se quita el gorro y me dice: «¡Ah! señor cura (ellos me llaman siempre así), perdonadme, dadme tiempo; sólo he podido encontrar cincuenta y cinco francos; pero, en verdad, es todo lo que he podido recoger. Yo todo sorprendido le dije: ¿Qué quiere decir, ¡engrudo! cincuenta y cinco francos?—Quiero decir sesenta y cinco, me respondió; pero los cien que me pedís, es imposible.—¡Cómo, bribón! ¿yo te pido cien francos? No lo entiendo». Entonces me entregó una carta, ó mejor dicho, un trapo viejo, todo sucio, por el cual le invitaban á depositar cien francos en un sitio que le indicaban, bajo pena de ver su casa quemada y sus vacas muertas por Giocanto Castriconi, este es mi nombre. ¡Y habían cometido la infamia de imitar mi rúbrica! Lo que me indignó más, fué que la carta estaba escrita en patuá, llena de faltas de ortografía... ¡Yo cometer faltas de ortografía! ¡yo que he ganado todos los premios de la universidad! Empiezo por darle una bofetada que le hizo girar dos veces sobre sí mismo.

—«¡Ah! ¿Me tomas por un ladrón? ¡pícaro!» le dije, y le di un buen puntapié donde sabéis. Un poco calmado le dije: «—¿Cuándo debes llevar este dinero al lugar designado?—Hoy mismo.— ¡Bueno! llévalo».—Era al pie de un pino, y el sitio estaba perfectamente indicado. Lleva el dinero, lo entierra al pie del árbol y vuelve á mi lado. Yo estaba emboscado en los alrededores. Estuve allí con mi hombre seis horas mortales. Señor della Rebbia, hubiera estado tres días si hubiese sido necesario. Al cabo de seis horas, apareció un Bastaccio, un infame usurero. Se

baja para coger el dinero, hago fuego, y le había apuntado tan bien, que su cabeza descansó al caer sobre los escudos que desenterraba. «¡Ahora, bribón! dije al labriego, recoge tu dinero, y que no se te antoje más sospechar una bajeza Giocanto Castriconi». — El pobre diablo, todo tembloroso, recogió sus setenta y cinco francos sin tomarse el trabajo de limpiarlos. Me dió las gracias, yo le di un buen puntapié de despedida, y aun está corriendo.

—¡Ah!, cura, dijo Brandolaccio, te envidio aquel tiro. Te reirías mucho.

—Había atrapado al *Bastaccio* en la sien, continuó el bandido, y esto me recordó estos versos de Virgilio:

... Liquefacto tempora plumbo  
Diffidit, ac multâ porrectum extendit arenâ

¡*Liquefacto!* ¿Creéis, señor Orso, que una bala de plomo se funde por la rapidez de su trayecto en el aire? Vos que habéis estudiado balística, ¿podréis decirme si esto es un error ó una verdad?

Orso quería mejor discutir esta cuestión en física que argumentar con el licenciado sobre la moralidad de su acción. Brandolaccio, al que ésta disertación científica no entretenía mucho, le interrumpió para hacerle presente que el sol se ponía:

—Puesto que no habéis querido comer con nosotros, Ors' Anton', le dijo, os aconsejo no hagáis esperar más á la señorita Colomba. Además, no es bueno andar por los caminos cuando el sol se ha puesto. ¿Por qué salís sin fusil? Hay mala gente en las proximidades; tomad precauciones. Hoy no tenéis nada que temer; los Barricini llevan al prefecto á su casa; lo han en-

contrado en el camino, y se detiene un día en Pietranera antes de ir á poner en Corte una primera piedra, como se dice... ¡una tontería! Duerme esta noche en casa de los Barricini; pero mañana estarán libres. Hay, Vicente que es muy tuno, y Orlanduccio que no vale mucho más... Procurad encontrarlos separados, hoy uno y mañana otro, pero desconfiad, no os digo más que eso.

—Gracias por el consejo, dijo Orso, pero no tenemos nada que tratar juntos; hasta que ellos no vengan á buscarme, no tengo nada que decirles.

El bandido sacó la lengua por un lado y la hizo dar contra su mejilla con un aire irónico, pero no respondió nada. Orso se levantó para partir:

—A propósito, dijo Brandolaccio, no os he dado las gracias por vuestra pólvora; me ha venido muy bien. Ahora nada me falta..., es decir, aún me faltan zapatos..., pero me los haré de la piel de un verraco uno de estos días.

Orso puso dos piezas de cinco francos en la mano del bandido.

—Colomba fué la que te envió la pólvora; toma para comprarte los zapatos.

—Dejaos de tonterías, mi teniente, dijo Brandolaccio devolviéndole las dos monedas. ¿Es que me tomáis por un mendigo? Acepto el pan y la pólvora, pero no quiero ninguna otra cosa.

—Entre antiguos soldados he creído que podían ayudarse. ¡Vamos, adiós!

Pero antes de partir, puso el dinero en la bolsa del bandido sin que lo notase.

—¡Adiós, Ors' Anton'! dijo el teólogo. Quizás nos encontremos uno de estos días en el bosque, y continuaremos nuestros estudios sobre Virgilio.

Hacia un cuarto de hora que Orso se había separado de sus honrados compañeros, cuando oyó á un hombre que corría detrás de él con todas sus fuerzas.

Era Brandolaccio.

—¡Es un poco fuerte, mi teniente, repuso sin aliento, un poco fuerte! Tomad vuestros diez francos. Si fuerais otro no pasaría por la picardía que habéis hecho. Muchas cosas de mi parte á la señorita Colomba. ¡Me habéis dejado sin aliento por la carrera que he tenido que dar para alcanzaros! ¡Buenas tardes!



## XII

Orso encontró á Colomba un poco alarmada por su larga ausencia; pero, al verlo, recobró ese aire de triste serenidad que era su expresión habitual. Durante la comida de la tarde, sólo hablaron de cosas indiferentes, y Orso, alentado por la calma de su hermana, le contó su encuentro con los bandidos y hasta

se atrevió á hacer algunos chistes sobre la educación moral y religiosa que recibía la pequeña Chilina por los cuidados de su tío y de su honorable colega el señor Castriconi.

—Brandolaccio es un hombre honrado, dijo Colomba; pero, de Castriconi, he oído decir que es un hombre sin principios.

—Yo creo, dijo Orso, que vale tanto como Brandolaccio, y Brandolaccio tanto como él. Uno y otro están en guerra abierta con la sociedad. Un primer crimen los arrastra cada día á otros crímenes; y sin embargo quizás no sean tan culpables como muchos que no habitan el bosque.

Un relámpago de alegría brilló sobre la frente de su hermana.

—Sí, prosiguió Orso; esos miserables tienen

honor á su manera. Es una preocupación cruel y no una baja avaricia la que los ha llevado á la vida que llevan.

Hubo un momento de silencio.

—Hermano mío, dijo Colomba sirviendo el café, ¿sabéis que Carlos-Bautista Pietri ha muerto la noche pasada? Sí, ha muerto de fiebres palúdicas.

—¿Quién es ese Pedro?

—Es un hombre de este pueblo, marido de Magdalena, la que recibió la cartera de manos de nuestro padre moribundo. Su viuda ha venido á rogarme que asista al velatorio y que cante algo. Conviene que vengáis también. Son vecinos nuestros, y es una atención de que no debe uno sustraerse en un pueblo pequeño como el nuestro.

—¡Al diablo tu velatorio, Colomba! No me gusta ver á mi hermana dar esos espectáculos en público.

—Orso, respondió Colomba, cada uno honra á sus muertos á su manera. La *ballata* nos viene de nuestros abuelos, y debemos respetarla como costumbre antigua. Magdalena no posee el *don*, y la vieja Fiordispina, que es la mejor cantatriz del país, está enferma. Es preciso alguien para la *ballata*.

—¿Crees tú que Carlos-Bautista no encontrará su camino en el otro mundo si no se cantan malos versos ante su ataúd? Ve á la velada si quieres, Colomba, yo iré contigo, si crees que debo hacerlo, pero no improvises; eso sería inconveniente á tu edad, y... te ruego me complazcas, hermana mía.

—Hermano mío, lo he prometido. Esta es la costumbre aquí, como sabéis, os lo repito, y no hay nadie más que yo para improvisar. ...

—¡Costumbre tonta!

—Sufro mucho cantando así. Eso me recuerda todas nuestras desgracias. Mañana estaré indispuesta; pero es preciso. Permitídmelo, hermano mío. Acordaos que en Ajaccio me digisteis que improvisara para distraer á esa señorita inglesa que se burla de nuestras antiguas costumbres. ¿No podré, pues, improvisar hoy para pobres gentes que lo agradecerán, y les ayudará á soportar su pena?

—Vamos, haz lo que quieras. Apuesto á que ya has compuesto tu *ballata*, y no quieres perderla.

—No, yo no puedo componerla anticipadamente, hermano mío. Me pongo delante del muerto y pienso en los que quedan. Las lágrimas acuden á mis ojos, y entonces canto lo que me viene al pensamiento.

Todo esto lo dijo con tal sencillez que era imposible suponer el menor amor-propio poético en la señorita Colomba. Orso se dejó doblegar y se dirigió con su hermana á la casa de Pedro. El muerto estaba tendido sobre una mesa, con la cara descubierta, en la habitación más grande de la casa.

Puertas y ventanas estaban abiertas, y varios cirios ardían alrededor de la mesa. A la cabecera del muerto estaba su viuda, y detrás de ella un gran número de mujeres ocupaban todo un lado de la habitación; en el otro lado estaban colocados los hombres, de pie, descubiertos, con la mirada fija en el cadáver, observando un profundo silencio. Cada nuevo visitante se aproximaba á la mesa, abrazaba al muerto, hacía una inclinación de cabeza á su viuda ó hijo, y tomaba sitio en el círculo sin proferir una palabra.

Sin embargo, de cuando en cuando, uno de los asistentes rompía el solemne silencio para di-



rigir algunas palabras al difunto. «¿Por qué has abandonado á tu buena mujer?» decía una comadre. «¿No tenía para ti muchos cuidados? ¿Qué te faltaba? ¿Por qué no haber esperado un mes más? tu nuera te hubiera dado un hijo».

Un robusto joven, hijo de Pedro, apretando la fría mano de su padre, le dijo: «¡Oh! ¿por qué no has fallecido de la *malemort*? ¡Nosotros te hubiéramos vengado!»

Estas fueron las primeras palabras que oyó Orso al entrar. A su vista se abrió el círculo, y un débil murmullo de curiosidad anunció la expectación de la asamblea excitada por la presencia de la voceadora. Colomba abrazó á la viuda, tomó una de sus manos y quedó algunos minutos recogida y con los ojos bajos. Después echó hacia atrás su *mezzaro*, miró fijamente al muerto, é inclinada sobre el cadáver, casi tan pálida como él, empezó así:

«¡Carlos-Bautista! ¡Cristo reciba tu alma!— ¡Vivir es sufrir. Vas á un lugar—donde no hay sol ni frío.—No necesitas ya tu podadera,—ni tu pesado pieo.—No más trabajo para ti.—En lo sucesivo todos los días son domingo.—Carlos-Bautista, Cristo tenga tu alma!—Tu hijo gobierna tu casa.—Yo he visto caer el roble—seco por el Libeccio.—He creído que estaba muerto.—He vuelto á pasar, y de su raíz—salfá un retoño.—El retoño se ha hecho un roble,—de vasta sombra.—Bajo sus fuertes ramas, Magdala, reposa,—y piensa en el roble que ya no existe.»

Al llegar á este punto Magdalena empezó á llorar muy fuerte, y dos ó tres hombres que en caso preciso hubieran tirado sobre cristianos con la misma sangre fría que si fueran perdices, se pusieron á limpiarse gruesas lágrimas que corrían por sus tostadas mejillas.

Colomba continuó así durante algún tiempo,

dirigiéndose tan pronto al difunto, tan pronto á la familia, y á veces, por una prosopopeya frecuente en las *ballatas*, haciendo hablar al mismo muerto para consolar á sus amigos ó darles consejos. A medida que ella improvisaba, su rostro tomaba una expresión sublime; su cutis se teñía de un rosa transparente que hacía resaltar más el brillo de sus dientes y el fuego de sus dilatadas pupilas. Parecía una pitonisa sobre su trípode. Salvo algunos suspiros y algunos gemidos ahogados, no se hubiera oído el más ligero murmullo en la multitud que se agolpaba á su alrededor. Aunque menos accesible que otro á esta poesía salvaje, Orso se sintió muy pronto víctima de la emoción general. Retirado en un obscuro rincón de la sala, lloró, como lloraba el hijo de Pietri.

De repente se sintió un ligero movimiento en el auditorio: se abrió el círculo y entraron varios extraños. Por el respeto que se les demostró, y por el apresuramiento que tuvieron en hacerles sitio, era evidente que se trataba de personas de importancia cuya visita honraba singularmente la casa. Sin embargo, por respeto á la *ballata*, nadie les dirigió la palabra. El que había entrado primero parecía tener unos cuarenta años. Su traje negro, su cinta roja encarnada, y el aire de autoridad y de confianza que se retrataba en su rostro, dejaban adivinar que era el prefecto. Detrás de él venía un viejo encorvado, de cutis bilioso, mal oculta bajo las gafas verdes su mirada tímida é inquieta. Llevaba un gabán negro que le estaba muy largo, y que, aunque nuevo aun, había sido hecho algunos años antes. Siempre al lado del prefecto, se hubiera dicho que quería ocultarse en su sombra. Seguían por último, dos jóvenes de alta talla, el cutis quemado por el sol, las mejillas ocultas por espesas patillas,

mirada altiva, arrogante, demostrando una imperitinentemente curiosidad. Orso había tenido tiempo de olvidar las fisonomías de las gentes de su pueblo; pero la vista del viejo de gafas verdes despertó de repente en su espíritu antiguos recuerdos. Su presencia siguiendo al prefecto bastaba para hacersele reconocer. Era el abogado Barricini, el alcalde Pietranera, que venía con sus dos hijos á presenciar la representación de una *ballata*. Sería difícil definir lo que pasó en este momento en el alma de Orso; pero la presencia del enemigo de su padre le causó una especie de horror, y, más que nunca, se sintió accesible á las suposiciones que largo tiempo había combatido.

Por lo que respecta á Colomba, á la vista del hombre á quien había jurado odio mortal, su móvil fisonomía tomó en seguida una expresión siniestra. Palideció; su voz se hizo ronca, el verso empezado expiró en sus labios... Pero en seguida, continuando su *ballata*, prosiguió con vehemencia:

«Cuando el gavilán se lamenta—ante su nido  
»vacío,—los estorninos revotean alrededor,—in-  
»sultando su dolor.»

Al llegar aquí se oyó una risa ahogada; eran los dos jóvenes recién llegados que encontraban sin duda muy atrevida la metáfora.

«El gavilán despertará;—desplegará sus alas—  
—¡y lavará su pico en sangre!—Y tú, Carlos-  
Bautista, que tus amigos—te dirigen su último  
adiós.—Sus lágrimas han corrido bastante.—Só-  
lo la pobre huérfana no te llorará.—¿Por qué te  
lloraría ella?—Tú te has dormido tranquilamen-  
te—en medio de tu familia—preparado á com-  
parcer—ante el Todo-Poderoso.—La huérfana llo-  
ra á su padre,—sorprendido por indignos asesinos,  
—herido por la espalda—su padre cuya san-  
gre es roja—bajo el montón de hojas verdes.—

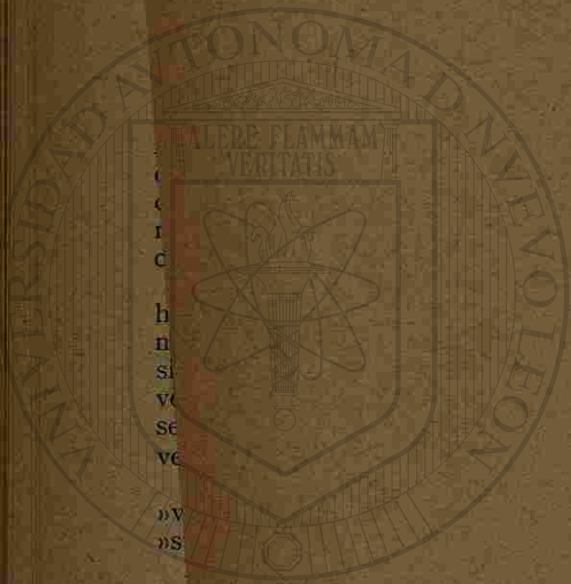
Pero ella recogió su sangre,—aquella sangre noble é inocente;—la derramó por Pietranera—para que se convirtiese en mortal veneno.—Y Pietranera quedará marcada,—hasta que una sangre culpable—haya borrado la traza de la sangre inocente.»

Al terminar estas palabras, Colomba se dejó caer sobre una silla, cubrió su rostro con su *mezzaro* y se le oyó llorar. Las mujeres llorando rodearon á la improvisadora; algunos hombres echaban miradas feroces al alcalde y á sus hijos; algunos viejos murmuraban contra el escándalo que habían ocasionado con su presencia. El hijo del difunto se abrió camino y se disponía á rogar al alcalde se marchase lo más pronto posible; pero éste no hubiese oído la invitación. Ganaba la puerta y ya sus dos hijos estaban en la calle. El prefecto dirigió algunas frases de consuelo al joven Pietri, y les siguió casi en seguida. Orso, se aproximó á su hermana, le cogió el brazo y la llevó fuera de la sala.

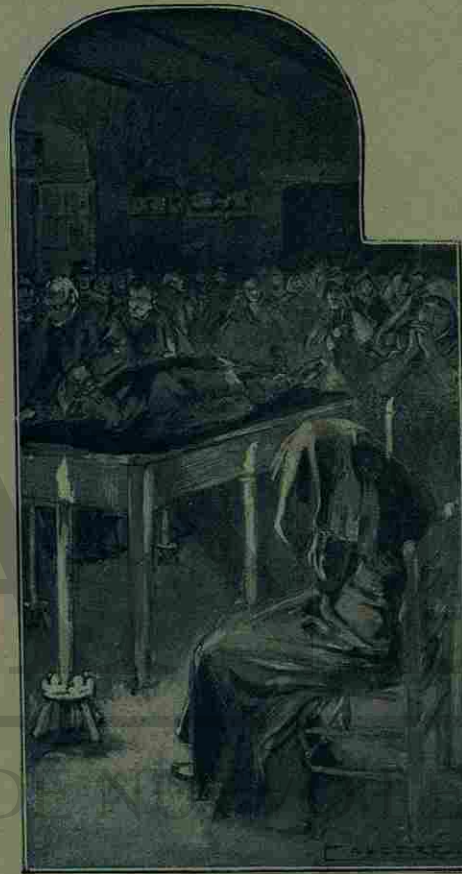
—Acompañadlos, dijo el joven Pietri á algunos de sus amigos. ¡Tened cuidado de que no les suceda nada!

Dos ó tres jóvenes pusieron precipitadamente sus estiletes en la manga izquierda de sus chaquetas, y escoltaron á Orso y á su hermana hasta la puerta de su casa.





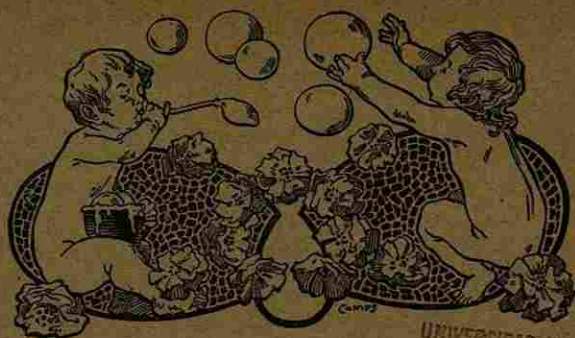
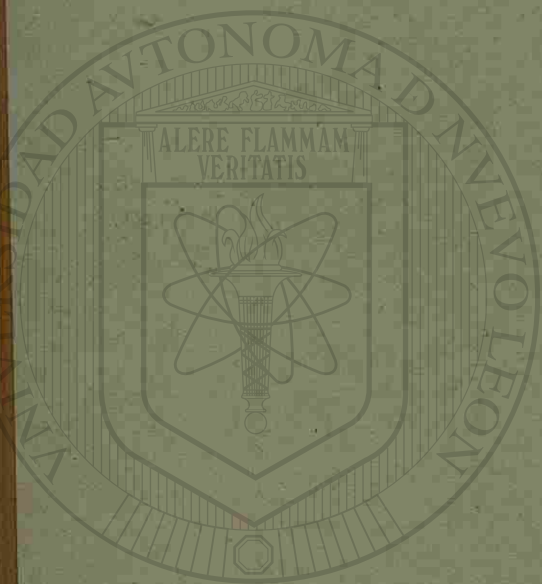
los  
sin  
«  
—l  
Ban  
adic  
lo l  
llora  
te—  
rece  
ra á  
nos,  
gre



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
MATEOS  
Año. 1629 WOLFFENBUTEL, AL

### XIII

Colomba, jadeante, anonadada, no estaba en estado de pronunciar palabra. Su cabeza estaba apoyada en el hombro de su hermano, y tenía una de sus manos cogida entre las suyas. Aunque en su interior condenaba su peroración, Orso estaba muy alarmado para dirigirle el menor reproche. Esperaba en silencio el fin de la crisis nerviosa de que se hallaba poseída, cuando llamaron á la puerta, y Saveria entró asustada anunciando al señor prefecto. Al oír este nombre, se incorporó Colomba como avergonzada de su debilidad, y se quedó de pie, apoyándose en una silla que temblaba visiblemente bajo su mano.

El prefecto empezó por algunas excusas banales sobre la hora indebida de su visita, compadeció á Colomba, habló del peligro de las emociones fuertes, censuró la costumbre de las lamentaciones fúnebres que el mismo talento de la vocadora hace más penosas para los asistentes; deslizó con habilidad un ligero reproche sobre la

tendencia de la última improvisación, y después, cambiando de tono:

—Señor della Rebbia, dijo, estoy encargado de muchos cumplimientos para vos por vuestros amigos ingleses: miss Nevil dirige mil afectos á vuestra hermana. Tengo para entregaros una carta suya.

—¿Una carta de miss Nevil? dijo Orso.

—Desgraciadamente no la tengo encima, pero la tendréis dentro de cinco minutos. Su padre ha estado enfermo. Temimos que hubiese cogido nuestras terribles fiebres. Felizmente ya está fuera de cuidado, según vos mismo podréis juzgar, porque según creo lo veréis muy pronto.

—¿Miss Nevil ha debido estar muy inquieta?

—Por fortuna, sólo ha conocido el peligro cuando ya había pasado. Señor della Rebbia, miss Nevil me ha hablado mucho de vos y de vuestra hermana.

Orso se inclinó.

—Tiene mucha amistad con vosotros dos. Bajo un exterior lleno de gracia, bajo una apariencia de ligereza, oculta una razón perfecta.

—Es una encantadora criatura, dijo Orso.

—Casi debido á sus ruegos se debe el que yo haya venido. Nadie conoce mejor que yo una fatal historia que no quisiera verme obligado á recordaros. Pues que M. Barricini es aún alcalde de Pietranera, y yo prefecto de este departamento, no necesito deciros el caso que hago de ciertas suposiciones, de las cuales, si no estoy mal informado, algunas personas imprudentes os han hecho presente, y que habéis rechazado, ya lo sé, con la indignación que se debía esperar de vuestra posición y vuestro carácter.

—Colomba, dijo Orso agitándose en su silla, estás muy fatigada. Debías ir á acostarte.

Colomba hizo un signo de cabeza negativo.

Había recobrado su calma habitual y fijaba una mirada ardiente en el prefecto.

—M. Barricini, continuó el prefecto, desearía vivamente ver cesar esta especie de enemistad... es decir, este estado de incertidumbre en que os halláis el uno frente al otro... Por mi parte, me encantaría veros establecer con él las relaciones que deben tener armonía entre gentes hechas para estimarse...

—Señor, interrumpió Orso con voz emocionada, yo no he acusado nunca al abogado Barricini de haber asesinado á mi padre; pero ha hecho una acción que me impedirá siempre tener ningunas relaciones con él. Ha supuesto una carta amenazadora en nombre de cierto bandido,... sorpresivamente la ha atribuido á mi padre. Esta carta, en fin, señor, ha sido probablemente la causa indirecta de su muerte.

El prefecto se ensimismó un instante.

—Que vuestro señor padre lo creyera, cuando, llevado de la vivacidad de su carácter litigaba contra M. Barricini, la cosa es excusable; pero en vos una ceguedad semejante no está permitida. Reflexionad, pues, que Barricini no tenía interés en suponer esa carta... No os hablo de su carácter,... no le conocéis, estáis predispuesto en contra suya,... pero no debéis suponer que un hombre que conoce las leyes...

—Pero, señor, dijo Orso levantándose, fijaos que decirme que esa carta no es obra de M. Barricini, es atribuirle á mi padre. Su honor, caballero, es el mío.

—Nadie más que yo, señor, prosiguió el prefecto, está convencido del honor del coronel della Rebbia... Pero... el autor de esa carta es ya conocido.

—¿Quién? gritó Colomba avanzando hacia el prefecto.

—Un miserable, culpable de varios crímenes, de esos crímenes que vosotros, los corsos, no perdonáis, un ladrón, un tal Tomaso Bianchi, detenido ahora en las prisiones de Bastia, ha revelado que él es el autor de esa carta fatal.

—No conozco á ese hombre, dijo Orso. ¿Cuál pudo ser su objeto?

—Es un hombre de este país, dijo Colomba, hermano de un antiguo molinero nuestro. Es un canalla, embustero, indigno que se le crea.

—Vais á ver, continuó el prefecto, el interés que tenía en ello. El molinero de que habla vuestra hermana,—creo que se llamaba Teodoro,—tenía en arrendamiento un molino del coronel, en el curso de agua de que M. Barricini litigaba la posesión á vuestro señor padre. El coronel, generoso de costumbre, no sacaba casi ningún provecho de su molino. Luego, creyó Tomaso que si M. Barricini obtenía la posesión del curso de agua, tendría que pagarle un arrendamiento considerable, porque se sabe que M. Barricini gusta mucho del dinero. En resumen, por servir á su hermano, falsificó Tomaso la letra del bandido, y he ahí toda la historia. Sabéis que los lazos de familia son tan poderosos en Córcega que á veces acarrear el crimen... Dignaos tomar conocimiento de esta carta que me escribe el procurador general, ella os confirmará lo que acabo de deciros.

Orso recorrió la carta que relataba en detalle la confesión de Tomaso, y Colomba leía al mismo tiempo por encima del hombro de su hermano.

Cuando hubo concluído, repuso:

—Orlanduccio Barricini ha estado en Bastia hace un mes, cuando se supo que mi hermano iba á venir. Vería á Tomaso y le compraría esa mentira.

—Señorita, dijo el prefecto con impaciencia, explicáis todo por suposiciones odiosas; ¿es ese el medio de descubrir la verdad? Vos, caballero, tenéis aplomo; decidme, ¿qué pensáis ahora? ¿Creéis, como vuestra hermana, que un hombre que sólo puede temer una ligera condena se cargue porque sí del crimen de falsario para complacer á alguien que no conoce?

Orso volvió á leer la carta del procurador general, pesando cada palabra con una atención extraordinaria; porque, desde que había visto al abogado Barricini, se sentía más difícil de convencer que lo hubiera sido algunos días antes. En fin, se vió obligado á confesar que la explicación le parecía satisfactoria.—Pero Colomba replicó con vehemencia:

—Tomaso Bianchi es un embustero. No será condenado, ó se escapará de la prisión, estoy segura.

El prefecto se encogió de hombros.

—Os he dado á conocer, caballero, dijo, las noticias que he recibido. Me retiro, y os abandono á vuestras reflexiones. Esperaré á que vuestra imaginación se esclarezca, y confío que será más poderosa que las... suposiciones de vuestra hermana.

Orso, después de algunas palabras para disculpar á Colomba, repitió que creía ahora que Tomaso era el único culpable.

El prefecto se había levantado para salir.

—Si no fuese tan tarde, dijo, os propondría viniérais conmigo para recoger la carta de miss Nevil... Sería una ocasión para que dijerais á M. Barricini lo que acabáis de decirme, y todo habría concluído.

—¡Orso della Rebbia no entrará jamás en casa de un Barricini! exclamó Colomba con impetuosidad.

—Según parece, la señorita es el *retintín* de la familia, dijo el prefecto, con aire burlón.

—Señor, dijo Colomba con voz firme, se os engaña. Vos no conocéis al abogado. Es el más astuto y el más engañoso de todos los hombres. Os lo conjuro, no hagáis hacer á Orso una acción que lo cubriría de vergüenza.

—¡Colomba! exclamó Orso, la pasión obscurece tu razón.

—¡Orso! ¡Orso! por el cofrecito que os he entregado, os lo suplico, escuchadme. ¡Entre vos y los Barricini hay sangre; no iréis á su casa!

—¡Hermana mía!

—No, hermano mío, no iréis, ó abandonaré esta casa y no me veréis más... Orso, tened piedad de mí.

Y cayó de rodillas.

—Estoy desolado, dijo el prefecto, de ver á la señorita della Rebbia tan poco razonable. Vos la convenceréis, estoy seguro de ello.

Entreabrió la puerta y se detuvo, pareciendo esperar que Orso le siguiese.

—No puedo dejarla ahora, dijo Orso... Mañana, sí...

—Parto temprano, repuso el prefecto.

con las manos juntas, esperad hasta mañana por —Al menos, hermano mío, exclamó Colomba la mañana. Dejadme repasar los papeles de mi padre... No podéis rehusarme esto.

—¡Pues bien! los repasarás esta noche, pero al menos no me atormentarás más con ese odio extravagante... Mil perdones, señor prefecto... Yo mismo me siento mal predispuesto... Es mejor que sea mañana.

—La noche da consejo, dijo el prefecto retirándose; espero que mañana habrán cesado todas vuestras irresoluciones.

—Saveria, exclamó Colomba, coge la linterna y acompaña al señor prefecto. El te dará una carta para mi hermano.

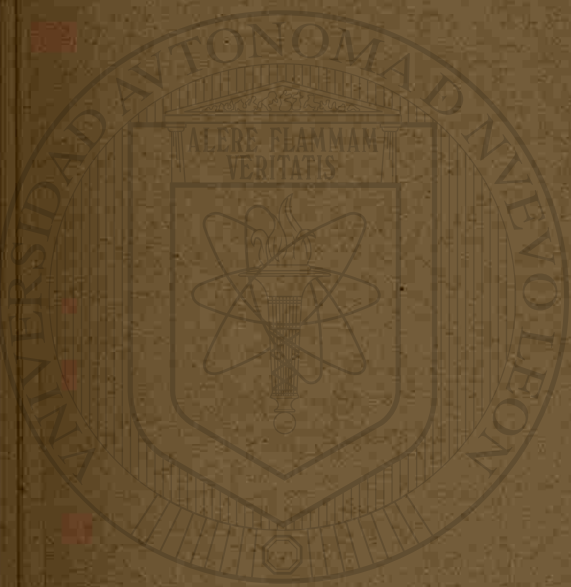
Y agregó algunas palabras que sólo fueron oídas por Saveria.

—Colomba, dijo Orso cuando el prefecto se hubo marchado, me has dado mucho disgusto. ¿Te resistirás siempre á la evidencia?

—Me habéis concedido hasta mañana, respondió. Tengo poco tiempo, pero aun confío.

Después tomó un manajo de llaves y corrió á una habitación del piso superior. Se la oyó abrir precipitadamente algunos cajones y registrar una papelería donde el coronel della Rebbia encerraba otras veces sus papeles importantes.





#### XIV

Saveria estuvo mucho tiempo ausente, y la impaciencia de Orso llegaba á su término, cuando apareció al fin, llevando una carta, y seguida de la pequeña Chilina, que se frotaba los ojos, porque había sido despertada en su primer sueño.

—Niña, dijo Orso, ¿qué vienes á hacer aquí á esta hora?

—La señorita me llama, respondió Chilina.

—¿Qué diablo le querrá? pensó Orso; pero se apresuró á abrir la carta de miss Lydia, y, mientras que leía, Chilina se dirigía donde estaba su hermana.

«Mi padre ha estado un poco malo, caballero, decía miss Nevil, y es siempre tan perezoso para escribir que me veo obligada á servirle de secretario. El otro día, sabéis que se mojó los pies á orillas del mar, en lugar de admirar el paisaje con nosotros, y no hace falta más para dar la fiebre en vuestra encantadora isla. Desde aquí veo la cara que pondréis; buscaréis sin duda vuestro estilete, pero espero que no lo tendréis



ya. Por consiguiente, mi padre ha tenido poca de fiebre, y yo mucho miedo; el prefecto, que persisto en encontrar muy amable, nos ha proporcionado un médico muy amable también, el cual, en dos días, nos ha sacado de penas; el acceso no ha reaparecido, y mi padre quiere volver á la caza; pero aun se lo prohibo.

—¿Cómo habéis encontrado vuestro castillo de las montañas? ¿Vuestra torre del Norte está aún en el mismo sitio? ¿Hay fantasmas? Os pregunto todo esto, porque mi padre se acuerda que le habéis prometido gamos, jabalíes, muflones... ¿Es éste el nombre de ese extraño animal? Cuando vayamos á embarcarnos en Bastia, pensamos pedirnos hospitalidad, y espero que el castillo della Rebbia, que decís es tan viejo y está tan ruinoso, no se desplomará sobre nuestras cabezas. Aunque el prefecto sea tan amable que con él no faltan nunca motivos de conversación, *by the bye*, me lisonjeo de haberle trastornado el juicio. —Hemos hablado de vuestra señoría. Personas de ley, de Bastia, le han enviado ciertas revelaciones de un pícaro que tienen bajo cerrojos, y que son de tal naturaleza que destruirán vuestras últimas suposiciones; vuestra enemistad, que algunas veces me inquietaba, debe cesar desde luego. No podéis figuraros cuánto me ha alegrado esto. Cuando partisteis con la hermosa cantatriz, el fusil en la mano, y la mirada sombría, me parecisteis más corso. ¡Basta! os escribo con tanta extensión porque me aburro. El prefecto va á partir, ¡ay! Os enviaremos un mensaje cuando nos pongamos en camino para vuestras montañas, y me tomaré la libertad de escribir á la señorita Colomba para pedirle un *bruccio*, *ma so-lenne*. Entretanto, decidle mil ternuras. Hago gran uso de su estilete para cortar las hojas de una novela que he traído; pero este hierro te-

rrible se indigna de tal uso y me desgarró mi libro de una manera lastimosa.

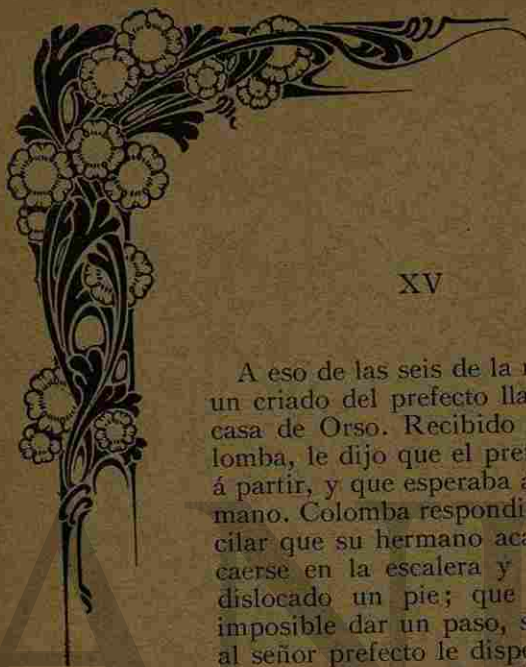
Adiós, caballero; mi padre os envía *his best love*. Escuchad al prefecto, es hombre de buen juicio, y se separa de su camino, según creo, por vuestra causa; va á poner una primera piedra en Corte; me figuro que debe ser una ceremonia muy imponente, y siento mucho no asistir á ella. ¡Un caballero en traje bordado, medias de seda, banda blanca, cogiendo una llana de albañil!... y un discurso; la ceremonia terminará por los gritos mil veces repetidos de *viva el rey!*—Vais á ponerlos muy fatuo de haberme hecho llenar las cuatro páginas; pero me aburro, caballero, os lo repito, y por esta razón, os permito me escribáis muy extensamente. A propósito, hallo extraordinario que no me hayáis participado aun vuestra feliz llegada á Pietranera-Castle

Lydia.»

«P. S. Os ruego escuchéis al prefecto, y hagáis lo que os diga. Hemos resuelto juntos que debéis obrar así, y con ello me complaceréis.»

Orso leyó tres ó cuatro veces esta carta, acompañando mentalmente cada lectura de comentarios sin número; después escribió una larga respuesta, que encargó llevase Saveria á un hombre del pueblo que partía aquella noche para Ajaccio. Ya no pensaba mucho en discutir con su hermana los agravios falsos ó verdaderos de los Barricini, la carta de miss Lydia se lo hacía ver todo color de rosa; no tenía ya sospechas ni odios. Después de esperar algún tiempo que su hermana bajase, y no viéndola reaparecer, fué á acostarse, con el corazón más desahogado que lo había sentido hacía mucho tiempo. Chili-

na fué despedida con instrucciones secretas, y Colómba pasó la mayor parte de la noche leyendo antiguos papelotes. Un poco antes del día, lanzaron algunas piedrecitas sobre su ventana; á esta señal, descendió al jardín, abrió una puerta excusada, é introdujo en su casa dos hombres de muy mala catadura; su primer cuidado fué llevarlos á la cocina y darles de comer. Quienes eran estos hombres va á saberse en seguida.



## XV

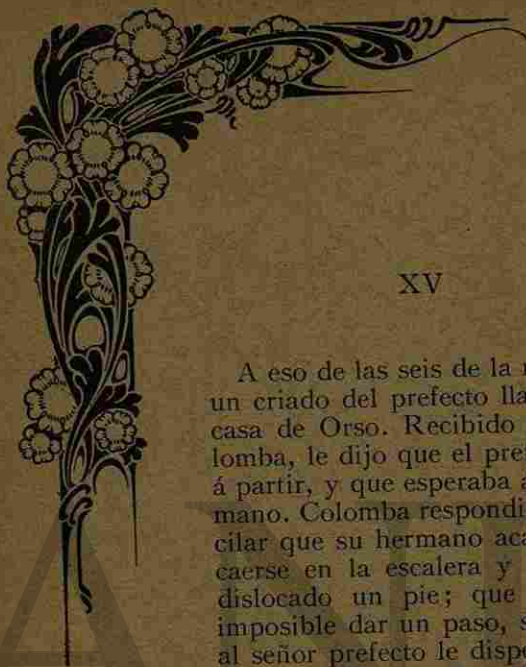
A eso de las seis de la mañana, un criado del prefecto llamó á la casa de Orso. Recibido por Colómba, le dijo que el prefecto iba á partir, y que esperaba á su hermano. Colómba respondió sin vacilar que su hermano acababa de caerse en la escalera y se había dislocado un pie; que siéndole imposible dar un paso, suplicaba al señor prefecto le dispensara, y le quedaría muy reconocido si se dignaba tomarse la molestia de pasar á su casa. Poco después de este mensaje, descendió Orso y preguntó á su hermana si el prefecto le había mandado á buscar.

—Os ruego que le esperéis aquí, contestó con la mayor sangre fría.

Pasó una media hora sin que se notase el menor movimiento del lado de la casa de los Barricini; sin embargo, Orso preguntó á Colómba si había descubierto algo; ella respondió que se explicaría delante del prefecto. Afectaba una gran calma, pero su tez y sus ojos anunciaban una agitación febril.

Por fin, se vió abrir la puerta de la casa Ba-

na fué despedida con instrucciones secretas, y Colómba pasó la mayor parte de la noche leyendo antiguos papelotes. Un poco antes del día, lanzaron algunas piedrecitas sobre su ventana; á esta señal, descendió al jardín, abrió una puerta excusada, é introdujo en su casa dos hombres de muy mala catadura; su primer cuidado fué llevarlos á la cocina y darles de comer. Quienes eran estos hombres va á saberse en seguida.



## XV

A eso de las seis de la mañana, un criado del prefecto llamó á la casa de Orso. Recibido por Colómba, le dijo que el prefecto iba á partir, y que esperaba á su hermano. Colómba respondió sin vacilar que su hermano acababa de caerse en la escalera y se había dislocado un pie; que siéndole imposible dar un paso, suplicaba al señor prefecto le dispensara, y le quedaría muy reconocido si se dignaba tomarse la molestia de pasar á su casa. Poco después de este mensaje, descendió Orso y preguntó á su hermana si el prefecto le había mandado á buscar.

—Os ruego que le esperéis aquí, contestó con la mayor sangre fría.

Pasó una media hora sin que se notase el menor movimiento del lado de la casa de los Barricini; sin embargo, Orso preguntó á Colómba si había descubierto algo; ella respondió que se explicaría delante del prefecto. Afectaba una gran calma, pero su tez y sus ojos anunciaban una agitación febril.

Por fin, se vió abrir la puerta de la casa Ba-

rricini; el prefecto, en traje de viaje, salió primero, seguido del alcalde y sus dos hijos. Grande fué la estupefacción de los habitantes de Pietranera, en acecho desde la salida del sol para asistir á la marcha del primer magistrado del departamento, cuando lo vieron, acompañado de los tres Barricini, atravesar la plaza en línea recta y entrar en la casa della Rebbia. «¡Hacen las paces!» exclamaron los políticos del pueblo.

—Bien os lo decía, agregó un anciano, Orso Antonio ha vivido mucho tiempo en el continente para hacer las cosas como un hombre de corazón.

—Con todo, respondió un rebbianista, notad que son los Barricini los que van á buscarlo; piden perdón.

—Es el prefecto quien los ha inducido, replicó el viejo; ya hoy no hay corazón, y los jóvenes se cuidan de la sangre de sus padres como si fuesen todos bastardos.

El prefecto se sorprendió de encontrar á Orso de pie y andando sin dificultad. En dos palabras, Colomba se acusó del engaño y le pidió perdón:

—Si os hubieseis hospedado en otra casa, señor prefecto, dijo, mi hermano hubiera ido ayer mismo á presentaros sus respetos.

Orso se confundía en excusas, protestando que era ageno por completo á esta astucia ridícula que tanto le disgustaba. El prefecto y el viejo Barricini demostraron creer en la sinceridad de sus manifestaciones, justificadas además por su confusión y los reproches que dirigía á su hermana; pero los hijos del alcalde no parecieron satisfechos:

—Se burlan de nosotros, dijo Orlanduccio, bastante alto para que fuese oído.

—Si mi hermana me hiciese una cosa como

esa, añadió Vincentello, le quitaría muy pronto las ganas de repetirla.

Estas palabras y el tono con que fueron dichas desagradaron á Orso y le hicieron perder un poco de su buena voluntad; cambió con los Barricini miradas en las que no se pintaba ninguna benevolencia.

Sin embargo, todos estaban sentados, á excepción de Colomba, que se quedó de pie cerca de la puerta de la cocina. El prefecto tomó la palabra, y, después de algunos lugares comunes sobre las preocupaciones del país, recordó que la mayor parte de las enemistades más inveteradas sólo tenían por causa errores. Después, dirigiéndose al alcalde, le dijo que el señor della Rebbia no había creído nunca que la familia Barricini hubiese tomado una parte directa ó indirecta en el deplorable acontecimiento que le había privado de su padre; que á la verdad, había conservado algunas dudas relativas á una particularidad del pleito que había existido entre las dos familias; que esa duda se excusaba por la larga ausencia de Orso y la naturaleza de los informes que había recibido; que esclarecidos ahora por recientes revelaciones, se daba completamente por satisfecho, y deseaba establecer con el señor Barricini y sus hijos, relaciones de amistad y de buena vecindad.

Orso se inclinó con aire violento; el señor Barricini balbuceó algunas palabras que nadie entendió; y sus hijos miraron las vigas del techo. El prefecto, continuando su arenga, iba á dirigir á Orso la contra partida de lo que acababa de cargar al señor Barricini, cuando Colomba, sacando de debajo de su manteleta algunos papeles avanzó gravemente entre las partes contratantes.

—Vería con gran placer, dijo, que concluyera la guerra entre nuestras dos familias; pero para

que la reconciliación sea sincera, es preciso que medien explicaciones para que desaparezcan las dudas.—Señor prefecto, la declaración de Tomaso Bianchi no me merece crédito, dada su mala fama.—He dicho que vuestros hijos quizás hayan visto á este hombre en la prisión de Bastia...

—Eso es falso, interrumpió Orlanduccio, yo no lo he visto.

Colomba le dirigió una mirada de desprecio, y prosiguió con mucha calma en apariencia:

—¿Habéis explicado el interés que podía tener Tomaso en amenazar al señor Barricini en nombre de un bandido temible, por el deseo que tenía de conservar á su hermano Teodoro el molino que mi padre le arrendaba á bajo precio?...

—Eso es evidente, dijo el prefecto.

—Viniendo de un miserable como parece serlo ese Bianchi, todo se explica, dijo Orso, engañado por el aire de moderación de su hermana.

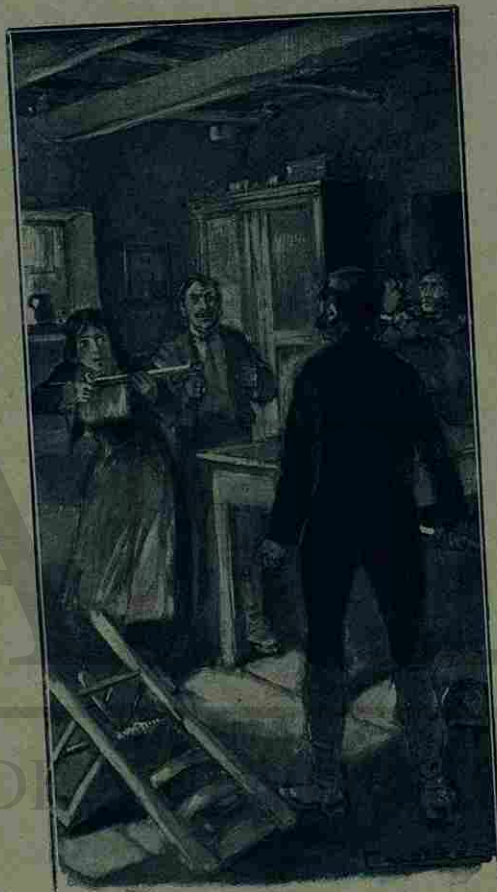
—La carta falsificada, continuó Colomba cuyos ojos empezaban á brillar con un fuego más vivo, está fechada el 11 de julio. Tomaso estaba entonces con su hermano en el molino.

—Sí, dijo el alcalde un poco inquieto.

—¿Qué interés tenía, pues, Tomaso Bianchi? exclamó Colomba con aire de triunfo. El arrendamiento de su hermano había expirado; mi padre lo había despedido el 1.º de julio. He aquí el registro de mi padre, la minuta de la despedida, y la carta de un agente de negocios de Ajaccio que nos proponía un nuevo molinero.

Hablando así, entregó al prefecto los papeles que tenía en la mano.

Hubo un momento de general admiración. El alcalde palideció ligeramente; Orso, frunciendo el entrecejo, avanzó para enterarse de los papeles que el prefecto leía con mucha atención.



—¡Se burlan de nosotros! exclamó de nuevo Orlanduccio levantándose con cólera. ¡Vámonos, padre mío, no hemos debido venir aquí nunca!

Un instante bastó al señor Barricini para recobrar su sangre fría. Pidió que le dejaran examinar los papeles; el prefecto se los entregó sin decir una palabra. Entonces, levantando sus anteojos verdes sobre su frente, los recorrió con aire bastante indiferente, mientras que Colomba lo observaba con los ojos de una tigre que ve á un gamo aproximarse á la guarida de sus cachorros.

—Pero, dijo el señor Barricini bajando sus anteojos y devolviendo los papeles al prefecto,— conociendo la bondad del difunto coronel... Tomaso pensó... ó debió pensar... que el señor coronel desistiría de su resolución de despedirlo... De hecho, quedó en posesión del molino, por lo tanto...

—Yo soy, dijo Colomba con aire de desprecio, la que se lo dejó. Mi padre había muerto, y en mi posición yo debía dirigir á los clientes de mi familia.

—Sin embargo, dijo el prefecto, el tal Tomaso reconoce que escribió la carta..., eso es claro.

—Lo que es claro para mí, interrumpió Orso, es que hay grandes infamias ocultas en todo este asunto.

—Aun tengo que rebatir una aseveración de esos señores, dijo Colomba.

Abrió la puerta de la cocina, y en seguida entraron en la sala Brandolaccio, el licenciado en teología, y el perro Brusco. Los dos bandidos estaban desarmados, por lo menos en apariencia; tenían la cartuchera en la cintura, pero no la pistola que es el obligado complemento.

Al entrar en la sala se descubrieron respetuosamente.

Calcúlese el efecto que produjo su súbita aparición. El alcalde estuvo á punto de caerse de espaldas; sus hijos se pusieron valientemente delante de él, con la mano en el bolsillo de sus chaquetas, buscando sus estiletos. El prefecto hizo un movimiento hacia la puerta, mientras que Orso, cogiendo á Brandolaccio por el cuello, le preguntó:

—¿Qué vienes á hacer aquí, miserable?

—¡Esta es una emboscada! exclamó el alcalde procurando abrir la puerta; pero Saveria la había cerrado por fuera con doble vuelta, por orden de los bandidos, según se supo en seguida.

—¡Buenas gentes! dijo Brandolaccio, no tengáis miedo de mí; no soy tan malo como parezco. No tenemos ninguna mala intención. Señor prefecto, soy vuestro servidor.—¡Mi teniente, dulzura, me estranguláis!

—Nosotros venimos aquí como testigos. Vamos, habla, tú, Cura, tú tienes la lengua bien expedita.

—Señor prefecto, dijo el licenciado, no tengo el honor de que me conozcáis. Me llamo Giocanto Castriconi, más conocido bajo el nombre de Cura. ¡Ah! ¡me perdonáis! La señorita, á quien yo no tenía la honra de conocer, me ha rogado le dé antecedentes sobre un tal Tomaso Bianchi, con el cual yo estaba detenido, hace tres semanas, en las prisiones de Bastia. He aquí lo que tengo que deciros...

—No os toméis ese trabajo, dijo el prefecto; no tengo nada que escuchar de un hombre como vos... Señor della Rebbia, quiero creer que no habréis tomado ninguna parte en este odioso complot. Pero, ¿mandáis en vuestra casa? Haced abrir esta puerta. Vuestra hermana, quizás tenga que dar cuenta de las extrañas relaciones que sostiene con bandidos,

—Señor prefecto, exclamó Colomba, dignaos escuchar lo que va á decir este hombre. Estáis aquí para hacer á todos justicia, y vuestro deber es buscar la verdad. Hablad, Giocanto Castriconi.

—No lo escuchéis, exclamaron á coro los tres Barricini.

—Si todo el mundo habla á la vez, dijo sonriendo el bandido, no va á ser posible entenderse. En la prisión, pues, yo tenía por compañero, no por amigo, al Tomaso en cuestión. El recibía frecuentes visitas del señor Orlanduccio.

—Eso es falso, exclamaron á la vez los dos hermanos.

—Dos negaciones valen una afirmación, observó friamente Castriconi. Tomaso tenía dinero; comía y bebía de lo mejor. Siempre me han gustado las buenas comidas (ese es mi menor defecto), y, á pesar de mi repugnancia en tratarme con ese bribón, me dejé ir varias veces á comer con él. Por reconocimiento, le propuse evadirse conmigo... Una pequeña... para la que yo había tenido bondades, me procuraba los medios... No quiero comprometer á nadie. Tomaso rehusó, diciéndome que estaba seguro del buen resultado de su asunto; que el abogado Barricini lo había recomendado á todos los jueces, y que saldría de allí blanco como la nieve y con dinero en el bolsillo. En cuanto á mí, creí deber tomar el aire. *Dixi.*

—Todo lo que dice este hombre es un montón de mentiras, repitió resueltamente Orlanduccio. Si estuviéramos en campo raso, cada uno con un fusil, no hablaría así.

—¡He aquí una necedad! exclamó Brandolaccio. No os malquistéis con el Cura, Orlanduccio.

—¿Me dejaréis al fin salir, señor della Reb-

bia? dijo el prefecto dando con el pie en señal de impaciencia.

—¡Saveria! ¡Saveria! gritó Orso, ¡abrid la puerta, con mil demonios!

—Un instante, dijo Brandolaccio. Nosotros tenemos que marchar primero. Señor prefecto, es costumbre cuando uno se encuentra en casa de amigos comunes, darse una media hora de tregua al separarse.

El prefecto le lanzó una mirada de desprecio.

—Servidor de toda la compañía, dijo Brandolaccio.

Después, extendiendo el brazo horizontalmente: ¡Vamos, Brusco, dijo á su perro, salta por el señor prefecto!

El pero saltó, los bandidos cogieron con presteza sus armas de la cocina, huyendo por el jardín, y á un agudo silbido la puerta de la sala se abrió como por encanto.

—Señor Barricini, dijo Orso con furor concentrado, os tengo por un falsario. Hoy mismo enviaré mi querrela contra vos al procurador del rey, por falsedad y complicidad con Bianchi. Quizás tenga que presentar otra aún más terrible.

—Y yo, señor della Rebbia, dijo el alcalde, presentaré la mía contra vos por alevosía y por complicidad con bandidos. Entretanto, el señor prefecto os recomendará á la gendarmería.

—El prefecto cumplirá con su deber, dijo éste con severo tono. Velará porque el orden no se altere en Pietranera, y procurará que se haga justicia. ¡Me dirijo á todos ustedes, señores!

El alcalde y Vincentello estaban ya fuera de la sala, y Orlanduccio les seguía retrocediendo, cuando Orso le dijo en voz baja:

—Vuestro padre es un viejo que yo destruiría

de una bofetada; á vos y á vuestro hermano la destino.

Por respuesta, Orlanduccio sacó su estilete y se echó sobre Orso como un loco; pero antes que pudiera hacer uso de su arma, Colomba le cogió el brazo, que torció con fuerza, mientras que Orso, dándole con el puño en el rostro, le hizo retroceder algunos pasos y chocar fuertemente contra el quicio de la puerta. El estilete cayó de la mano de Orlanduccio, pero Vincentello tenía el suyo y entraba en la sala, cuando Colomba, saltando sobre un fusil, le probó que la partida no era igual. Al mismo tiempo, el prefecto se interpuso entre los combatientes.

—¡Hasta muy pronto, Ors' Anton'! exclamó Orlanduccio; y tirando con violencia de la puerta de la sala, la cerró con llave para ganar tiempo de hacer retirada.

Orso y el prefecto quedaron un cuarto de hora sin hablar, cada uno en un extremo de la sala. Colomba, con el orgullo del triunfo sobre la frente, los miraba alternativamente, apoyada en el fusil que había decidido la victoria.

—¡Qué país! ¡qué país! exclamó al fin el prefecto levantándose impetuosamente. Señor della Rebbia, habéis obrado mal. Os pido vuestra palabra de honor de absteneros de toda violencia y esperar que la justicia decida en este maldito asunto.

—Sí, señor prefecto, he obrado mal pegando á ese miserable; pero en fin le he pegado, y no puedo rehusarle la satisfacción que me ha pedido.

—¡Ca! no, ¡él no quiere batirse con vos!... Pero si os asesina... habéis hecho con exceso todo cuanto es posible para ello.

—Nosotros nos guardaremos, dijo Colomba.

—Orlanduccio, dijo Orso, me parece un mu-



chacho de corazón y auguro mejor de él, señor prefecto. Ha estado pronto á tirar de su estilete, pero en su lugar quizás yo hubiera obrado del mismo modo; y gracias á que mi hermana tiene el puño fuerte.

—¡No os batiréis! exclamó el prefecto, ¡os lo prohibo!

—Permitidme que os diga, caballero, que en materia de honor no reconozco otra autoridad que la de mi conciencia.

—¡Os digo que no os batiréis!

—Podéis hacerme detener, señor..., es decir, si yo me dejo coger. Pero, si eso ocurriese, no haríais más que diferir una cuestión que ahora es inevitable. Vos sois hombre de honor, señor prefecto, y sabéis muy bien que no se puede obrar de otro modo.

—Si hacéis detener á mi hermano, agregó Colomba, la mitad del pueblo se pondría de su parte y oiríamos un buen tiroteo.

—Os prevengo, señor, dijo Orso, y os suplico no creáis que es una bravata; os prevengo que si el señor Barricini abusa de su autoridad de alcalde para hacerme detener, me defenderé.

—Desde hoy, contestó el prefecto, el señor Barricini queda suspenso en sus funciones... él se justificará, lo espero... Sabed, caballero, que me interesáis. Lo que yo os pido es muy poca cosa: quedad en vuestra casa tranquilo hasta mi regreso de Corte. Sólo estaré ausente tres días. Volveré con el procurador del rey, y desembrollaremos entonces completamente este triste asunto. ¿Me prometéis de absteneros hasta entonces de toda hostilidad?

—No puedo prometerlo, señor, si, como creo, Orlanduccio me pide un encuentro.

—¡Cómo! señor della Rebbia, vos, militar

francés, ¿queréis batiros con un hombre que suponéis falsario?

—Le he pegado, señor.

—Pero si hubierais pegado á un presidiario y os pidiese una reparación, ¿os batiíais con él? ¡Vamos, señor Orso! ¡Pues bien! os pido aún menos; no busquéis á Orlanduccio... Os permito batiros si él os pide una cita.

—Me pedirá una reparación, no tengo la menor duda, pero os prometo no darle más bofetadas para obligarlo á batirse.

—¡Qué país! repetía el prefecto paseándose á grandes pasos. ¡Cuándo querrá Dios que yo vuelva á Francia!

—Señor prefecto, dijo Colomba con su voz más dulce, se hace tarde, ¿nos haríais el honor de almorzar aquí?

El prefecto no pudo contener la risa.

—He estado aquí ya mucho tiempo... ¡Esto parece parcialidad... ¡Y esa maldita piedra!... Es preciso que yo parta... Señorita della Rebbia... ¡cuántas desgracias habéis quizás preparado hoy!

—A lo menos, señor prefecto, haréis á mi hermana la justicia de creer que sus convicciones son profundas; y, estoy ahora seguro de ello, vos mismo las creéis bien establecidas.

—Adiós, caballero, dijo el prefecto haciéndole un signo despedida con la mano. Os prevengo que voy á dar orden al brigadier de gendarmes para que vigilen vuestros pasos.

Cuando hubo salido el prefecto, dijo Colomba:

—Orso, no estáis aquí en el continente. Orlanduccio no entiende nada de vuestros duelos, y por lo demás no es por la muerte que le dé un valiente como debe morir ese miserable.

—Mi buena Colomba, tú eres la mujer fuerte.

Te estoy muy reconocido por haberme salvado de una buena puñalada. Dame tu pequeña mano para besarla. Pero, ves tú, déjame obrar. Hay ciertas cosas que no entiendes. Dame de almorzar; y, en seguida que el prefecto se haya puesto en camino, hazme venir la pequeña Chilina que parece desempeñar á maravilla las comisiones que se le dan. Necesitaré de ella para que lleve una carta.

Mientras que Colomba cuidaba de los preparativos del almuerzo, Orso subió á su cuarto y escribió el siguiente billete:

«Debéis estar deseoso de encontrarme; yo no lo estoy menos. Mañana por la mañana podremos vernos á las seis en el valle de Acqua viva. Soy muy hábil en el manejo de la pistola, y no os propongo este arma. Se dice que tiráis muy bien al fusil; llevemos cada uno un fusil de dos tiros. Yo iré acompañado de un hombre de este pueblo. Si vuestro hermano quiere acompañaros, tomad un segundo testigo y prevenidmelo. Solamente en ese caso tendré yo dos testigos.

Orso-Antonio della Rebbia.»

El prefecto, después de haber estado una hora en casa del segundo alcalde, y de haber entrado algunos minutos en la de los Barricini, partió para Corte escoltado solamente por un gendarme. Un cuarto de hora después llevó Chilina la carta que acabamos de leer y la entregó á Orlanduccio en sus propias manos.

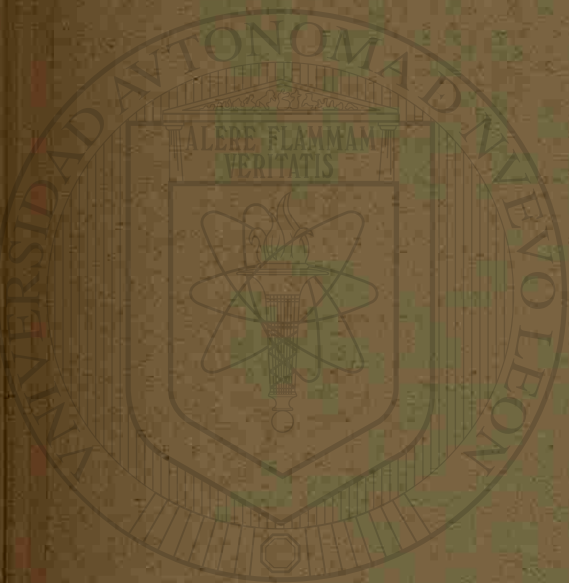
La respuesta se hizo esperar y no llegó hasta la tarde. Estaba firmada por Barricini padre, y anunciaba á Orso que denunciaría al procurador del rey la carta amenazadora dirigida á su hijo. «Con la energía de mi conciencia, agregaba al

terminar, espero que la justicia decida sobre vuestras calumnias».

Sin embargo, cinco ó seis pastores llamados por Colomba llegaron para guarnecer la torre de los della Rebbia. A pesar de las protestas de Orso se practicaron troneras en las ventanas que daban á la plaza, y toda la tarde recibió ofrecimientos de servicio de diferentes personas del pueblo. Hasta llegó una carta del teólogo bandido, que prometía, en su nombre y en el de Brändolaccio, intervenir si el alcalde se hacía acompañar de la gendarmería. Concluía por esta postdata: «¿Osaré preguntaros lo que piensa el señor prefecto de la excelente educación que da mi amigo al perro Brusco? Después de Chilina, no conozco discípulo más dócil y que muestre más felices disposiciones».



UNIVERSIDAD DEL NIVAJÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO ESTEBAN"  
1916 1625 MONTERREY, MEXICO



XVI

El día siguiente transcurrió sin hostilidades. De una y otra parte estaban á la defensiva. Orso no salió de su casa, y la puerta de los Barricini estuvo constantemente cerrada. Se veía á los cinco gendarmes dejados de guarnición en Pietranera pasearse por la plaza y por los alrededores del pueblo, acompañados del guarda rural, único representante de la milicia urbana. El magistrado que reemplazaba al alcalde no abandonaba su banda; pero, salvo las troneras que se veían en las ventanas de las dos casas enemigas, nada indicaba guerra. Sólo un corso hubiera notado que en la plaza, alrededor de la encina, no se veían más que mujeres.

A la hora de la cena, Colomba enseñó á su hermano con aire de alegría la siguiente carta que acababa de recibir de miss Nevil:

«Mi querida señorita Colomba, me entero con mucho placer, por una carta de vuestro hermano, que vuestras enemistades han concluído. Recibid mi enhorabuena. Mi padre no puede ya sufrir

—Mi dulce Colomba, dijo levantándose de la mesa, temo que seas el diablo en persona: pero está tranquila. Si no consigo hacer colgar á los Barricini, hallaré medio de terminar con ellos de otra manera. ¡Bala caliente ó hierro frío! Ya ves que no he olvidado el corso.

—Lo más rápido sería lo mejor, dijo Colomba suspirando. ¿Qué caballo montaréis mañana, Ors' Antón'?

—El negro. ¿Por qué me lo preguntas?

—Para mandar le den cebada.

Habiéndose retirado Orso á su habitación, Colomba mandó á acostar á Saveria y á los pastores, y quedó sola en la cocina donde se preparaba el *bruccio*. De cuando en cuando, escuchaba y parecía esperar con impaciencia á que su hermano se hubiese acostado. Cuando lo creyó dormido, cogió un cuchillo, se aseguró que cortaba bien, se calzó unos gruesos zapatos, y sin hacer el menor ruido entró en el jardín.

El jardín, cercado de paredes, lindaba con un terreno bastante extenso, cercado de vallados, donde se ponían los caballos, porque los caballos corcos no conocen mucho la cuadra. En general, se sueltan en un campo, y con su inteligencia se buscan comida y abrigo contra el frío y la lluvia. Colomba abrió la puerta del jardín con la misma precaución, entró en el cercado, y silbando dulcemente atrajo cerca de ella á los caballos, á los que con frecuencia llevaba pan y sal. En cuanto tuvo á su alcance al caballo negro, lo cogió fuertemente por la crin y le atravesó la oreja con su cuchillo. El caballo dió un bote terrible y huyó dejando oír ese grito agudo que un vivo dolor arranca algunas veces á los animales de su especie. Satisfecha entonces, entraba Colomba en el jardín, cuando Orso abrió la ventana y exclamó: «¿Quién anda ahí?» Al mismo tiem-

po oyó que montaba el gatillo. Afortunadamente para ella, la puerta del jardín estaba en una completa obscuridad, y una gran higuera la cubría en parte. En seguida, por las luces intermitentes que vió brillar en la habitación de su hermano, dedujo que iba á encender su lámpara. Se apresuró á cerrar la puerta del jardín, y deslizándose á lo largo de las paredes, de modo que su traje negro se confundiese con el sombrío follaje de las espalderas, consiguió entrar en la cocina algunos momentos antes que apareciese Orso.

—¿Qué sucede? le preguntó ella.

—Me ha parecido, respondió Orso, que habían abierto la puerta del jardín.

—Imposible. Hubiera ladrado el perro. Sin embargo, vamos á ver.

Orso dió la vuelta al jardín, y después de haberse cerciorado de que la puerta exterior estaba bien cerrada, un poco avergonzado de su falsa alarma, se dispuso á volver á su cuarto.

—Me gusta ver, hermano mío, dijo Colomba, que os hacéis prudente, cosa muy necesaria en la posición en que estáis.

—Tú me formas, respondió Orso. Buenas noches.

Por la mañana, con el alba, se levantó Orso dispuesto á partir. Su traje anunciaba á la vez la pretensión á la elegancia de un hombre que va á presentarse á una mujer á la que quiere agradar, y la prudencia de un corso en venganza.

Por encima de una levita azul muy ajustada al talle, llevaba en bandolera una pequeña lata conteniendo cartuchos, suspendida de un cordón de seda verde; su estilete estaba colocado en un bolsillo del costado, y llevaba á la mano el hermoso fusil Manton cargado con balas. Mientras que á la ligera tomaba una taza de café servido

por Colomba, había salido un pastor á ensillar y embriar el caballo. Orso y su hermana le siguieron de cerca y entraron en el cercado. El pastor se había apoderado del caballo, pero había dejado caer silla y brida, y parecía sobrecogido de horror, mientras que el caballo, que se acordaba de la herida de la noche precedente y temía por su otra oreja, se encabritaba, cozeaba, y relinchaba, haciendo gran ruido.

—¡Vamos, despacha! le gritó Orso.

—¡Ah! ¡Ors' Anton'! ¡ah! ¡Ors' Anton'! exclamó el pastor, ¡sangre de la Madone!, etc.

Eran imprecaciones sin número y sin fin, de las cuales la mayor parte no podrían traducirse.

—¿Qué ha sucedido pues? preguntó Colomba.

Todos se aproximaron al caballo, y, viéndolo ensangrentado, con la oreja atravesada, se dejó oír una exclamación general de sorpresa é indignación.

Precisa saber que mutilar el caballo de su enemigo es, para los corsos, á la vez que una venganza, un desafío y una amenaza de muerte. «Sólo un balazo es capaz de hacer expiar este crimen». Aunque Orso, que había vivido largo tiempo en el continente, sintiese menos que otro la enormidad del ultraje, sin embargo, si en aquel momento algún barricinista se hubiese presentado á él, es probable que le hubiera hecho expiar inmediatamente un insulto que atribuía á sus enemigos.

—¡Los infames cobardes! exclamó; ¡vengarse en un pobre animal, cuando no se atreven á buscarte de frente!

—¿Qué esperamos? repuso Colomba impetuosamente. ¿Vienen á provocarnos, á mutilar nuestros caballos, y no le responderemos? ¿Sois hombres?

—¡Venganza! respondieron los pastores. Pa-



seemos el caballo por el pueblo y demos el asalto á su casa.

—Hay un hórreo cubierto de paja que toca á su torre, dijo el viejo Polo Griffó, y en un decir Jesús yo la haré arder.

Otro propuso ir á buscar las escaleras del campanario de la iglesia; un tercero, forzar las puertas de la casa Barricini por medio de una viga colocada en la plaza y destinada á algún edificio en construcción. En medio de todas estas voces furiosas, se oía la de Colomba anunciando á sus satélites que antes de entrar en acción, cada uno iba á recibir de ella un gran vaso de anísete.

Desgraciadamente, ó, mejor dicho, afortunadamente, el efecto que se había prometido de su crueldad para con el pobre caballo, estaba perdido en gran parte para Orso. El no dudaba que esta mutilación salvaje fuese obra de uno de sus enemigos, y la atribuía principalmente á Orlanduccio; pero no creía que este joven, provocado y golpeado por él, hubiese borrado su vergüenza atravesando la oreja á un caballo. Al contrario, esta baja y ridícula venganza aumentaba su desprecio para sus adversarios, y pensaba ahora como el prefecto, que tales gentes no merecían medirse con él. Tan pronto como pudo hacerse oír, declaró á sus partidarios confundidos que renunciase á sus bélicas intenciones, pues que la justicia, que iba á llegar, vengaría muy bien la oreja de su caballo.

—Yo soy aquí el dueño, agregó con severo tono, y espero que se me obedezca. El primero que se atreva á hablar aún de matar ó quemar, será fácil que lo quemé yo á su vez. ¡Vamos! que me ensillen el caballo gris.

—¡Cómo, Orso! dijo Colomba llevándolo aparte, ¿sufrís que se nos insulte? En vida de nues-

tro padre, nunca hubiesen osado los Barricini mutilar uno de nuestros animales.

—Yo te prometo que tendrán motivo para arrepentirse; pero los gendarmes y los carceleros son los que tienen que castigar á los miserables que sólo tienen valor contra los animales. Ya te lo he dicho, la justicia me vengará de ellos... ó si no... no tendrás necesidad de recordarme de quién soy hijo...

—¡Paciencia! dijo Colomba suspirando.

—Ten muy presente, hermana mía, prosiguió Orso, que si á mi vuelta me entero que se ha hecho alguna demostración contra los Barricini, no te lo perdonaré nunca. Después, con un tono más dulce, agregó: Es muy posible, hasta muy probable, que vuelva con el coronel y su hija; haz de modo que sus habitaciones estén en orden, que el almuerzo sea bueno, en fin, que nuestros huéspedes estén lo menos mal posible. Es muy bueno tener valor, Colomba, pero es mejor aun que una mujer sepa tener una casa. Vaya, abrázame, y sé prudente; he ahí el caballo gris ya ensillado.

—Orso, dijo Colomba, no partiréis solo.

—No necesito á nadie, exclamó Orso, y te respondo que no me dejaré cortar la oreja.

—¡Oh! de ningún modo os dejaré partir solo en tiempo de guerra. ¡Eh! ¡Polo Griffó! ¡Gian' Fancé! ¡Memmo! coged vuestros fusiles; vais á acompañar á mi hermano.

Después de una discusión bastante viva, tuvo que resignarse Orso á hacerse acompañar de una escolta.

Escogió entre sus pastores más belicosos, á los que habían aconsejado la guerra; y después de haber renovado sus mandamientos á su hermana y á los pastores que quedaban, se puso en cami-

no tomando esta vez un rodeo para evitar la casa Barricini.

Ya estaban lejos de Pietranera, y marchaban con gran prisa, cuando al pasar un pequeño arroyo que se perdía en un pantano, el viejo Polo Griffó observó algunos cerdos confortablemente acostados en el cieno, gozando á la vez del sol y de la frescura del agua. En seguida, apuntando al más gordo, le disparó, dándole en la cabeza y dejándolo tendido. Los compañeros del muerto se levantaron y huyeron con una ligereza sorprendente; y aunque el otro pastor hizo fuego á su vez, ganaron sanos y salvos la maleza, donde desaparecieron.

—¡Imbéciles! exclamó Orso; confundís los jabalíes con los cerdos.

—No, Ors' Anton', respondió Polo Griffó; pero esa piara pertenece al abogado, y es para enseñarle á mutilar nuestros caballos.

—¡Cómo, cobardes! repuso Orso transportado de furor; ¡imitáis las infamias de nuestros enemigos! Dejadme, miserables. No os necesito. Sólo sois buenos para batiros contra cerdos. ¡Juro á Dios que si osáis seguirme os rompo la cabeza!

Los dos pastores se entremiraron sobrecogidos; Orso espoleó su caballo y desapareció al galope.

—¡Bien! dijo Polo Griffó, ¡buena la hemos hecho! ¡Amad á las gentes para que os traten así! El coronel, su padre, te quería porque apuntastes una vez al abogado... ¡Gran animal fuisteis por no haber disparado!... Y el hijo... ya ves lo que he hecho por él... Habla de romperme la cabeza como se hace con una calabaza cuando no tiene más vino. He ahí lo que se aprende en el continente, Memmo.

—Sí, y si se sabe que has matado ese cerdo te

harán un proceso, y Ors' Anton' no querrá hablar á los jueces ni pagar al abogado. Afortunadamente nadie te ha visto, y santa Nega está ahí para sacarte del compromiso.

Después de una corta deliberación, los dos pastores convinieron que lo más prudente era echar el cerdo en un barranco; proyecto que pusieron en ejecución, pero después de haber tomado cada uno algunas chuletas de la inocente víctima del odio de los della Rebbia y los Barricini.



## XVII

Desembarazado de su indisciplinada escolta, Orso continuaba su camino, más preocupado con el placer de volver á ver á miss Nevil que del temor de encontrar á sus enemigos. «El pleito que voy á tener con esos miserables Barricini, se decía, va á obligarme á ir á Bastia. ¿Por qué no acompañaré á miss Nevil? ¿Por qué, de Bastia, no iríamos juntos á las aguas de Orezza?» De repente, recuerdos de la infancia le recordaron este pintoresco lugar. Se creyó transportado á un verde prado al pie de castaños seculares. Sobre un césped de una hierba lustrosa, salpicada de flores azules semejantes á ojos que le sonreían, veía á miss Lydia sentada cerca de él. Ella se había quitado su sombrero, y sus rubios cabellos, más finos y suaves que la seda, brillaban como el oro al sol, que penetraba á través del follaje. Sus ojos, de un azul tan puro, le parecían más azules que el firmamento. Con la mejilla apoyada en una mano, escuchaba muy pensativa las palabras de amor que él le dirigía temblando. Tenía puesta la bata de muselina que llevaba el último día que la vió en Ajaccio. Bajo los pliegues de esta bata asomaba un pequeño pie cal-



zado con un zapato de raso negro. Orso se decía que sería muy feliz besando aquel pie; pero una de las manos de miss Lydia no estaba enguantada, y tenía una margarita. Orso le cogía la margarita, y la mano de Lydia apretaba la suya; y él besaba la margarita, y después la mano, y ella no se enfadaba... Y todos estos pensamientos le impedían prestar atención al camino que seguía, y sin embargo trotaba siempre. Iba por segunda vez á besar en su imaginación la blanca mano de miss Nevil, cuando creyó besar en realidad la cabeza de su caballo que se paró de repente. Era que la pequeña Chilina le atajaba el camino y le cogía la brida.

—¿Dónde vais, así, Ors' Anton'? decía. ¿No sabéis que vuestro enemigo está cerca de aquí?

—¡Mi enemigo! exclamó Orso furioso de verse interrumpido en un momento tan interesante. ¿Dónde está?

—Orlanduccio está cerca de aquí. Os espera. Volveos, volveos.

—¡Ah! ¡me espera! ¿Tú lo has visto?

—Sí, Ors' Anton', yo estaba tendida en el hellecho cuando pasó. Miraba á todos lados con su antejo.

—¿De qué lado iba?

—Descendía por allí, en la misma dirección que lleváis.

—Gracias.

—Ors' Anton', ¿no haríais bien esperando á mi tío? No puede tardar y con él estaríais seguro.

—No tengas miedo, Chili, no tengo necesidad de tu tío.

—Si queréis, yo iré delante de vos.

—Gracias, gracias.

Y Orso, impulsando su caballo, se dirigió rápidamente del lado que la niña le había indicado.

Su primer movimiento había sido un ciego transporte de furor, y se dijo que la fortuna le ofrecía una excelente ocasión de corregir á aquel cobarde que mutilaba un caballo para vengarse de una bofetada. Después, siempre avanzando, la especie de promesa que había hecho al prefecto, y sobre todo al temor de faltar á la visita de miss Nevil, cambiaban sus disposiciones y le hacían casi desear no encontrar á Orlanduccio. Pero en seguida el recuerdo de su padre, el insulto hecho á su caballo, y las amenazas de los Barricini encendían su cólera, y le excitaban á buscar á su enemigo para provocarle y obligarle á batirse. Agitado así por resoluciones contrarias, continuaba marchando adelante, pero, ahora, con precaución, examinando los zarzales y los vallados, y hasta deteniéndose á veces para escuchar los vagos ruidos que se oyen en el campo. Diez minutos después de haberse separado de la pequeña Chilina (eran entonces próximamente las nueve de la mañana), se encontró al borde de un ribazo extremadamente pendiente. El camino, ó mejor dicho, el sendero apenas trazado que seguía, atravesaba un bosquecillo recientemente quemado. En aquel lugar la tierra estaba cargada de cenizas blancuzcas, y aquí y allá algunos arbolillos y árboles grandes ennegrecidos por el fuego y enteramente despojados de sus hojas se tenían en pie, aunque habían dejado de vivir. Viendo un monte quemado, se cree uno transportado á un paraje del Norte en medio del invierno, y el contraste de la aridez de los lugares que la llama ha recorrido, con la fecunda vegetación de los alrededores, los hace parecer aún más tristes y desolados. Pero en este paisaje Orso no veía en este momento más que una cosa, importante, es verdad, en su posición: estando la tierra desnuda no podía ocultar una emboscada, y el que puede te-

mer á cada instante ver salir de unas malezas un cañón de fusil dirigido contra su pecho, mira como una especie de oasis un terreno llano, donde nada detiene la vista. Al monte quemado sucedían varios campos de cultivo, cercados, según costumbre del país, de muros de piedras sobrepuestas. El sendero pasaba entre los cercados, donde enormes castaños, plantados confusamente, presentaban de lejos la apariencia de un bosque frondoso.

Obligado por la rapidez de la pendiente á echar pie á tierra, Orso, que había dejado la brida sobre el cuello de su caballo, descendía rápidamente resbalándose sobre la ceniza; y sólo estaba á veinticinco pasos de uno de los cercados de piedra á la derecha del camino, cuando observó, precisamente enfrente de él, primero un cañón de fusil, y después una cabeza asomando por la cresta del muro. El fusil se bajó, y reconoció á Orlanduccio pronto á hacer fuego. Orso fué rápido en ponerse á la defensiva, y los dos, apuntándose, se miraron algunos segundos con esa emoción punzante que el más valiente experimenta en el momento de dar ó recibir la muerte.

—¡Miserable, cobarde! exclamó Orso...

Aún hablaba cuando vió la llama del fusil de Orlanduccio, y casi al mismo tiempo un segundo tiro sonó á su izquierda, del otro lado del sendero, disparado por un hombre que no había percibido, y que le apuntaba, apostado detrás de otro muro. Las dos balas le alcanzaron: una, la de Orlanduccio, le atravesó el brazo izquierdo, que le presentaba al apuntarle; la otra le dió en el pecho, desgarrándole la ropa, pero, encontrando afortunadamente la hoja de su estilete, se aplastó y sólo le produjo una ligera contusión. El brazo izquierdo de Orso cayó inmóvil á lo largo de su muslo, y el cañón de su fusil se bajó



un instante; pero lo levantó en seguida, y, dirigiendo su arma solamente con su mano derecha, hizo fuego sobre Orlanduccio. La cabeza de su enemigo, que sólo descubría hasta los ojos, desapareció detrás del muro. Orso, volviendo á su izquierda, disparó su segundo tiro sobre un hombre rodeado de humo que apenas percibía. A su vez, esta figura desapareció. Los cuatro disparos se habían sucedido con una rapidez increíble, y jamás soldados ejercitados emplearon menos intervalo en un fuego de fila. Después del último disparo de Orso, todo quedó en silencio. El humo salido de su arma subía lentamente hacia el cielo; ningún movimiento detrás del muro, ni el más ligero ruido. Sin el dolor que sentía en el brazo, hubiera podido creer que aquellos hombres sobre los que acababa de disparar eran fantasmas de su imaginación.

Esperando una segunda descarga, Orso dió algunos pasos para colocarse detrás de uno de los árboles quemados que habían quedado de pie en el monte. Detrás de este abrigo, colocó su fusil entre sus rodillas y lo cargó con presteza.

Sin embargo, su brazo le hacía sufrir cruelmente, pareciéndole un enorme peso. ¿Qué había sido de sus adversarios? No podía comprenderlo. Si habían huído, si habían sido heridos, seguramente hubiera oído algún ruido, algún movimiento en el follaje. ¿Estaban quizás muertos, ó mejor, no esperaban, al abrigo de los muros, la ocasión de tirar nuevamente sobre él? En esta incertidumbre, y sintiendo disminuir sus fuerzas, puso en tierra la rodilla derecha, apoyó sobre la otra su brazo herido y se sirvió de una rama que partía del tronco del árbol quemado para sostener su fusil. El dedo en el gatillo, la vista fija en el muro, y el oído atento al menor ruido, quedó inmóvil durante algunos minutos

que le parecieron un siglo. Por fin, muy lejos detrás de él, un grito apagado se dejó oír, y muy pronto un perro, descendiendo el ribazo con la rapidez de una flecha, se detuvo á su lado moviendo la cola. Era Brusco, el discípulo y compañero de los bandidos, anunciando sin duda la llegada de su amo; y jamás hombre honrado fué esperado con más impaciencia. El perro, con el hocico en el aire, vuelto del lado del cercado más próximo, olfateaba con inquietud. De repente dejó oír un sordo gruñido, tranqueó el muro de un salto, y casi en seguida apareció en la alto, desde donde se puso á mirar fijamente á Orso, expresando en sus ojos la sorpresa tan claramente como un perro puede hacerlo; después empezó á olfatear el aire, esta vez en la dirección del otro cercado, cuya pared saltó también. Al cabo de un segundo, reapareció en la cresta, demostrando el mismo aire de admiración y de inquietud; saltó al monte, con el rabo entre las piernas, mirando siempre á Orso y alejándose de él á paso lento, con una marcha de lado, hasta que se encontró á alguna distancia. Entonces, recobrando su carrera, subió el ribazo casi tan pronto como lo había bajado, al encuentro de un hombre que avanzaba rápidamente á pesar de la mucha pendiente.

—¡A mí, Brando! exclamó Orso en cuanto lo creyó al alcance de su voz.

—¡Oh! ¡Ors' Anton'! ¡estáis herido! le preguntó Brandolaccio corriendo todo jadeante. ¿En el cuerpo ó en los miembros?

—En el brazo.

—¡En el brazo! eso no es nada. ¿Y el otro?

—Creo haberle dado.

Brandolaccio, siguiendo á su perro, corrió al cercado más próximo y se inclinó para mirar al otro lado del muro. Allí, quitándose su gorro:

—Salud al señor Orlanduccio, dijo. Después, volviéndose al lado de Orso, le saludó á su vez con aire grave:

—He ahí, dijo, lo que se llama un hombre propiamente acomodado.

—¿Vive aún? preguntó Orso respirando con trabajo.

—¡Oh! se guardaría muy bien; tiene mucha tristeza por la bala que le habéis metido en el ojo. ¡Sangre de la Madona, qué agujero! ¡Buen fusil, á fe mía! ¡Qué calibre! ¡Eso desbarata un cerebro! Escuchad, Ors' Anton', cuando oí al principio ¡pif! ¡pif! me dije: ¡Vive Dios! matan á mi teniente. Después oigo ¡bum! ¡bum! ¡Ah! exclamé, he ahí el fusil inglés que habla: él responde... Pero, Brusco, ¿qué es lo que me quieres?

El perro lo guió al otro cercado.

—¡Perdonad! exclamó Brandolaccio estupefacto. ¡Golpe doble! ¡nada más que eso! ¡Peste! bien se conoce que la pólvora está cara, porque la economizáis.

—¡Qué hay, en nombre de Dios! preguntó Orso.

—¡Vamos! ¡no os hagáis el inocente, mi teniente! echáis la caza por tierra, y queréis que se os la recoja... ¡He ahí uno que va á tener hoy mal postre! el abogado Barricini. ¡Carne de carnicería, si quieres, ahí tienes! ¿Quién diablo heredará ahora?

—¡Pero qué! ¿Vincentello está también muerto?

—Muy muerto. ¡Buena salud para nosotros! Lo que hay de bueno con vos, es que no le hacéis sufrir. Venid á ver á Vincentello: aun está de rodillas, con la cabeza apoyada contra el muro. Parece que está dormido. Sueño de plomo. ¡Pobre diablo!

Orso volvió la cabeza con horror.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Sois como Sampiero Corso, que no dió nunca más que un golpe. ¿Veis, ahí..., en el pecho, á la izquierda? Mirad, como Vincileone fué atrapado en Waterloo. Apostaría á que la bala no está lejos del corazón. ¡Golpe doble! ¡Ah! no me mezclo ya en tirar. ¡Dos en dos tiros!... ¡Con bala!... ¡Los dos hermanos!... Si hubiese tenido un tercer tiro, hubiera matado al papa... Otra vez se hará mejor... ¡Qué golpe, Ors' Anton'! ¡Y decir que no ocurrirá nunca á un valiente como yo, dar golpe doble sobre gendarmes!

Sin dejar de hablar, el bandido examinaba el brazo de Orso y atravesaba la manga con su estilete.

—Esto no es nada, dijo. He ahí una chaqueta que dará trabajo á la señorita Colomba... ¡Eh! ¿qué es lo que veo? ¿ese desgarrón en el pecho?... ¿No ha entrado nada por ahí? No, no estaríais tan gallardo. Veamos, procurad mover los dedos... ¿Sentís mis dientes cuando os muerdo el dedo pequeño? ¿No mucho?... Es igual, eso no será nada. Dejadme coger vuestro pañuelo y vuestra corbata... Vuestra chaqueta está perdida... ¿Por qué diablo os la hacéis tan buena? ¿Ibais á la boda?... Vaya, bebed una gota de vino... ¿Por qué no traéis la calabaza? Un corso no debe salir nunca sin ella.

Después, á mitad de la cura, se interrumpía para exclamar:

—¡Golpe doble! ¡los dos muertos rígidos! El cura es el que va á reir... ¡golpe doble! ¡Ah! he ahí al fin la pequeña tortuga Chilina.

Orso no respondía. Estaba pálido como un cadáver, y temblaban todos sus miembros.

—Chili, exclamó Brandolaccio, ve á mirar detrás de ese muro. ¿Eh?

La niña, ayudándose con los pies y las manos, trepó por la pared, y en cuanto percibió el cadáver de Orlanduccio, hizo el signo de la cruz.

—Eso no es nada, continuó el bandido; ves á ver más lejos, allá abajo.

La niña hizo un nuevo signo de cruz.

—¿Fuisteis vos, tío mío? preguntó tímidamente.

—¡Yo! ¿no ves que soy un viejo que no sirve para nada? Chili, es obra del señor. Hazle tus cumplidos.

—La señorita se alegrará mucho, dijo Chilina, pero al mismo tiempo se disgustará al saber que estáis herido, Ors' Anton'.

—Vamos, Ors' Anton', dijo el bandido después de haber terminado la cura, Chilina ha atrapado vuestro caballo. Montad y venid conmigo al monte de la Stazzona. Ya sabéis á quién encontraréis allí. Os trataremos como mejor podamos. Cuando estemos en la cruz de Santa Cristina, será necesario echar pie á tierra. Daréis vuestro caballo á Chilina, que irá á prevenir á la señorita, y al mismo tiempo la encargaréis de vuestras comisiones. Podéis confiar todo á la pequeña, Ors' Anton': se dejaría descuartizar antes que traicionar á sus amigos. Y con un tono de ternura, decía: ¡Vaya!, ¡picara, excomulgada seas, maldita seas, bribona! Brandolaccio, supersticioso como muchos bandidos, temía fascinar á los niños dirigiéndoles bendiciones ó elogios, porque se sabe que las misteriosas potencias que presiden el *Annocchiatúra* tienen la mala costumbre de ejecutar lo contrario de nuestros deseos.

—¿Dónde quieres tú que yo vaya, Brando? dijo Orso con voz apagada.

—¡Voto á!... tenéis donde escoger: á la cárcel ó al monte. Pero un della Rebbia no conoce el

camino de la prisión. ¡Al monte, Ors' Anton'!

—¡Adiós, pues, todas mis esperanzas! exclamó dolorosamente el herido.

—¿Vuestras esperanzas? ¡Diantre! ¿esperabais hacer más con un fusil de dos tiros?... ¡Ah! ¿cómo diablo os han tocado? Es preciso que esos buenos mozos tuvieran la vida más dura que los gatos.

—Ellos tiraron primero, dijo Orso.

—Es verdad, olvidaba... ¡Pif! ¡pif! ¡bum! ¡bum!... ¡doble golpe con una mano!... ¡Si hay quien lo haga mejor, me dejo colgar! Vamos, ya estáis montado... Antes de partir, fijaos un poco en vuestra obra. No está bien abandonar así la compañía sin decirle adiós.

Orso espoleó á su caballo; por nada del mundo hubiese querido ver á los desgraciados á quienes acababa de dar la muerte.

—Mirad, Ors' Anton', dijo el bandido apoderándose de la brida del caballo, ¿queréis que os hable con franqueza? Pues bien, sin ofenderos, esos dos pobres jóvenes me causan pena. Os ruego me perdonéis... ¡Tan hermosos... tan fuertes... tan jóvenes!... Orlanduccio, con el que tantas veces he cazado... Me dió, hace cuatro días, un paquete de cigarros... ¡Vincentello, que estaba siempre de tan buen humor!... Es verdad que habéis hecho lo que debíais hacer... y además, el golpe ha sido muy bueno para que se sienta... Pero yo, no creía en vuestra venganza... Sé que tenéis razón; cuando se tiene un enemigo, hay que deshacerse de él. Pero los Barricini, era una antigua familia...

Haciendo así la oración fúnebre de los Barricini, Brandolaccio conducía con presteza á Orso, Chilina y el perro Brusco hacia el monte de la Stazzona.



## XVIII

Entretanto, Colomba, poco después de la salida de Orso, supo por sus espías que los Barricini estaban en el campo, y, desde aquel momento, fué presa de una viva inquietud. Se la veía recorrer la casa en todos sentidos, yendo de la cocina á las habitaciones preparadas para sus huéspedes, no haciendo nada y siempre ocupada, deteniéndose sin cesar para ver si distinguía en el pueblo algún movimiento inusitado. Hacia las once, una cabalgata bastante numerosa entró en Pietranera; eran el coronel, su hija, sus criados y el guía. Al recibirlas, la primera palabra de Colomba, fué: «¿Habéis visto á mi hermano?» Después preguntó al guía qué camino habían tomado y á qué hora habían salido; y, por sus respuestas, no podía comprender cómo no se habían encontrado.

—Quizás vuestro hermano tomara por lo alto, dijo el guía; nosotros hemos venido por abajo.

Pero Colomba movía la cabeza y renovaba sus preguntas. A pesar de su natural firmeza, aumentada aún por el orgullo de ocultar toda debilidad á los extranjeros, le era imposible disimular sus inquietudes, y muy pronto hizo que las compartieran el coronel, y sobre todo miss Lydia, cuando los puso al corriente de la tentativa de

camino de la prisión. ¡Al monte, Ors' Anton'!

—¡Adiós, pues, todas mis esperanzas! exclamó dolorosamente el herido.

—¿Vuestras esperanzas? ¡Diantre! ¿esperabais hacer más con un fusil de dos tiros?... ¡Ah! ¿cómo diablo os han tocado? Es preciso que esos buenos mozos tuvieran la vida más dura que los gatos.

—Ellos tiraron primero, dijo Orso.

—Es verdad, olvidaba... ¡Pif! ¡pif! ¡bum! ¡bum!... ¡doble golpe con una mano!... ¡Si hay quien lo haga mejor, me dejo colgar! Vamos, ya estáis montado... Antes de partir, fijaos un poco en vuestra obra. No está bien abandonar así la compañía sin decirle adiós.

Orso espoleó á su caballo; por nada del mundo hubiese querido ver á los desgraciados á quienes acababa de dar la muerte.

—Mirad, Ors' Anton', dijo el bandido apoderándose de la brida del caballo, ¿queréis que os hable con franqueza? Pues bien, sin ofenderos, esos dos pobres jóvenes me causan pena. Os ruego me perdonéis... ¡Tan hermosos... tan fuertes... tan jóvenes!... Orlanduccio, con el que tantas veces he cazado... Me dió, hace cuatro días, un paquete de cigarros... ¡Vincentello, que estaba siempre de tan buen humor!... Es verdad que habéis hecho lo que debíais hacer... y además, el golpe ha sido muy bueno para que se sienta... Pero yo, no creía en vuestra venganza... Sé que tenéis razón; cuando se tiene un enemigo, hay que deshacerse de él. Pero los Barricini, era una antigua familia...

Haciendo así la oración fúnebre de los Barricini, Brandolaccio conducía con presteza á Orso, Chilina y el perro Brusco hacia el monte de la Stazzona.



## XVIII

Entretanto, Colomba, poco después de la salida de Orso, supo por sus espías que los Barricini estaban en el campo, y, desde aquel momento, fué presa de una viva inquietud. Se la veía recorrer la casa en todos sentidos, yendo de la cocina á las habitaciones preparadas para sus huéspedes, no haciendo nada y siempre ocupada, deteniéndose sin cesar para ver si distinguía en el pueblo algún movimiento inusitado. Hacia las once, una cabalgata bastante numerosa entró en Pietranera; eran el coronel, su hija, sus criados y el guía. Al recibirlas, la primera palabra de Colomba, fué: «¿Habéis visto á mi hermano?» Después preguntó al guía qué camino habían tomado y á qué hora habían salido; y, por sus respuestas, no podía comprender cómo no se habían encontrado.

—Quizás vuestro hermano tomara por lo alto, dijo el guía; nosotros hemos venido por abajo.

Pero Colomba movía la cabeza y renovaba sus preguntas. A pesar de su natural firmeza, aumentada aún por el orgullo de ocultar toda debilidad á los extranjeros, le era imposible disimular sus inquietudes, y muy pronto hizo que las compartieran el coronel, y sobre todo miss Lydia, cuando los puso al corriente de la tentativa de

reconciliación que había tenido tan desgraciado resultado.

Miss Nevil se agitaba, quería que se enviasen mensajeros en todas direcciones, y su padre ofrecía montar á caballo é ir con el guía en busca de Orso. Los temores de sus huéspedes recordaron á Colomba sus deberes de ama de casa. Se esforzó por sonreír, instó al coronel para que se pusiera á la mesa, y halló para explicar la tardanza de su hermano veinte motivos plausibles que al cabo de un instante ella misma destruía. Creyendo que su deber de hombre era procurar tranquilizar á las mujeres, el coronel dió esta explicación:

—Apuesto, dijo, á que della Rebbia habrá encontrado caza; no ha podido resistir la tentación, y vamos á verlo venir con el morral lleno. ¡Voto á...! agregó, nosotros hemos oído por el camino cuatro tiros. Dos eran más fuertes que los otros, y dije á mi hija: Apuesto á que es della Rebbia que caza. Sólo mi fusil puede hacer tanto ruido.

Colomba palideció, y Lydia, que la observaba con atención, adivinó fácilmente las sospechas que la conjetura del coronel acababa de sugerirle. Después de un silencio de algunos minutos, preguntó vivamente Colomba si las dos fuertes detonaciones habían precedido ó seguido á las otras. Pero ni el coronel, ni su hija, ni el guía, habían prestado atención á este punto capital.

A eso de la una, no habiendo regresado ninguno de los mensajeros enviados por Colomba, reunió todo su valor y obligó á sus huéspedes á sentarse á la mesa; pero, salvo el coronel, nadie pudo comer. Al menor ruido que se sentía en la plaza, corría Colomba á la ventana, volviendo á sentarse más tristemente, y más tristemente aún, se esforzaba en continuar con sus amigos una conversación insignificante á la cual nadie pres-

taba la menor atención, y que era interrumpida por largos intervalos de silencio.

De repente se oyó el galope de un caballo.

—¡ Ah! esta vez es mi hermano, dijo Colomba levantándose.

Pero á la vista de Chilina montada á horcajadas en el caballo de Orso:

—¡ Mi hermano está muerto! gritó con desgarradora voz.

El coronel dejó caer su vaso, miss Nevil dió un grito, y todos corrieron á la puerta de la casa. Antes que Chilina pudiese saltar de su montura, fué levantada como una pluma por Colomba que la apretaba hasta ahogarla. La niña comprendió su terrible mirada, y su primera palabra fué la del coro de Othello: «¡ Vive!» Colomba cesó de apretarla, y Chilina cayó á tierra con la misma destreza que una gatita.

—¿ Y los otros? preguntó Colomba con voz ronca.

Chilina hizo el signo de la cruz con el índice y el dedo de enmedio. En seguida un vivo rubor reemplazó en el rostro de Colomba á la mortal palidez que lo cubría. Dirigió una ardiente mirada á la casa de los Barricini, y dijo sonriente á sus huéspedes:

—Entremos á tomar el café.

El iris de los bandidos tenía mucho que contar. Su relación, traducida por Colomba en italiano, y después en inglés por miss Nevil, arrancó más de una imprecación al coronel, y más de un suspiro á miss Lydia; pero Colomba escuchaba con aire impasible; únicamente torcía su servilleta adamascada, hasta romperla. Interrumpió á la niña cinco ó seis veces para hacerse repetir que Brandolaccio decía que la herida no era peligrosa y que había visto á muchos curarse. Al terminar, Chilina refirió que Orso pedía con insistencia



papel para escribir, y que encargaba á su hermana suplicase á una dama, que quizás se encontraría en su casa, no partiese sin haber recibido una carta suya.

—Esto es lo que más le atormentaba, agregó la niña; y yo venía ya de camino cuando me llamó de nuevo para recomendarme esta comisión. Por tres veces me la repitió. Al oír esta orden expresa de su hermano, Colomba sonrió ligeramente y estrechó fuertemente la mano de la inglesa, que se deshizo en lágrimas y no juzgó á propósito traducir á su padre esta parte de la narración.

—Sí, os quedaréis conmigo, mi querida amiga, exclamó Colomba abrazando á miss Nevil, y nos ayudaréis.

Después, sacando de un armario alguna ropa blanca ya usada, se puso á cortarla para hacer vendas é hilas. Viendo sus ojos brillantes, su rostro animado, y esta alternativa de preocupación y de sangre fría, hubiera sido difícil decir si estaba más conmovida por la herida de su hermano, que encantada de la muerte de sus enemigos. Tan pronto vertía café al coronel y le alababa su talento en prepararlo; tan pronto, distribuyendo trabajo á miss Nevil y á Chilina, las exhortaba á coser las vendas y á enrollarlas; preguntaba por la duodécima vez si la herida de Orso le hacía sufrir mucho. Continuamente se interrumpía en medio de su trabajo para decir al coronel:

—¡Dos hombres tan hábiles! ¡tan terribles!... El sólo, herido, no teniendo más que un brazo... y los ha derribado á los dos. ¡Qué valor, coronel! ¿No es un héroe? ¡Ah! miss Nevil, ¡qué felicidad vivir en un país tranquilo como el vuestro!... ¡Estoy segura que aun no conocíais á mi hermano!... Yo lo había dicho: ¡el gavilán despla-

gará sus alas!... Os engañábais al juzgarlo por su aire tan dulce... Esto sólo sucedía á vuestro lado, miss Nevil... ¡Ah! si os viese trabajar para él... ¡Pobre Orso!

Miss Lydia no trabajaba mucho y no pronunciaba ni una palabra. Su padre preguntaba por qué no se apresuraban á querellarse ante un magistrado. Hablaba de la sumaria del coronel y de otras muchas cosas igualmente desconocidas en Córcega. Por último quería saber si la casa de campo del buen señor Brandolaccio, que había socorrido al herido, estaba muy lejos de Pietranera, y si él mismo podría ir á ver á su amigo.

Y Colomba respondía con su calma habitual que Orso estaba en el monte; que tenía un bandido para cuidarlo; que corría gran peligro si se dejaba ver antes que se estuviese seguro de las disposiciones del prefecto y de los jueces; en fin, que ella haría de modo que un hábil cirujano se trasladase en secreto á su lado.

—Sobre todo, señor coronel, acordaos bien, decía, que habéis oído los cuatro tiros, y que me habéis dicho que Orso había tirado los dos últimos.

El coronel no comprendía nada del asunto, y su hija no hacía más que suspirar y enjugarse las lágrimas.

El día estaba ya muy avanzado, cuando una triste procesión entró en el pueblo. Se traía al abogado Barricini, los cadáveres de sus hijos, cada uno atravesado sobre una mula que conducía un labrador. Una multitud de clientes y de vagos seguía el lúgubre cortejo. Formando parte de él iban los gendarmes, que siempre llegan muy tarde, y el sustituto del alcalde, que levantaba los brazos al cielo, repitiendo sin cesar: «¡Qué dirá el señor prefecto!» Algunas mujeres,

entre ellas una nodriza de Orlanduccio, se arrancaban los cabellos y lanzaban gritos salvajes. Pero su ruidoso dolor producía menos impresión que la muda desesperación de un personaje que atraía todas las miradas. Era el desgraciado padre, que, yendo de un cadáver á otro, levantaba sus cabezas sucias de tierra, besaba sus labios cárdenos y sostenía sus miembros ya rígidos, como para evitarles las sacudidas del camino. A veces se le veía abrir la boca para hablar, pero no salía ni un grito, ni una palabra. Siempre con los ojos fijos en los cadáveres, se tropezaba con las piedras, con los árboles, con todos los obstáculos que encontraba.

Las lamentaciones de las mujeres y las imprecaciones de los hombres redoblaron cuando divisaron la casa de Orso. Habiendo osado algunos pastores rebbianistas lanzar una aclamación de triunfo, la indignación de sus adversarios no pudo contenerse.

—«¡Venganza! ¡venganza!» gritaron algunas voces.

Lanzaron piedras, y dos disparos de fusil dirigidos contra las ventanas de la sala donde se encontraban Colomba y sus huéspedes atravesaron las contraventanas é hicieron volar astillas de madera hasta sobre la mesa cerca de la cual estaban sentadas las dos mujeres.

Miss Lydia lanzó gritos espantosos, el coronel cogió un fusil, y Colomba, antes que él pudiese retenerla, se lanzó hacia la puerta de la casa y la abrió con impetuosidad. Allí, de pie sobre el umbral, con las dos manos extendidas para maldecir á sus enemigos:

—¡Cobardes! gritó, ¡tiráis sobre mujeres, sobre extranjeros! ¿Sois corsos? ¿sois hombres? ¡Miserables que sólo sabéis asesinar por detrás, avanzad! os desafío. Estoy sola; mi hermano

está lejos. Matadme, matad á mis huéspedes; eso es digno de vosotros... ¡No os atrevéis porque sois cobardes! sabéis que nosotros nos vengamos. ¡Id, id á llorar como mujeres, y dadnos gracias porque no os pedimos más sangre!

Había en la voz y en la actitud de Colomba algo de imponente y de terrible; á su vista, la multitud retrocedió espantada, como á la aparición de esas hadas malélicas de las que se cuentan en Córcega más de una espantosa historia en las veladas del invierno. El que había quedado de alcalde, los gendarmes y un cierto número de mujeres aprovecharon este movimiento para ponerse entre los dos partidos; porque los pastores rebbianistas preparaban ya sus armas, y por un momento se creyó que se iba á empeñar una lucha general en la plaza. Pero las dos facciones estaban privadas de sus jefes, y los corsos, disciplinados en sus furoros, vienen raramente á las manos en ausencia de los principales autores de sus guerras intestinas. Por otra parte, Colomba, hecha prudente por el triunfo, contuvo á su pequeña guarnición:

—Dejad llorar á esas pobres gentes, decía; dejad á ese anciano llevar su carne. ¿Para qué matar á ese zorro viejo que no tiene ya dientes para morder?—¡Giudice Barricini! ¡acuérdate del dos de Agosto! ¡Acuérdate de la ensangrentada cartera donde escribiste con tu mano de falsario! Mi padre escribió en ella tu deuda; tus hijos la han pagado. ¡Yo te doy el finiquito, viejo Barricini!

Colomba, con los brazos cruzados, y la sonrisa del desprecio en los labios, vió llevar los cadáveres á la casa de sus enemigos, y disiparse la multitud lentamente. Cerró su puerta, y entrando en el comedor, dijo al coronel:

—Os pido perdón para mis compatriotas, ca-

ballero. Nunca hubiera creído que los corsos tirasen sobre una casa donde hay extranjeros, y estoy avergonzada de mi país.

Por la noche, habiéndose retirado miss Lydia á su habitación, la siguió su padre y le preguntó si no haría bien en salir al día siguiente de un pueblo donde se estaba expuesto á recibir una bala en la cabeza, y lo antes posible de un país donde no se veía más que crímenes y traiciones.

Miss Nevil estuvo algún tiempo sin responder, y era evidente que la proposición de su padre le causaba gran embarazo. Por fin dijo:

—¿Cómo podríamos abandonar á esta desgraciada joven en los momentos que tan necesitada está de consuelo? ¿No os parece, padre mío, que eso sería cruel para nosotros?

—Yo lo decía por tí, hija mía, contestó el coronel; y si te creyese segura en el hotel de Ajaccio, te confieso que me disgustaría abandonar esta maldita isla sin haber estrechado la mano á ese valiente della Rebbia.

—¡Pues bien! padre mío, esperemos aún, y, antes de partir, tengamos al menos la seguridad de que no podemos prestarle ningún servicio.

—Buen corazón, dijo el coronel besando á su hija en la frente. Me gusta verte así sacrificarte por dulcificar la desgracia de los demás. Quedémosnos; uno no se arrepiente nunca de haber hecho una buena acción.

Miss Lydia se agitaba en su lecho sin poder dormir. Tan pronto los vagos ruidos que oía le parecían los preparativos de un ataque contra la casa; otras veces, asegurada por sí misma, pensaba en el pobre herido, extendido probablemente á aquella hora sobre la fría tierra, sin otros socorros que los que podía esperar de la caridad de un bandido. Se lo representaba cubierto de sangre, luchando con sufrimientos terribles; y

lo que hay de singular, es que siempre que la imagen de Orso se presentaba á su espíritu, le aparecía tal como lo había visto en el momento de su partida, apretando sobre sus labios el talismán que ella le había dado... Después pensaba en su valor. Ella se decía que el peligro terrible de que acababa de escapar, había sido por su causa; por verla un poco antes, se había expuesto. Poco faltó para que se persuadiera de que por defenderla se había dejado Orso romper el brazo. Se reprochaba su herida, pero le admiraba más; y si el famoso doble golpe no tenía á sus ojos tanto mérito como á los de Brandolaccio y Colomba, encontraba sin embargo que pocos héroes de novela hubieran demostrado tanta intrepidez, tanta sangre fría en un tan gran peligro.

La habitación que ocupaba era la de Colomba.

Por encima de una especie de reclinatorio de roble, al lado de una palma bendita, estaba colgado de la pared un retrato en miniatura de Orso con el uniforme de alférez. Miss Nevil lo descolgó, lo observó largo tiempo, y lo puso cerca de su cama, en lugar de colgarlo donde estaba. No pudo dormirse hasta que apuntó el día, y el sol estaba ya muy elevado sobre el horizonte cuando despertó. Delante de su cama vió á Colomba, que esperaba inmóvil el momento en que abriese los ojos.

—¿Qué tal, señorita? ¿no estáis muy mal en nuestra pobre casa? le preguntó Colomba. Temo que hayáis dormido poco.

—¿Tenéis noticias de él, mi querida amiga? preguntó á su vez miss Nevil incorporándose.

Reparó en el retrato de Orso, y se apresuró á poner un pañuelo para ocultarlo.

—Sí, tengo noticias tuyas, dijo Colomba sonriendo. Y, cogiendo el retrato:

—¿Le encontráis parecido? El es mejor que está ahí.

—¡Dios mío!... dijo miss Nevil toda avergonzada, he descolgado... por distracción... ese retrato... Tengo el defecto de tocarlo todo... y de no arreglar nada... ¿Cómo está vuestro hermano?

—Bastante bien. Giocanto ha venido esta mañana antes de las cuatro. Me traía una carta... para vos, miss Lydia; Orso no me ha escrito á mí. Ha puesto en el sobre: A Colomba; pero más abajo: Para miss N... Las hermanas no somos celosas. Giocanto dice que ha sufrido mucho al escribir. Giocanto, que tiene una pluma soberbia, le ofreció escribir lo que le dictara. No quiso. Escribía con un lápiz, acostado de espalda. Brandolaccio aguantaba el papel. A cada instante mi hermano quería levantarse, y entonces, al menor movimiento, sentía en el brazo dolores atroces. Inspiraba piedad, dice Giocanto. He aquí su carta.

Miss Nevil la leyó, y estaba escrita en inglés, sin duda por exceso de precaución. Estaba concebida en los siguientes términos:

«Señorita:

»Una desgraciada fatalidad me ha impulsado; ignoro lo que dirán mis enemigos, y qué calumnias inventarán. Poco me importa, si vos, señorita, no le dais crédito. Desde que os vi, me mecí en sueños insensatos. Ha sido preciso ocurriese esta catástrofe para hacerme ver mi locura; ahora soy razonable. Sé cuál es el porvenir que me espera, y me encontrará resignado. Este anillo que me habéis dado y que yo creía un talismán de felicidad, no debo conservarlo. Temo, miss Nevil, que sintáis haber colocado tan mal vuestros dones; ó mejor dicho, temo que él me recuerde el tiempo en que estaba loco. Colomba

os lo entregará... Adiós, señorita, vais á abandonar la Córcega, y no os veré más; pero decid á mi hermana que aun tengo vuestra estima, que, lo digo con seguridad, la merezco siempre.

O. D. R.»

Miss Lydia se había vuelto para leer esta carta, y Colomba, que la observaba atentamente, le entregó el anillo egipcio preguntándole con la mirada lo que aquello significaba. Pero miss Lydia no osaba levantar la cabeza, y consideraba tristemente el anillo, que ponía en su dedo y retiraba alternativamente.

—Querida miss Nevil, dijo Colomba, ¿no puedo saber lo que os dice mi hermano? ¿Os habla de su estado?

—Pero... dijo miss Lydia enrojeciendo, no habla de eso... Su carta está en inglés... Me encarga diga á mi padre... Espera que el prefecto podrá arreglar...

Colomba, sonriendo con malicia, se sentó sobre la cama, cogió las dos manos de miss Nevil, y mirándola con sus ojos penetrantes:

—¿Seréis buena? le dijo. ¿No es verdad que responderéis á mi hermano? ¡Le haréis tanto bien! Por un momento pensé despertaros cuando llegó su carta, pero luego no me atreví.

—Habéis hecho muy mal, contestó miss Nevil, si una palabra mía pudiese...

—Ahora no puedo mandarle cartas. Ha llegado el prefecto, y Prietranera está llena de sus secuaces. Veremos más tarde. ¡Ah! si conocieseis á mi hermano, miss Nevil, lo querríais como yo lo quiero... ¡Es tan bueno! ¡tan valiente! ¡pensad pues en lo que ha hecho! ¡Sólo contra dos y herido!

El prefecto había regresado. Instruido por un expreso del suplente alcalde, había venido acom-

pañado de gendarmes y tiradores, del procurador del rey, del escribano y demás, para instruir sobre la nueva y terrible catástrofe que complicaba, ó si se quiere, que terminaba las enemistades de las familias de Pietranera.

Poco después de su llegada, vió al coronel Nevil y á su hija, y no les ocultó que temía que el asunto tomase mal aspecto.

—Sabéis, dijo, que el combate no ha tenido testigos; y la reputación de destreza y valor de esos dos desgraciados jóvenes estaba tan bien establecida, que todo el mundo resiste á creer que el señor della Rebbia haya podido matarlos sin la ayuda de los bandidos con quienes según se dice se encuentra refugiado.

—Eso es imposible, exclamó el coronel; Orso della Rebbia es un joven de honor; respondo de él.

—Lo creo, dijo el prefecto, pero el procurador del rey (esos señores sospechan siempre) no me parece muy favorablemente dispuesto. Tiene en su poder una pieza peligrosa para vuestro amigo. Es una carta amenazadora dirigida á Orlanduccio, en la cual le da una cita... y esa cita le parece una emboscada.

—Ese Orlanduccio, dijo el coronel, rehusó batirse como un hombre de honor.

—Aquí no es costumbre. Se embosca uno, y se mata por detrás, esta es la forma que usan. Hay una declaración que le favorece mucho; la de una niña que afirma haber oído cuatro detonaciones, cuyas dos últimas, más ruidosas que las otras, provenían de un arma de grueso calibre como el fusil del señor della Rebbia. Desgraciadamente esta niña es sobrina de uno de los bandidos que se supone cómplice, y tiene la lección aprendida:

—Caballero, interrumpió miss Lydia, enroje-

ciendo hasta el blanco de los ojos, nosotros veníamos de camino cuando fueron disparados los tiros, y hemos oído lo mismo.

—¿De veras? Eso es muy importante. ¿Y vos, coronel, habéis notado lo mismo?

—Sí, repuso vivamente miss Nevil; mi padre, que tiene el hábito de las armas, dijo: «Ese es el señor della Rebbia que tira con mi fusil».

—Y esos tiros que habéis reconocido, ¿fueron efectivamente los últimos?

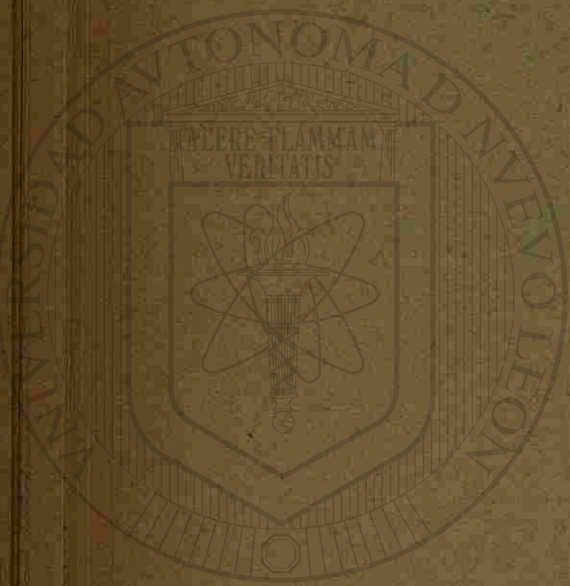
—Los dos últimos, ¿no es verdad, padre mío?

El coronel no tenía buena memoria; pero no acostumbraba nunca á contradecir á su hija.

—Es necesario hablar de eso inmediatamente al procurador del rey, coronel. Por lo demás, esperamos esta tarde á un cirujano que examinará los cadáveres y comprobará si las heridas han sido hechas con el arma en cuestión.

—Yo soy quien lo dió á Orso, dijo el coronel, y quisiera haberlo tirado mejor al fondo del mar... Es decir... ¡el valiente joven! estoy contento de que lo tuviera, porque, sin mi Manton, no sé cómo hubiera podido escapar.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



## XIX

El cirujano llegó un poco tarde. Le había ocurrido una aventura en el camino. Encontrado por Giacinto Castriconi, había sido requerido con la mayor cortesía para prestar sus cuidados á un hombre herido. Se le había conducido cerca de Orso, y había puesto el primer aparato en su herida. En seguida el bandido lo había llevado muy lejos, y lo había preparado mucho hablándole de los más afamados profesores de Pisa, que, decía, eran sus íntimos amigos.

—Doctor, dijo el teólogo al separarse, me habéis inspirado mucha estima para que crea necesario recordaros que un médico debe ser tan discreto como un confesor. Y hacía sonar el gatillo de su fusil. Debéis olvidar el sitio donde hemos tenido el honor de vernos... Adiós, muy encantado de haberos conocido.

Colomba suplicó al coronel asistiese á la autopsia de los cadáveres.

—Vos conocéis mejor que nadie el fusil de mi hermano, le dijo, y vuestra presencia será muy

útil. Además, hay aquí tanta mala gente, que correríamos grandes peligros si nouviésemos á nadie que nos defendiese.

Habiendo quedado sola con miss Lydia, se quejó de un fuerte dolor de cabeza, y le propuso dar un paseo á algunos pasos del pueblo.

—El aire libre me hará bien, decía. ¡Hace tanto tiempo que no lo respiro! Andando, le hablaba de su hermano; y miss Lydia, muy interesada en ello, no notaba de que se alejaba mucho de Pietranera.

El sol se ponía cuando se dió cuenta, é invitó á Colomba á regresar. Esta, conócia, según dijo, un camino que abreviaba mucho el regreso, y, abandonando el sendero que seguía, tomó otro en apariencia mucho menos frecuentado. A poco empezó á trepar por un ribazo tan escarpado, que se veía obligada continuamente para sostenerse á agarrarse con una mano á las ramas de los árboles, mientras que con la otra tiraba de su compañera. Al cabo de un cuarto de hora largo de esta penosa ascensión, se encontraron en una meseta cubierta de mitros y madroños, en medio de grandes masas de granito que horadaban el suelo por todos lados. Miss Lydia estaba muy fatigada, no se veía el pueblo, y era casi de noche.

—¿Sabéis, mi querida Colomba, dijo, que temo nos hayamos extraviado?

—No tengáis miedo, respondió Colomba. Continuemos marchando, seguidme.

—Pero os aseguro que os engaños; el pueblo no puede estar de ese lado. Apostaría á que le volvemos la espalda. Ved, esas luces que divisamos tan lejos, ciertamente son de Pietranera.

—Mi querida amiga, dijo Colomba con aire agitado, tenéis razón; pero á doscientos pasos de aquí... en este monte...

—¿Y bien?

—Está mi hermano; yo podría verlo y abrazarlo si queréis.

Miss Nevil hizo un movimiento de sorpresa.

—He salido de Pietranera, prosiguió Colomba, sin ser notada, porque venía con vos... de otro modo me hubieran seguido... ¡Estar tan cerca de él y no verlo!... ¿Por qué no venís conmigo á ver á mi pobre hermano? ¡Le causaríais tanto placer!

—Pero, Colomba... eso no sería conveniente por mi parte.

—Comprendo. Vosotros, las señoras de las ciudades, os cuidáis siempre de lo que es conveniente; nuestras mujeres de pueblo, sólo pensamos en lo que está bien.

—¡Pero es tan tarde!... Y vuestro hermano, ¿qué pensará de mí?

—Pensará que no está abandonado por sus amigos, y eso le dará ánimo para sufrir.

—Y mi padre, estará tan inquieto...

—Sabe que estáis conmigo... ¡En fin! decid... Vos mirabais esta mañana su retrato, agregó con una maliciosa sonrisa.

—No en verdad, Colomba, no me atrevo... esos bandidos que están con él...

—¡Y qué! esos bandidos no os conocen, ¿qué importa? ¡Vos deseáis verlo!...

—¡Dios mío!

—Veamos, señorita, tomad un partido. Dejaros sola aquí, es imposible; no se sabe lo que podría suceder. Vamos á ver á Orso, ó bien, volvamos juntas al pueblo... Yo veré á mi hermano... Dios sabe cuando... quizás nunca...

—¿Qué decís, Colomba?... ¡Pues bien! ¡vamos! pero sólo por un minuto, y nos volveremos en seguida.

Colomba le estrechó la mano, y, sin respon-

der, se puso á marchar con tal rapidez, que á miss Lydia le costaba trabajo seguirla.

—Felizmente Colomba se detuvo muy pronto diciendo á su compañera:

—No avancemos más antes de haberlos prevenido; podríamos quizás atrapar un tiro.

Se puso los dedos en la boca y silbó; poco después se oyó ladrar un perro, y el centinela avanzado de los bandidos no tardó en aparecer. Era nuestro antiguo conocido, el perro Brusco, que reconoció en seguida á Colomba y se encargó de servirle de guía. Después de muchos rodeos por los estrechos senderos del monte, dos hombres armados hasta los dientes les salieron al encuentro.

—¿Sois vos, Brandolaccio? preguntó Colomba. ¿Dónde está mi hermano?

—¡Allá abajo! respondió el bandido. Pero avanzad dulcemente: duerme, y es la primera vez que lo hace desde su accidente. ¡Vive Dios! bien se ve que por donde pasa el diablo, pasa bien una mujer.

Las dos se aproximaron con precaución, y cerca de un fuego, del que prudentemente se habla ocultado el resplandor construyendo alrededor un pequeño muro de piedras superpuestas, divisaron á Orso acostado en un montón de helecho y cubierto con una manta. Estaba muy pálido, y se oía su respiración oprimida. Colomba se sentó á su lado y lo contempló en silencio con las manos juntas, como si orase mentalmente. Miss Lydia, cubriéndose el rostro con su pañuelo, se sentó junto á ella; pero de cuando en cuando levantaba la cabeza para ver al herido por encima del hombro de Colomba. Un cuarto de hora transcurrió sin que nadie abriese la boca. A una señal del teólogo, Brandolaccio se internó con él en el monte, con gran contento de miss Lydia,

que, por primera vez, hallaba que las grandes barbas y el equipo de los bandidos tenían mucho color local.

Por fin Orso hizo un movimiento. En seguida Colomba se echó sobre él y lo abrazó muchas veces, abrumándolo con preguntas sobre su herida, sus sufrimientos, sus necesidades. Después de contestarle que estaba todo lo bien posible, Orso le preguntó á su vez si miss Nevil estaba aún en Pietranera, y si le había escrito. Colomba, inclinada sobre su hermano, le ocultaba completamente á su compañera, que la obscuridad, por otra parte, difícilmente le hubiera permitido reconocer. Ella tenía cogida una mano de miss Nevil, y con la otra levantaba ligeramente la cabeza del herido.

—No, hermano mío, no me ha dado carta para vos...; pero pensáis siempre en miss Nevil, ¿la amáis mucho?

—¡Si la amo, Colomba!... Pero ella... ¡ella quizás ahora me desprecia!

En este momento, miss Nevil hizo un esfuerzo para retirar su mano; pero no era fácil conseguir que Colomba soltase su presa; y, aunque pequeña y bien formada, su mano poseía una fuerza de la que hemos visto algunas pruebas.

—¡Despreciaros! exclamó Colomba, después de lo que habéis hecho... Al contrario, habla bien de vos... ¡Ah! Orso, tendría muchas cosas de ella que contaros.

La mano quería siempre escaparse, pero Colomba la atraía aún más cerca de Orso.

—Pero, en fin, dijo el herido, ¿por qué no responderme?... Una sola línea y hubiera estado contento.

A fuerza de tirar de la mano de miss Nevil, concluyó Colomba por ponerla en la de su her-



mano. Entonces, separándose de repente estallando de risa:

—Orso, exclamó, procurad no hablar mal de miss Lydia, porque conoce muy bien el corso.

Miss Lydia retiró en seguida su mano y balbuceó algunas palabras ininteligibles. Orso creía estar soñando.

—¡Vos aquí, miss Nevil! ¡Dios mío! ¿cómo os habéis atrevido? ¡Ah! ¡qué feliz me hacéis!

Y, levantándose con trabajo, intentó acercarse á ella.

—He acompañado á vuestra hermana, dijo miss Lydia... para que no pudiesen sospechar dónde iba... y además, yo también quería... asegurarme... ¡Ay! ¡qué mal estáis aquí!

Colomba se había sentado detrás de Orso. Lo incorporó con precaución y de manera á sostenerle la cabeza sobre sus rodillas. Le pasó el brazo alrededor del cuello, é hizo seña á miss Lydia para que se aproximase.

—¡Más cerca! ¡más cerca! le dijo: no es bueno que un enfermo eleve mucho la voz. Y como miss Lydia titubeaba, le cogió la mano y la forzó á sentarse tan cerca, que su vestido tocaba á Orso, y su mano, que tenía siempre cogida, descansaba en el hombro del herido.

—Así está muy bien, dijo Colomba con tono alegre. ¿No es verdad, Orso, que se está bien en el monte, al raso, en una hermosa noche como ésta?

—¡Oh! ¡sí! ¡qué hermosa noche! dijo Orso. ¡No la olvidaré nunca!

—Debéis sufrir mucho, exclamó miss Nevil.

—No sufro ya, dijo Orso, y quisiera morir aquí. Y su mano derecha se aproximaba á la de miss Lydia, que Colomba tenía siempre aprisionada.

—Es absolutamente preciso que se os transporte

á alguna otra parte donde se pueda prestaros cuidados, señor della Rebbia, deo miss Nevil. Yo no podría ya dormir, ahora que os he visto tan mal acostado... en pleno aire...

—Si no hubiese tenido el temor de encontraros, miss Nevil, hubiera intentado volver á Pietranera, y me habría constituido prisionero.

—¿Y por qué temíais encontrarla, Orso? preguntó Colomba.

—Os había desobedecido, miss Nevil... y no me hubiera atrevido á veros en aquel momento.

—¿Sabéis, miss Lydia, que hacéis hacer á mi hermano todo lo que queréis? dijo riendo Colomba. Os impediré verlo.

—Espero, dijo miss Nevil, que este desgraciado asunto se esclarecerá, y que muy pronto no tendréis ya nada que temer... Estaré muy contenta, si, cuando partamos, sé que se os ha hecho justicia y se ha reconocido vuestra lealtad y vuestro valor.

—¡Vos partís, miss Nevil! No pronunciéis aún esa palabra.

—Qué queréis... mi padre no puede cazar siempre... Quiere partir.

Orso dejó caer su mano que tocaba á la de miss Lydia, y hubo un momento de silencio.

—¡Bah! dijo Colomba, no os dejaremos marchar tan pronto. Tenemos aún muchas cosas que enseñaros en Pietranera... Por otra parte, me habéis prometido hacer mi retrato, y aun no habéis empezado... Y además yo os he prometido escribiros una serenata de setenta y cinco coplas... Y luego... ¿Pero por qué gruñe Brusco? Brandolaccio corre detrás de él... Veamos qué es.

En seguida se levantó, y poniendo con naturalidad la cabeza de Orso sobre las rodillas de miss Nevil, corrió á donde estaban los bandidos.

Un poco admirada de hallarse así sosteniendo

á un hermoso joven, en conversación á solas con él en medio de un monte, miss Nevil no sabía qué hacer, porque, retirándose bruscamente, temía hacer mal al herido. Pero Orso mismo abandonó el dulce apoyo que su hermana le había dado, y, levantándose sobre su brazo derecho:

—¿De modo, que partís muy pronto, miss Lydia? no había pensado nunca que debieseis prolongar vuestra estancia en este miserable país... y sin embargo... desde que habéis venido aquí, sufrí cien veces más pensando que es preciso deciros adiós... Soy un pobre teniente... sin porvenir... proscrito ahora... Qué momento, miss Lydia, para deciros que os amo... pero esta es sin duda la única vez que podré decíroslo, y me parece que soy menos desgraciado, ahora que he aliviado á mi corazón de ese peso.

Miss Lydia volvió la cabeza, como si la obscuridad no bastase para ocultar su rubor:

—Señor della Rebbia, dijo con voz temblorosa, hubiera yo venido á este lugar si... Y, mientras hablaba, ponía en la mano de Orso el talismán egipcio. Después, haciendo un violento esfuerzo para recobrar el tono de broma que le era habitual:

—Está muy mal en vos, Orso, hablar así... En medio del monte, rodeado de vuestros bandidos, bien sabéis que no osaré nunca enfadarme con vos.

Orso hizo un movimiento para besar la mano que le devolvía el talismán; y como miss Lydia la retiró con alguna ligereza, perdió el equilibrio y cayó sobre su brazo herido. No pudo contener un doloroso gemido.

—Os habéis hecho mal, amigo mío, exclamó ella levantándolo; ¡yo tengo la culpa! perdonadme...

Se hablaron aún algún tiempo en voz baja, y

muy próximos el uno del otro. Colomba, que acudía precipitadamente, los encontró precisamente en la posición en que los había dejado.

—¡Los tiradores! exclamó. Orso, procurad llevaros y marchar, yo os ayudaré.

—Dejadme, dijo Orso. Di á los bandidos que huyan... poco me importa que me cojan; ¡pero llévate á miss Lydia; en nombre de Dios, que no la vean aquí!

—Yo no os abandonaré, dijo Brandolaccio que seguía á Colomba. El sargento de los tiradores es un ahijado del abogado; en vez de deteneros, os matará, y después dirá que no lo ha hecho con intención.

Orso intentó levantarse, y hasta dió algunos pasos; pero, deteniéndose en seguida:

—No puedo andar, dijo. Huid vosotros. Adiós, miss Nevil; ¡dadme la mano y adiós!

—¡Nosotras no os abandonaremos! exclamaron las dos mujeres.

—Si no podéis marchar, dijo Brandolaccio, será preciso que yo os lleve. Vamos, mi teniente, un poco de ánimo; tendremos tiempo para escapar por la barranca, allá detrás. El señor cura va á darles ocupación.

—No, dejadme, dijo Orso acostándose en tierra. ¡En nombre de Dios, Colomba, llévate á miss Nevil!

—Vos sois fuerte, señorita Colomba, dijo Brandolaccio; cojedlo por los hombros, que yo lo sostendré por los pies; ¡bueno! ¡adelante! ¡en marcha!

Empezaron á llevarlo rápidamente á pesar de sus protestas; miss Lydia les seguía, horriblemente asustada, cuando se dejó oír un disparo, al cual respondieron en seguida otros cinco ó seis. Miss Lydia lanzó un grito, Brandolaccio una imprecación, pero redobló la velocidad, y Colom-

ba, á su ejemplo, corría á través del monte, sin prestar atención á las ramas que le azotaban el rostro ó le desgarraban el vestido:

—Agachaos, agachaos, querida mía, decía á su compañera, puede alcanzaros una bala.

Marcharon, ó mejor dicho, corrieron aproximadamente quinientos pasos así, cuando Brandolaccio declaró que no podía más, y se dejó caer en tierra, á pesar de las exhortaciones y reproches de Colomba.

—¿Dónde está miss Nevil? preguntaba Orso.

Miss Nevil, espantada por los tiros, detenida á cada instante por la espesura del monte, había perdido muy pronto el camino de los fugitivos, y había quedado sola, presa de las más vivas angustias.

—Se ha quedado detrás, dijo Brandolaccio, pero no está perdida, porque las mujeres se encuentran siempre. Escuchad, Ors' Anton', cómo el cura arma ruido con vuestro fusil. Desgraciadamente no se ve nada, y no se causa mucho daño tiroteando de noche.

—¡Silencio! exclamó Colomba; oigo un caballo, nos hemos salvado.

En efecto, un caballo que pasaba por el monte, espantado por el ruido del tiroteo, se aproximaba por este lado.

—¡Estamos salvados! repitió Brandolaccio. Correr hacia el caballo, cogerlo por las crines y pasarle por la boca un nudo de cuerda á guisa de brida, fué para el bandido, ayudado por Colomba, cuestión de un momento.

—Prevenamos ahora al cura, dijo.

Y silbó dos veces; un silbido lejano respondió á esta señal, y el fusil de Manton dejó de oír su gruesa voz. Entonces Brandolaccio saltó sobre el caballo. Colomba colocó á su hermano delante del bandido, quien con una mano lo estrechó

fuertemente, mientras que con la otra dirigía su montura. A pesar de su doble carga, el caballo, excitado por dos buenos talonazos en el vientre, partió ligeramente y descendió al galope un escarpado ribazo donde cualquier otro caballo que no fuera corso se hubiera matado cien veces.

Colomba volvió entonces sobre sus pasos, llamando á miss Nevil con todas sus fuerzas, pero ninguna coz respondió á la suya... Después de haber marchado algún tiempo á la ventura, procurando hallar el camino que había seguido, se encontró en un sendero á dos tiradores que le gritaron: «¿Quién vive?»

—¡Qué es eso, señores! dijo Colomba en tono burlón, no os alarméis. ¿Cuántos muertos?

—Vos estábais con los bandidos, dijo uno de los soldados, y vais á venir con nosotros.

—Con mucho gusto, respondió; pero tengo aquí una amiga, y es necesario que antes la encontremos.

—Vuestra amiga está ya detenida, é iréis con ella á dormir en la cárcel.

—¿En la cárcel? eso es lo que hay que ver; pero, entretanto, llevadme á su lado.

Los tiradores la condujeron al campamento de los bandidos, donde reunían los trofeos de su expedición, es decir, la manta que cubría á Orso, una vieja marmita y un cántaro lleno de agua. En el mismo lugar se hallaba miss Nevil, que, encontrada por los soldados, medio muerta de miedo, respondía con lágrimas á todas las preguntas sobre el número de los bandidos y la dirección que habían tomado. Colomba se echó en sus brazos y le dijo al oído: «Se han salvado».

Después, dirigiéndose al sargento de los tiradores:

—Señor, le dijo, bien veis que esta señorita no sabe nada de lo que le preguntáis. Dejados

regresar al pueblo, donde se nos espera con impaciencia.

—Se os conducirá allí, y más pronto que lo deseáis, dijo el sargento, y tendréis que explicar lo que hacíais en el monte á esta hora con los bandidos que acaban de huir. No sé qué sortilegio emplean esos pícaros, pero seguramente fascinan á las jóvenes, porque por todas partes donde hay bandidos es seguro encontrar lindas mujeres.

—Sois galante, señor sargento, dijo Colomba, pero no haríais mal en fijaros en vuestras palabras. Esta señorita es parienta del prefecto, y no es conveniente chancear con ella.

—¡Parienta del prefecto! murmuró un tirador y su jefe; en efecto, tiene sombrero.

—El sombrero no significa nada, dijo el sargento. Ellas dos estaban con el cura, que es el mayor embaucador del país, y mi deber es de conducir las. Por lo tanto, no tenemos nada que hacer aquí. Sin ese maldito cabo Taupin... ese francés borracho se dejó ver antes que yo hubiese cercado el monte... sin él, los hubiéramos cogido como en una red.

—¿Sois siete? preguntó Colomba. Sabéis, señores, que si por casualidad los tres hermanos Gambini, Sarrochi y Teodoro Poli se encontrasen en la cruz de Santa Cristina con Brandolaccio y el cura, podrían daros mucho que hacer. Si habéis de tener una conversación con el *comandante del campo* no querría asistir á ella, porque las balas no conocen á nadie de noche.

La posibilidad de un encuentro con los temibles bandidos que Colomba acababa de nombrar pareció causar impresión en los tiradores. Siempre echando pestes contra el cabo Taupin, el perro francés, el sargento dió la orden de retirada, y su pequeña tropa tomó el camino de Pietra-

nera, llevando la manta y la marmita. En cuanto al cántaro, un puntapié le hizo justicia. Un tirador quiso tomar el brazo de miss Lydia; pero Colomba lo rechazó en el acto:

—¡Que nadie la toque! dijo. ¿Creéis que tenemos intención de escaparnos? Vamos, Lydia, querida mía, apoyaos en mí, y no lloréis como un niño. He aquí una aventura, pero no acabará mal; dentro de media hora estaremos cenando. Por mi parte, tengo mucha gana.

—¡Qué se pensará de mí! decía muy bajo miss Nevil.

—Se pensará que os habéis extraviado en el monte, eso es todo.

—¡Qué dirá el prefecto!... ¡qué dirá mi padre sobre todo!

—¿El prefecto?... vos le responderéis que se mezcle en su prefectura. ¿Vuestro padre?... por la manera con que hablabais con Orso, yo creía que teníais algo que decir á vuestro padre.

Miss Nevil le apretó el brazo sin responderle.

—¿No es verdad, murmuró Colomba á su oído, que mi hermano merece que se le quiera? ¿No lo queréis un poco?

—¡Ah! Colomba, respondió miss Nevil sonriendo á pesar de su confusión, ¡me habéis traicionado, á mí que tenía tanta confianza en vos!

Colomba le pasó un brazo alrededor de la cintura, y, besándola en la frente:

—Hermanita mía, dijo en voz muy baja, ¿me perdonáis?

—Con mucho gusto, mi terrible hermana, respondió Lydia devolviéndole su beso.

El prefecto y el procurador del rey se hospedaban en casa del nuevo alcalde de Pietranera, y el coronel, muy inquieto por su hija, iba por la vigésima vez á pedirles noticias, cuando un tirador, destacado como correo por el sargento, les

hizo la relación del terrible combate librado contra los bandidos, combate en el cual no había tenido, es verdad, ni muertos ni heridos, pero se había cogido una marmita, una manta y dos jóvenes que eran, decía él, las novias ó espías de los bandidos. Así anunciadas comparecieron las dos prisioneras en medio de su escolta armada. Se adivina el radiante continente de Colomba, la vergüenza de su compañera, la sorpresa del prefecto, y el júbilo y la admiración del coronel. El procurador del rey se dió el maligno placer de hacer sufrir á la pobre Lydia una especie de interrogatorio que no terminó hasta que le hizo perder toda su firmeza.

—Me parece, dijo el prefecto, que bien podemos poner á todo el mundo en libertad. Estas señoritas han ido á pasearse, nada más natural con un tiempo tan bueno; encontraron por casualidad á un amable joven herido, nada más natural aun.

Después, llevando aparte á Colomba:

—Señorita, le dijo, podéis advertir á vuestro hermano que su asunto toma mejor aspecto que yo esperaba. El examen de los cadáveres, y la declaración del coronel, demuestran que él no hizo más que responder, y que estaba solo en el momento del combate. Todo se arreglará, pero es preciso que abandone el monte lo antes posible y se constituya prisionero.

Eran cerca de las once cuando el coronel, su hija y Colomba se pusieron á la mesa ante una cena fría. Colomba comía con mucho apetito, burlándose del prefecto, del procurador del rey y de los tiradores. El coronel comía, pero no decía nada, mirando siempre á su hija, que no levantaba la vista de su plato.

Por fin, con una voz dulce, pero grave:

—Lydia, le dijo en inglés, ¿estáis, pues, comprometida con della Rebbia?

—Sí, padre mío, desde hoy, respondió enrojeciendo, pero con voz firme.

Después levantó los ojos, y, no percibiendo en la fisonomía de su padre ningún signo de disgusto, se echó en sus brazos y lo abrazó, como las señoritas bien educadas hacen en casos semejantes.

—En hora buena, dijo el coronel, es un joven valiente; pero, ¡por Dios! ¡no nos quedaremos en su diablo de país! ó rehuo mi consentimiento.

—No sé el inglés, dijo Colomba, que los miraba con extrema curiosidad; pero apuesto á que he adivinado lo que habláis.

—Decimos, respondió el coronel, que os llevaremos á hacer un viaje á Irlanda.

—Sí, con mucho gusto, y yo seré la *surella Colomba*. ¿Es un hecho, coronel? ¿Nos damos la mano?

—En este caso, se abraza, dijo el coronel.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE



XX

Algunos meses después del doble golpe que sumió al pueblo de Pietranera en la consternación, (como dijeron los periódicos), un joven, con el brazo izquierdo en cabestrillo, salió en la tarde á caballo de Bastia, y se dirigió al pueblo de Cardo, célebre por su fuente, que, en verano, suministra á las personas delicadas de la ciudad un agua deliciosa. Una joven, de una talla elevada y de una belleza notable, lo acompañaba montada en un pequeño caballo negro del cual un conocedor hubiera admirado la fieza y la elegancia, pero que desgraciadamente tenía una oreja sajada por un extraño accidente. Al llegar al pueblo, la joven saltó á tierra con presteza, y, después de haber ayudado á su compañero á descender de su montura, desató algunos pesados sacos del arzón de su silla. Los caballos fueron entregados al cuidado de un campesino, y la mujer cargada con los sacos que ocultaba bajo su *mezzaro*, y el joven llevando un fusil de dos cañones, tomaron el camino de la montaña siguiendo un sendero muy pendiente que parecía no conducir á ninguna vivienda. Llegados á una de las gradas ele-

vadas del monte Quercio, se detuvieron, y los dos se sentaron sobre la hierba. Parecían esperar á alguien, porque sin cesar volvían los ojos hacia la montaña, y la joven consultaba frecuentemente un lindo reloj de oro, quizás más para contemplar una alhaja que parecía poseer desde hacía poco, que por saber si la hora de la cita había llegado. Su espera no fué larga. Un perro salió del monte, y, al nombre de Brusco pronunciado por la joven, se apresuró á venir á hacerles caricias. Poco después aparecieron dos hombres barbudos, con el fusil bajo el brazo, la cartuchera á la cintura, y la pistola á un lado. Sus desgarrados vestidos, llenos de remiendos, contrastaban con sus armas brillantes, de una renombrada fábrica del continente. A pesar de la desigualdad aparente de su posición, los cuatro personajes de esta excena se abordaron familiarmente, como antiguos amigos.

—¡Muy bien! Ors' Anton', dijo al joven el más viejo de los bandidos, vuestro asunto está terminado. Auto de no ha lugar. Mi enhorabuena. Estoy disgustado de que el abogado no esté ya en la isla para verlo rabiar. ¿Y vuestro brazo?...

—Dentro de quince días, respondió el joven, me dicen que podré dejar el cabestrillo.—Mi valiente Brando, mañana partiré para Italia, y he querido decirte adiós, así como al señor cura. Por eso os he rogado que viniéis.

—Andáis con mucho apresuramiento, dijo Brandolaccio; ¿ayer fuisteis absuelto y partís mañana?

—Tiene asuntos, dijo alegremente la joven. Señores, os he traído de cenar: comed y no olvidéis á mi amigo Brusco.

—Mimáis mucho á Brusco, señorita Colomba, pero es agradecido. Vais á verlo. Vamos, Brusco,

dijo, poniendo su fusil horizontalmente, salta por los Barricini.

El perro quedó inmóvil, lamiéndose el hocico y mirando á su amo.

—¡Salta por los della Rebbia!

Y saltó dos pies más alto que era necesario.

—Escuchad, amigos míos, dijo Orso, lleváis una mala vida; y si no os sucede que terminéis vuestra carrera en la plaza que vemos allá abajo lo mejor que os puede acontecer es caer en un monte bajo la bala de un gendarme.

—¿Y bien? dijo Castriconi, es una muerte como otra cualquiera, y es preferible á que la fiebre os mate en la cama, en medio de las lamentaciones más ó menos sinceras de vuestros herederos. Cuando como nosotros, se está acostumbrado al aire libre, nada hay como morir con los zapatos puestos, como dicen las gentes del pueblo.

—Yo quisiera, prosiguió Orso, veros abandonar este país... y llevar una vida más tranquila. Por ejemplo, ¿por qué no vais á estableceros en Cerdeña, como han hecho algunos de vuestros camaradas? Yo podría facilitaros los medios.

—¿En Cerdeña? exclamó Brandolaccio. ¡Istos Sardos! que los lleve el diablo con su dialecto. Es muy mala compañía para nosotros.

—No hay recursos en Cerdeña, agregó el teólogo. Por mí, desprecio á los sardos. Para dar caza á los bandidos tienen una milicia á caballo; eso hace la crítica á la vez de los bandidos y del país. ¡Fuera la Cerdeña! Lo que me admira, señor della Rebbia, es que vos que sois un hombre de gusto y de saber, no hayáis adoptado nuestra vida del monte, habiéndola probado.

—Mas, dijo Orso sonriendo, cuando tuve la ventaja de ser vuestro comensal, no estaba muy en estado de apreciar los encantos de vuestra po-

sición, y aun me duelen las costillas cuando me acuerdo de la carrera que di una hermosa noche, puesto de través como un paquete sobre un caballo sin silla que conducía mi amigo Brandolaccio.

—Y el placer de escapar á la persecución, respondió Castriconi, ¿no lo contáis? ¿Cómo podéis ser insensible al encanto de una libertad absoluta bajo un hermoso clima como el nuestro? Con este porta-respeto (y enseñaba su fusil), es uno rey por todas partes, tan lejos como alcance la bala. Se manda, se vengán los agravios... Es una diversión muy moral, caballero, y muy agradable, que nosotros no rehusamos. ¿Qué vida más hermosa que la del caballero errante, cuando se está mejor armado y se es más sensato que don Quijote? Ved, el otro día, supe que el tío de la pequeña Lilla Luigi, ese viejo avaro, no quería darle una dote, y le escribí sin amenazas, porque no acostumbro á usarlas; ¡pues bien! al instante fué hombre convencido, y la casó. Hice la felicidad de dos personas. Creedme, señor Orso, no hay nada comparable á la vida de bandido. ¡Bah! vos hubierais sido quizás de los nuestros sin una cierta inglesa á la que sólo he visto apenas, pero de la que todos hablan en Bastia con admiración.

—Mi futura cuñada no gusta del monte, dijo riendo Colomba, pasó en él mucho miedo.

—En fin, dijo Orso, ¿queréis quedaros aquí? Sea. Decidme si puedo hacer algo por vosotros.

—Nada, dijo Brandolaccio, más que conservéis de nosotros un pequeño recuerdo. Bastante habéis hecho. He ahí Chilina que tiene una dote, y la que, para que se establezca bien, no tendrá necesidad de que mi amigo el cura escriba cartas sin amenazas. Sabemos que vuestra colona nos dará pan y pólvora en nuestras necesidades: por

lo tanto, adiós. Espero volver á veros en Córcega un día de estos.

—En un momento de apuro, dijo Orso, algunas monedas de oro hacen mucho bien. Ahora que somos antiguos conocidos, no me rehusaréis este pequeño cartucho que puede serviros para procuraros otros.

—Nada de dinero entre nosotros, teniente, dijo Brandolaccio con tono resuelto.

—El dinero lo consigue todo en el mundo, dijo Castriconi; pero en el monte sólo se hace caso de un corazón valiente y de un fusil que no marre.

—No quisiera separarme de vosotros, prosiguió Orso, sin dejaros algún recuerdo. Veamos, ¿qué puedo dejarte, Brando?

El bandido se rascó la cabeza, y, dirigiendo al fusil de Orso una mirada oblicua:

—Diantre, mi teniente... si yo me atreviese... pero no, lo tenéis en mucho aprecio.

—¿Qué es lo que quieres?

—Nada... la cosa no es nada... Es necesario además conocer la manera de servirse de él. Siempre pienso en ese diablo de doble golpe y con una sola mano... ¡Oh! eso no se hace dos veces.

—¿Este fusil es lo que quieres?... Yo te lo traía; pero sirvete de él lo menos que puedas.

—¡Oh; no os prometo servirme de él como vos; pero, estad tranquilo, cuando otro lo tenga, podéis decir que Brando Savelli ha pasado á mejor vida.

—Y á vos, Castriconi, ¿qué os daré?

—Puesto que estáis decidido á dejarme un recuerdo material de vos, os pediré con franqueza me enviéis un Horacio del menor tamaño posible. Eso me distraerá é impedirá que olvide mi latín. Hay una pequeña que vende cigarros en



Bastia, en el puerto; dádselo, y ella me lo remitirá.

—Tendréis un Elzevir, señor sabio; hay precisamente uno entre los libros que quería llevarme. —¡Pues bien! amigos míos, es preciso separarnos. Un apretón de manos. Si pensáis algún día en Cerdeña, escribidme; el abogado N. os dará mi dirección en el continente.

—Mi teniente, dijo Brando; mañana, cuando estéis fuera del puerto, mirad sobre la montaña, á este sitio; nosotros estaremos aquí, y os haremos señas con nuestros pañuelos.

Se separaron; Orso y su hermana tomaron el camino de Cardo, y los bandidos el de la montaña.



## XXI

En una hermosa mañana de abril, el coronel sir Tomás Nevil, su hija, casada desde hacía pocos días, Orso y Colomba, salieron de Pisa en carretela para ir á visitar un subterráneo etrusco, recién descubierto, que todos los extranjeros iban á visitar. Descendidos al interior del monumento, Orso y su esposa sacaron los lápices y se pusieron á dibujar las pinturas; pero el coronel y Colomba, muy indiferentes por la arqueología, los dejaron solos y se pasearon por los alrededores.

—Mi querida Colomba, dijo el coronel, no regresaremos á Pisa á tiempo para nuestro *luncheon*. ¿No tenéis apetito? He ahí Orso y su mujer en las antigüedades; cuando se ponen á dibujar juntos, no concluyen nunca.

—Sí, dijo Colomba, y sin embargo no sacan ningún dibujo completo.

—Mi parecer es, continuó el coronel, que vayamos á esa pequeña granja que se vé allá abajo. Encontraremos en ella pan, y quizás *aleatico*, ¿quién sabe? y hasta crema y fresas, y esperaremos pacientemente á nuestros dibujantes.

Bastia, en el puerto; dádselo, y ella me lo remitirá.

—Tendréis un Elzevir, señor sabio; hay precisamente uno entre los libros que quería llevarme. —¡Pues bien! amigos míos, es preciso separarnos. Un apretón de manos. Si pensáis algún día en Cerdeña, escribidme; el abogado N. os dará mi dirección en el continente.

—Mi teniente, dijo Brando; mañana, cuando estéis fuera del puerto, mirad sobre la montaña, á este sitio; nosotros estaremos aquí, y os haremos señas con nuestros pañuelos.

Se separaron; Orso y su hermana tomaron el camino de Cardo, y los bandidos el de la montaña.



## XXI

En una hermosa mañana de abril, el coronel sir Tomás Nevil, su hija, casada desde hacía pocos días, Orso y Colomba, salieron de Pisa en carretela para ir á visitar un subterráneo etrusco, recién descubierto, que todos los extranjeros iban á visitar. Descendidos al interior del monumento, Orso y su esposa sacaron los lápices y se pusieron á dibujar las pinturas; pero el coronel y Colomba, muy indiferentes por la arqueología, los dejaron solos y se pasearon por los alrededores.

—Mi querida Colomba, dijo el coronel, no regresaremos á Pisa á tiempo para nuestro *luncheon*. ¿No tenéis apetito? He ahí Orso y su mujer en las antigüedades; cuando se ponen á dibujar juntos, no concluyen nunca.

—Sí, dijo Colomba, y sin embargo no sacan ningún dibujo completo.

—Mi parecer es, continuó el coronel, que vayamos á esa pequeña granja que se vé allá abajo. Encontraremos en ella pan, y quizás *aleatico*, ¿quién sabe? y hasta crema y fresas, y esperaremos pacientemente á nuestros dibujantes.

estado de hablar ó de moverse. Por fin gruesas lágrimas corrieron por sus enflaquecidas mejillas, y algunos gemidos se escaparon de su pecho.

—Esta es la primera vez que lo veo así, dijo la jardinera. La señorita es de vuestro país; ha venido para veros, dijo al viejo.

—¡Gracias! exclamó éste con ronca voz; ¡gracias! ¿no estáis satisfecha? Aquella hoja... que yo quemé... ¿cómo hiciste para leerla?... ¿Pero por qué los dos?... No pudiste leer nada contra Orlanduccio... Debieron haberme dejado uno... uno sólo... Orlanduccio... tú no leíste su nombre...

—Necesitaba los dos, le dijo Colomba en voz baja y en dialecto corso. Se cortaron las ramas; y, si el tronco no estuviese podrido, yo lo hubiese arrancado. Vaya, no te lamentes; te queda poco que sufrir. ¡Yo he sufrido dos años!

El anciano lanzó un grito, y su cabeza cayó sobre su pecho. Colomba le volvió la espalda, y se dirigió á paso lento hacia la casa cantando algunas palabras incomprensibles de una *ballata*: «Necesito la mano que disparó, el ojo que apuntó, el corazón que lo resistió»...

Mientras que la jardinera se apresuraba á socorrer al anciano, Colomba, con el tinte animado y la mirada de fuego, se sentaba en la mesa frente al coronel.

—¿Qué tenéis? le dijo, os encuentro la misma expresión que teníais en Pietranera, aquel día que mientras comíamos nos enviaron algunas balas.

—Es que acuden á mi mente los recuerdos de Córcega. Pero todo ha concluido. Yo seré madrina, ¿no es verdad? ¡Oh! qué nombres más bonitos le daré: ¡Ghilfuccio-Tomaso-Orso-Leone!

La jardinera entraba en este momento.

—¡Y bien! preguntó Colomba con la mayor sangre fría, ¿está muerto ó sólo desvanecido?

—No fué nada, señorita; pero es singular el efecto que le ha producido vuestra presencia.

—¿Y el médico dice que no hay para mucho tiempo?

—Ni para dos meses, quizás.

—No será una gran pérdida, observó Colomba.

—¿De quién diablo habláis? preguntó el coronel.

—De un idiota de mi país, dijo Colomba con aire de indiferencia, que está aquí recogido. De cuando en cuando mandaré á preguntar por él. Pero, coronel Nevil, dejad fresas para mi hermano y para Lydia.

Cuando Colomba salió de la quinta para subir á la carretela, la colona la siguió algún tiempo con la vista.

—¿Ves á esa señorita tan linda? dijo á su hija, ¡pues bien! estoy segura que hace mal de ojos.

FIN

estac  
lágri  
y alg

jardi  
nido

—  
cias

yo qu  
por q  
Orlan  
uno s  
bre...

—  
baja  
y, si  
biese

peco

El  
sobre  
y se d  
alguna  
ta; a  
apunte

Mier

correr

y la m

te al e

—  
expresi

que m

balas.

—Es

Córceg

drina,

bonitos

La ja



TE